

108

UANA

AD AUTÓNOMA DE NUEV

CCION GENERAL DE BIBLIOTEC

FOLLETO

ADALUPA

BT660

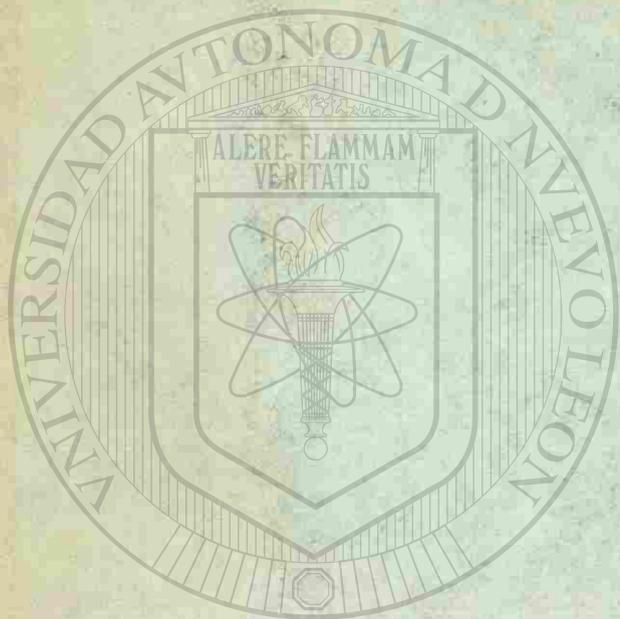
AGB

038

105712



1020000095



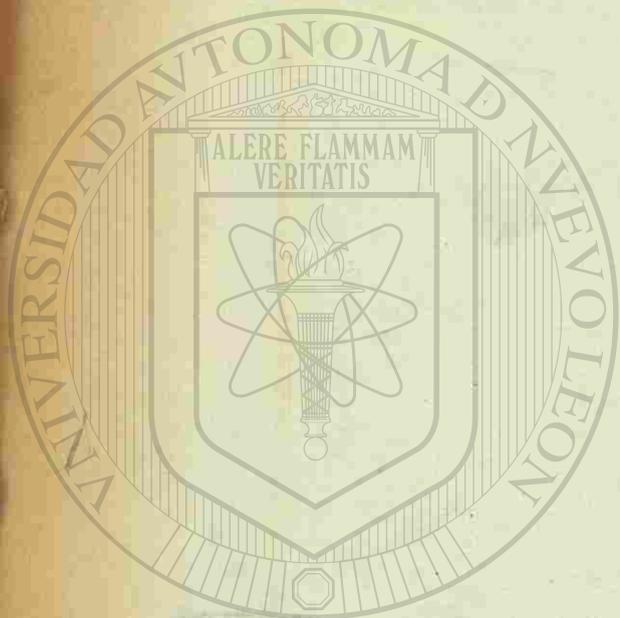
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



105712



NOVENA

EN HONOR DE

María Santísima de Guadalupe,

PARA ROGAR POR LA NACION MEXICANA

DEDICADA Á LOS

CATÓLICOS DE MEXICO QUE TIENEN
LA DICHA DE CONTEMPLARLA

POR

Gabino Chavez, Paradero,
Indigno devoto suyo.



MEXICO,

IMPRENTA CATÓLICA, TIBURCIO 17.

1882

FOND. D. O. F.
FERNANDO DIAZ FERRER

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BT660

48

C38

NOVENA

EX HONOR DE



FONDO 1882
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

LEON, FEBRERO 6 DE 1882

LEON, FEBRERO 3 DE 1882.

Pase con la adjunta novena, al Sr. Vicario Foráneo de Silao, Presbítero D. Francisco de S. Ginori para su censura. El Sr. Vicario Capítular así lo decretó, mandó y firmó.—Alf.—DR. ZÚRIGA.—José M. DE YERMO Y PARRAS, Prosecretario. (Dos rúbricas).

SR. VICARIO CAPITULAR:

He examinado atentamente la Novena de la Santísima Virgen de Guadalupe, compuesta por el Sr. Presbítero D. Gabino Chávez, que V. S. se dignó sujetar á mi humilde censura.—Como en ella no se contiene cosa alguna contra la fé ni las buenas costumbres, y está escrita con aquella piedad y unción propias para mover los corazones santamente, creo que puede V. S. conceder el permiso que se solicita para su impresión, y que esto redundará en beneficio de las almas piadosas y amantes del culto de la Santísima Virgen María, en una advocacion tan grata para los Mexicanos.

Tal es mi parecer, que sujeto al mas sábio é ilustrado de V. S.

Dios guarde á V. S. muchos años.

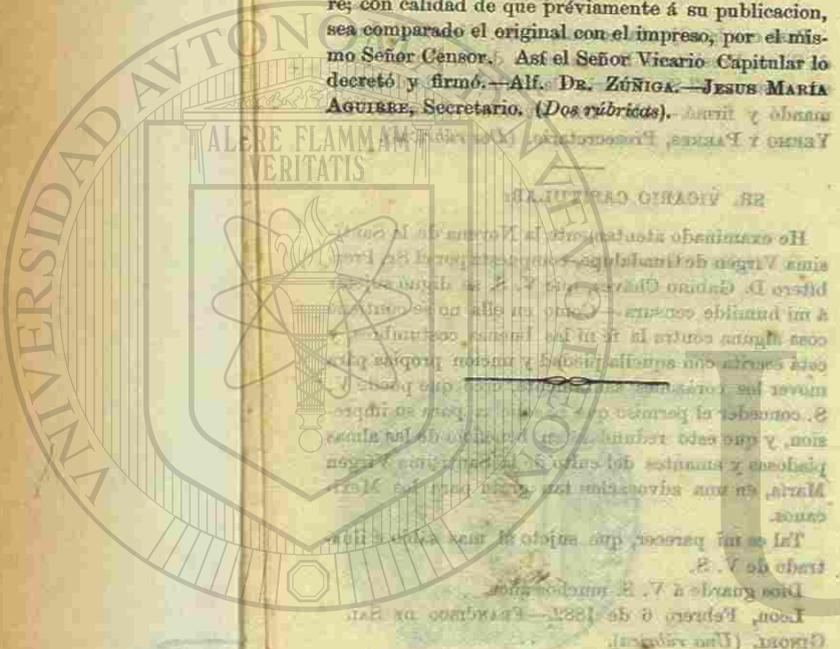
Leon, Febrero 6 de 1882.—FRANCISCO DE SAL GINORI. (Una rúbrica).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEON, FEBRERO 6 DE 1882.

Visto el anterior dictamen: concedemos nuestra licencia para que se imprima la Novena á que se refiere; con calidad de que previamente á su publicacion, sea comparado el original con el impreso, por el mismo Señor Censor. Así el Señor Vicario Capítular lo decretó y firmó.—Alf. Dr. Zúñiga.—Jesus María Aguirre, Secretario. (Dos rúbricas).



V. Señor abrirás mis labios.
R. Y mi boca anunciará tu alabanza.
V. Dios mío, entiende en mi ayuda.
R. Apresúrate Señor á socorrerme.
V. Gloria al Padre, etc.

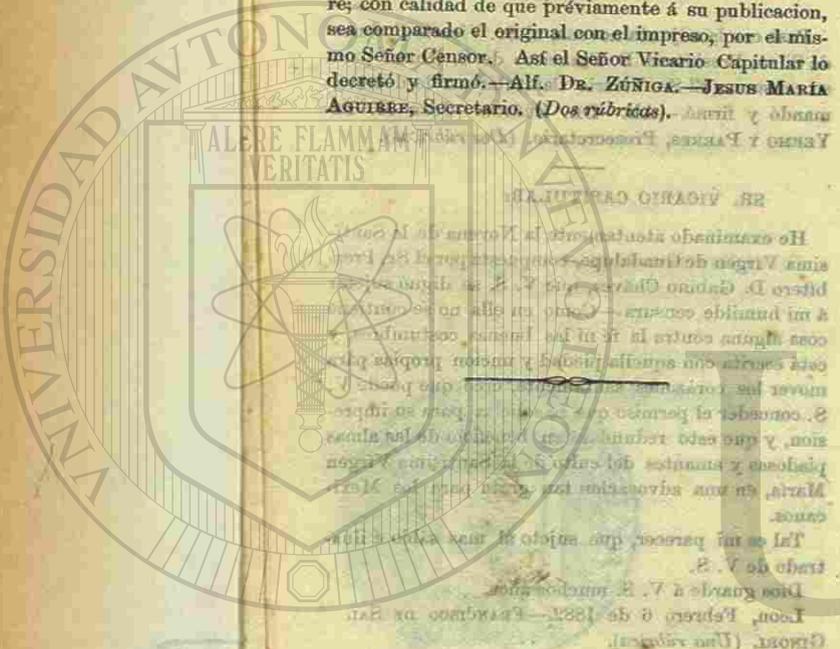
Sentimientos de Contrición.

Adorable Salvador de mi alma, ¡cuán bueno, cuán amante y generoso te has mostrado para con éste pueblo, sacándole de las tinieblas de la idolatría, y de las sangrientas crueldades de los sacrificios humanos, para hacerle vivir en la plena luz del evangelio, y gozar los beneficios de la dulce religion que fundaste, y amarse sus hijos como hermanos, en vez de destrozarse como fieras! ¡Bendita sea, Se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEON, FEBRERO 6 DE 1882.

Visto el anterior dictamen: concedemos nuestra licencia para que se imprima la Novena á que se refiere; con calidad de que previamente á su publicacion, sea comparado el original con el impreso, por el mismo Señor Censor. Así el Señor Vicario Capítular lo decretó y firmó.—Alf. Dr. Zúñiga.—Jesus María Aguirre, Secretario. (Dos rúbricas).



V. Señor abrirás mis labios.
R. Y mi boca anunciará tu alabanza.
V. Dios mío, entiende en mi ayuda.
R. Apresúrate Señor á socorrerme.
V. Gloria al Padre, etc.

Sentimientos de Contrición.

Adorable Salvador de mi alma, ¡cuán bueno, cuán amante y generoso te has mostrado para con éste pueblo, sacándole de las tinieblas de la idolatría, y de las sangrientas crueldades de los sacrificios humanos, para hacerle vivir en la plena luz del evangelio, y gozar los beneficios de la dulce religion que fundaste, y amarse sus hijos como hermanos, en vez de destrozarse como fieras! ¡Bendita sea, Se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñor, tanta bondad! ¡Alabada sea por todos los siglos tan grande misericordia! Mas ¿cómo te hemos correspondido, Jesús, Señor y Dios nuestro? ¿De qué manera hemos pagado tu amor y tus finezas? ¡Oh ingratitud! combatida tenazmente tu religión y vilipendiados tus ministros; escarnecidos los que te aman y sirven; insultado cuanto hay de mas sagrado; cedidos á la heregía tus altares y tus templos; ó convertidos en usos indignos y profanos; el pecado paseando por todas partes su triunfante cabeza, y la piedad teniendo que recatarse de la vista de los hombres, por no armar contra tí las lenguas de los impíos, y las burlas de los malos. ¡Perdón, Señor! ¡perdón para éste pueblo, más débil quizá que culpable! ¡Perdón para los desgraciados que tan ingratamen-

te te ofenden! ¡Perdón para mí que no soy lo que debiera, y que con la práctica de las virtudes habia de esforzarme á reparar las culpas de mis hermanos! Hoy vengo á prosternarme ante el altar de tu Madre sin mancha, venerándola en ésta imágen que encanta mi corazón, ante ésta celestial pintura que recrea mis sentidos, y embeleza las potencias de mi alma. Por mi dulce madre, María de Guadalupe, perdona Señor nuestros pecados, recibe nuestro arrepentimiento, y colma á tu pueblo de copiosas bendiciones. Amen.

Oración á la Virgen de Guadalupe,
QUE SE REPITE LOS NUEVE DIAS.

¿Con qué es cierto que allá en un tiempo feliz para nosotros, bajabas ¡oh María! de tu azulado cielo, para posar

tus plantas virginales en las pobres rocas de nuestras montañas? ¿Con qué es verdad que eligiendo entre todos á un hombre fiel y sencillo, le honrabas con asombrosas confiancias, y le recreabas con la vista de aquel semblante que el Dios niño miraba con delicia, y endulzabas su oído con la suave melodía de aquella voz que regocija á los ángeles del cielo? ¿Con qué realmente, la Madre de Dios ha tenido la dignacion de visitarnos, como en otro tiempo á la madre del Bautista, y ha elegido y santificado este lugar para que more en él su nombre y estén en él sus ojos y su amante corazon todos los días? ¡Oh amor verdaderamente de madre, y de la mas tierna y solícita de las madres! ¡Oh Virgen de Guadalupe! Yo quiero que mi corazon se derrita de gratitud y de amor ante tu

imágen peregrina: yo quiero amar con toda mi alma á una madre que tanto me ama: quiero pasar largas horas en cariñosa visita, con la dulce Señora, que mostró, por nuestro pobre suelo, tan estupenda predileccion: quiero decirle que ella es mi vida, mi dulzura y mi esperanza: quiero alegarle que soy de la raza de aquel neófito feliz á quien beatificó desde esta vida con la vision de su hermosura: quiero derramar amargas lágrimas al pie de ese lienzo prodigioso, por los pecados de este pueblo y por los míos: quiero rogar con todo el fervor de que es capaz mi corazon, por esta nacion olvidadisa y culpable, ingrata y criminal que es la mia, suplicándote ¡oh Madre! por ella, y pidiéndote que le devuelvas la santa viveza de la fé de sus mayores, el amor ardiente á la religion que es su

gloria y su vida, y la mas plena confianza en tí que eres su reina, su madre, su tesoro y su encanto. Oye, pues, mis gemidos, mis-ticatórtola del Tepeyac; vuelve á mi esos tus ojos, velados por tu modestia virginal, y mira con ellos las necesidades de México, tu pueblo tan querido; haz fuerza á la divina misericordia, con esas manos que muestras juntas en ademan de ardiente súplica, para que se derrame abundantemente sobre nosotros; manda á ese querubin, mas luciente que los otros por el contacto de tus benditas plantas, que recorriendo con sus alas desplegadas nuestro territorio, reanime por todas partes la luz de la fé divina, y el brillo de tu ardiente devoción; y haz que los rayos del sol que te rodean, iluminando mi mente con su claridad, enciendan con su fue-

go mi corazón, y me dispongan así á tratar en esta hora contigo, y tributarle el culto del amor y del agradecimiento. Amen.

Una salve á la Virgen Santísima por las necesidades de la República.

PRIMER DIA.

Un sábado era, dulce madre mia, al día siguiente de la fiesta de tu Concepción inmaculada; era un sábado día en que la Iglesia te venera, y que toda alma que te ama mira lucir con un aumento de afecto hácia su Madre: y en ese día simbólico, al despuntar la aurora, un pobre neófito bajaba las pedregosas laderas del camino de la ciudad para asistir al sacrificio augus-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gloria y su vida, y la mas plena confianza en tí que eres su reina, su madre, su tesoro y su encanto. Oye, pues, mis gemidos, mis ticatórtola del Tepeyac; vuelve á mi esos tus ojos, velados por tu modestia virginal, y mira con ellos las necesidades de México, tu pueblo tan querido; haz fuerza á la divina misericordia, con esas manos que muestras juntas en ademan de ardiente súplica, para que se derrame abundantemente sobre nosotros; manda á ese querubin, mas luciente que los otros por el contacto de tus benditas plantas, que recorriendo con sus alas desplegadas nuestro territorio, reanime por todas partes la luz de la fé divina, y el brillo de tu ardiente devoción; y haz que los rayos del sol que te rodean, iluminando mi mente con su claridad, enciendan con su fue-

go mi corazón, y me dispongan así á tratar en esta hora contigo, y tributarle el culto del amor y del agradecimiento. Amen.

Una salve á la Virgen Santísima por las necesidades de la República.

PRIMER DIA.

Un sábado era, dulce madre mia, al día siguiente de la fiesta de tu Concepción inmaculada; era un sábado día en que la Iglesia te venera, y que toda alma que te ama mira lucir con un aumento de afecto hácia su Madre: y en ese día simbólico, al despuntar la aurora, un pobre neófito bajaba las pedregosas laderas del camino de la ciudad para asistir al sacrificio augus-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to que en honor tuyo se ofrecia. Su frente refrescada por el viento de la mañana, sus ojos contemplando al cielo sin nublados, su paso apresurado por la devocion y el amor, iba pensando seguramente con delicia en su reina y su madre, y quizá recitando esa plegaria, que embalsama como ninguna los labios que la exhalan, y cuyo nombre significa corona de rosas, porque las palabras del arcángel cien veces repetidas son como otras tantas flores olorosas que adornan tu cabeza virginal. Y tú, la Reina del mundo, la Madre del Creador, clavaste con afecto tus ojos misericordiosos sobre el sencillo Juan, y descendiste de las alturas á visitarle, y á conversar con él, y á comunicarle los secretos de tu pecho. Mas llega el neófito feliz al pié del monte, y queda sobrecogido al

escuchar una música sonora y deliciosa, (de una suavidad que arrebatava), y levanta las miradas á la cima, y contempla maravillado los espléndidos colores del iris, que en su centro, de una apacibilidad indecible, dejaba ver una hermosísima Señora, que dirigiéndole una mirada de inefable ternura, y desplegando aquellos labios benditos que acariciaban la frente de Jesus niño, lo llama cariñosa por su nombre, y le pregunta benignamente á dónde se encamina, como complaciéndose en oír de su boca el obsequio que pensaba tributarle. Y entónces, lo que á Bernarda no se diria tres siglos mas tarde, sino en distintas veces, y despues de reiteradas pruebas, al neófito ferviente se le revela de una vez sola y al instante: *"sabe, hijo mio, que yo soy María Virgen, Madre del verdadero"*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios. "¡Qué amor destila la palabra "hijo mio," dicha por ti, Reina del cielo á aquel hombre sencillo! ¡qué espléndida revelación la que en breves palabras contiene tu nombre venerado, y tu virginidad perpetua, y tu maternidad divina! ¡qué amorosa fineza al explicar que se trata del Dios verdadero, pues que aquel hombre diez años ántes, creía aun en dioses falsos, y veía adorar en aquellos sitios un ídolo con el nombre de madre de dios, infamemente usurpado por el demonio! Mas luego expresas ¡oh inmaculada Virgen! tu voluntad de que se erija en honra tuya un templo, con la promesa de mostrarte allí madre cariñosa en todas nuestras necesidades, y envías al favorecido Juan al representante de tu Hijo y de la Iglesia en estas regiones, para significar tus amo-

rosos designios. Dime ahora, amada madre mía de Guadalupe: ¿qué viste en aquel hombre que así lo engrandeciste, y con él conversaste, y pusiste en él tu compasivo corazón? ¿qué viste en nuestro suelo sino abominaciones idolátricas apenas extinguidas, y feroces costumbres, y sangre humana derramada en los inmundos altares? Y no obstante, allí quieres tener tu casa, no tanto para recibir alabanzas y honores, cuanto para mostrarnos tu cariño, no tanto para tomar posesión de este suelo, cuanto para arraigarte en un pueblo desde entonces honrado, y afirmarte en esta nueva Sion, y poner tu descanso en la ciudad santificada; aquí quieres elegir y santificar este lugar para que more aquí tu nombre, y estén abiertos tus ojos, y permanezca tu corazón todos los días.

¡Bendita sea tanta bondad, oh Madre
mia! ¡ensalzada sea todos los días tan
amorosa fineza! Pero, escucha, Señora:
tu pueblo ha degenerado grandemente
prevaricando de un modo espantoso:
muchos hijos tuyos olvidados de la
religion de sus padres, vomitan
torrentes de impiedad y de blasfemia;
solo anhelan por goces materiales;
perdido el sentido cristiano, abandonan
la luz de la fé, para creer en todos
los delirios, y aun ¡oh dolor! vuelven
á llamar locamente á sus reuniones
y al seno de sus ciudades al demonio
arrojado de este suelo en tu venida!
¡Luz, reina mia, para estos pobres
ciegos! ¡piedad y compasion para estos
locos extraviados! Tus hijos son,
Virgen de Guadalupe, aunque ingratos
y pecadores! Miralos propicia, desata
sus cadenas, ilumina su cegue-

ra, aparta de nosotros los males
tremendos que nos amenazan, y solicita
en nuestro favor la abundancia de bienes
de que tanto necesitamos. Amen.

El Ave maris stella.

¡Ave, del mar estrella,
De Dios Madre sagrada,
Virgen de Guadalupe
Puerta del cielo santa!
Ya que el ave del ángel
Escuchas humillada,
Funda en paz á tus hijos,
Y el nombre de Eva cambia.
Al reo sus lazos suelta,
Al ciego da luz clara,
Nuestros males ahuyenta,
Todo bien nos alcanza;
Muestra que tú eres Madre,
Por tí nuestras plegarias

Reciba el que ser quiso
Fruto de tus entrañas:
Virgen única en todo,
De todas la mas mansa,
Suelta el alma de culpas
Házla tú mansa y casta.
Préstanos vida pura
Y vía segura y llana,
Por ver á Jesus, juntas
Y alegres nuestras almas.
Sea alabanza á Dios Padre,
Y á Jesus honra dada,
Y al Espiritu igualmente,
Trinidad una y santa. Amen.

SEGUNDO DIA.

Aquí vengo, madre mia de Guadalupe, á saborear con amor y gratitud tus benditas palabras: "sabe hijo mio

que soy María," me dices, porque á todos te diriges y en todos piensas, cuando al sencillo Juan hablabas en el monte. Si madre mia, mi dulce y tierna madre; yo sé que eres María, la estrella reluciente del mar tan borrascoso de este mundo; que tú alumbras bienhechora mis caminos, y brillas en medio de las nieblas, y diriges mis pasos en el bien: yo sé que eres María, iluminada con luces celestiales, ilustrada con los divinos arcanos, y alumbrada con la ciencia mas alta: iluminadora con tus preciosas virtudes, y con esa vida preciosa, que es general instruccion de los cristianos. Yo sé que eres María, mar inmenso de gracias y excelencias que recrean al Señor y admiran á los ángeles, y dejan mudo de pasmo al mortal que te mira como hermana, mar amargo de penas y tormentos,

que te hicieron la madre de dolores, y la reina de los mártires. Yo sé que eres María, la dueña y la Señora; la dueña del mundo y la Señora de los corazones á los cuales cautivas, con inauditas finezas, la dueña de los cielos y la tierra, la Señora de los ángeles y de los hombres, la dueña y la Señora del Corazon divino de Jesús quien te amaba y te venera como Madre. Elige pues, oh Reina y Madre mia mi corazon por templo y casa tuya; mora en mí como en sitio de tu agrado y pon en mí tus ojos de paloma, para que vean los males de mi alma, y tu piadoso corazon para que se apiade de las necesidades que me afligen; manda á tus ángeles, que gustosos te sirven y obedecen, para que inspiren un nuevo celo á los ministros de la Iglesia, y se apresuren á levantar en las almas el templo de la

fé, en muchas arruinado, y el templo de la piedad comenzado en algunas. Mira cómo los que nos atribulan se multiplican tristemente, y olvidan las promesas del bautismo, y cierran los ojos á la luz del Evangelio, y se alimentan con pestilencia los errores. Pero sabe tú, oh Virgen de Guadalupe, que aun somos tus hijos; sabe que tu devocion no se ha extinguido en nuestro pecho, y que éste pueblo, aunque con empeño pervertido, es todavía uno de los que mas te aman, y te honran y te veneran sobre la tierra; sabe que somos tuyos; que nuestro corazon guarda un tesoro de amor y gratitud hacia tí su reina y soberana; sabe que á tí llamamos con angustia como el niño, temblando de susto, llama á gritos á la madre que lo ha llevado en sus entrañas. Muestra, pues, que eres ma-

dre de este pueblo, y que tu divino Hijo Jesus, reciba por tus manos las p[re]ces de nuestros l[ab]ios, y el arrepentimiento de nuestros corazones. Amen.

TERCERO DIA

Dos veces quieres aparecer en s[ab]ado, Virgen de Guadalupe, como para mostrarnos con cu[an]to gusto descien- des á la tierra, á recibir los cultos que las almas amantes te tributan. Ansia sentia tu pecho maternal por oir de boca del sencillo neófito el resultado de su mision dichosa. Le hablas de nuevo por la tarde, escuchas bondadosa la relacion de su amor entristecido con las dudas del prelado, y su ruego de sustituirle con persona de mas crédito, y entreabriendo los l[ab]ios virgi-

nales, con un acento que bañaba su espíritu de dulzura, le dices que agradece su cuidado y obediencia: que aunque muchos tenias á quien mandarlo, convenia que fuese él, y no otro alguno, y que repitiese otra vez idéntico mensaje, prometiendo premiar su diligencia. ¡Oh y cu[an]to te interesan nuestras almas, y cu[an]ta prisa tienes de favorecerlas! ¡Oh y cu[an] benigne- mente sufres una repulsa que la huma- na prudencia sugería! ¡Oh y cu[an]ta ge- nerosidad muestra tu pecho, al dar las gracias á un hombre tan humilde por tan pequeño servicio, cuando un ángel se tendria por dichoso al ejercerlo! Bendita seas, Señora y madre mia, que no te cansas de sufrir nuestras repul- sas, ni fulminas castigos ó amenazas contra los que rehusan seguir tus in- sinuaciones, sino que llena de amor

para unos hijos tan ingratos, repites con suave insistencia el tierno llamamiento, y tocas de nuevo las duras puertas de nuestra alma, y estimulas nuestro celo con la promesa de premios y mercedes. Muy bien sé, madre mía, que los que te dan á conocer, sacando á luz tus gracias y excelencias, obtendrá la eterna vida, y los que den contigo hallarán la misma vida, y alcanzarán del Señor su salvacion. Llámame, pues, de nuevo, oh Reina soberana; repite tus dulces llamamientos á los oídos de un pueblo culpable é ingrato, que entretenido en vanidades, y abrumado por los negocios del siglo, se ha apartado de los caminos de la justicia, y ha abandonado al Dios que llenó su juventud de regocijo. Oh Virgen singular para nosotros, pues que á nacion ninguna has honrado en tal

manera, ya que te muestras tan mansa, tan apacible y tan amante; haz que desatados de las culpas, que como pesadas cadenas nos oprimen, obtengamos la mansedumbre que nos haga un pueblo de hermanos, y la santa castidad que nos haga aceptos al cielo. Amen.

Recese devotamente el Ave maris stella.

CUARTO DIA

Bien sé, querida y dulce Madre, que tienes muchos á quienes mandar tus voluntades: bien sé que hay innumerables almas que volarian presurosas á ejecutar todas tus órdenes, y que se anticiparian si pudieran, á realizar

tus menores deseos: bien sé que en nuestros tiempos, aunque tan desgraciados y tan tristes, tu dulce amor como un torrente desprendido de los cielos inunda la tierra, y dulcemente arrebatas los corazones; bien sé que tú, tú misma bajando de los cielos, vienes á llorar sobre la tierra los extravíos de una nacion culpable, ó á recordarle tu original pureza, ó á insinuarle con letras de oro pintadas en el azul del firmamento, que tu Hijo divino se deja conmover, *y que oren con constancia*; pero yo nada envidio; pues dijiste que convenia que este pueblo y no otro alguno, fuese el confidente de tus secretos, el depositario de tus promesas, y el heraldo de tus bondades. Veniste al Tepeyac, como á la Saleta, á destruir los pecados del pueblo, y encaminarlo por los rec-

tos senderos: te ostentas como en Lourdes, bajo los signos con que se representa la imagen de tu Concepcion Inmaculada, vestida del sol, de estrellas adornada, y la luna por escabel de tus plantas: alientas la esperanza, prometiendo ser propicia á nuestros males, y en todas nuestras necesidades cariñosa socorrernos: y el vicario de tu Hijo sobre la tierra, al contemplar tu imagen que embeleza, y escuchar la narracion de tus finezas, exclama con el real profeta; "no hizo tal con ninguna otra nacion, ni así les ha manifestados sus designios." ¡Virgen de Guadalupe! haz que al pié de tu altar, se reavive la fé de este tu pueblo, y que á la vista de esta imagen celestial, se inflame su amor, y crezca su reconocimiento! que sus rodillas, dobladas siempre aquí en tu templo,

y sus manos juntas, y su frente humillada, te desagravien de la ingratitude de tantas almas, y de la irreligion y la impiedad que á tantas otras sumergen en los abismos de la eterna desdicha. Renueva hoy mas que nunca tus llamamientos; reitera tus instancias; alientanos con tus promesas, y apartanos de los senderos del error y de la corrupcion del siglo presente; para que veamos algun dia regocijados en el cielo, el semblante de la Madre, cuya imágen formaba nuestra delicia aquí en la tierra. Amen.

Recese devotamente el Ave maris stella.

QUINTO DIA.

Era el dia del Señor, y el nuncio humilde, despues de asistir al santo Sacrificio, dirijese al Prelado, á quien con lágrimas refiere su mandato; mas acompañado á la vuelta por los criados desaparece á los ojos de los que le vigilaban, como si no quisieras, madre mia, testigos inoportunos, en aquellos tiernos coloquios que trababas con el hijo sencillo de nuestras montañas. El te encuentra en la cumbre, donde solícita le aguardabas, y humillado en tu presencia, refiere las preguntas del Obispo, y cómo pide una señal cierta que autorizando al legado, testifique la verdad de sus palabras. Tú le agradeces su obediencia



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



con cariño, y le mandas volver al dia siguiente al mismo sitio para dar las señales exigidas. Mas en el dia siguiente, un deudo suyo enferma gravemente, y los cuidados y atenciones que exige, y las complicaciones que surgen en las familias en estos casos, impiden al neófito el acudir á obsequiar tus amorosas intenciones. Pero tú, que como reina del mundo no podías ignorar lo sucedido ¿por qué no mandas retroceder á la fiebre, ántes que hiera al deudo de Juan Diego? ¿por qué no haces germinar en ese mismo instante las flores prodigiosas, y las envías desde luego al Prelado vacilante, para convencerlo é ilustrarle? ¿por qué permites que tu fiel mensajero, sea mirado como un impostor por los ministros, y delatado como tal al superior, y mirada su extraña desa-

paricion como fraude y engaño? ¡Oh Virgen Santísima! aunque los mortales no debemos tratar de escudriñar los arcanos de la magestad, temiendo ser oprimidos con el peso de su gloria; pero bien podemos tus hijos estudiar humildemente tus obras, para encendernos en tu amor y llenarnos de agradecimiento. No estorbas pues que Bernardino enferme, como Jesucristo no estorbó que su amigo Lázaro muriese, para que fuese mayor y mas palpable el milagro de su resurreccion, despues de quatro dias de sepultura; no envías luego las flores, porque la hora no habia llegado todavía, y era preciso esperar á que el sol con sus primeros rayos pudiese ántes bosquejar tus contornos, y que las flores pudiesen colorar despues tu linda imagen; era preciso que la persecucion

sobreviniese, para que la verdad apareciese triunfadora, y que el nuncio fuese tratado, [como lo fué Jesus tu Hijo], de engañador y de hechicero, para que creciese su mérito al mismo tiempo que tu gloria apareciese, y no faltase en ésta tu obra, el crisol de la tribulacion que la hiciese mas luciente, y la prueba de la incredulidad que la dejase mas firme.

Mas aquellos dudaban porque nada habian visto; el Prelado vacilaba por providencia, y sus ministros juzgaban mal, engañados con las apariencias; mas ahora que tres y medio siglos han creído y venerado; ahora que tantas generaciones han visto con sus ojos y tocado con sus manos, una raza incrédula se levanta: siembra dudas con ignorante estulticia, ó niega con malicia descarada; ni registra las his-

torias, ni consulta los monumentos, ni compulsas las tradiciones, ni estudia los hechos reales y patentes á todos los ojos: abandonando al Hijo no es extraño que olviden á la Madre, y burlen nuestra piedad, y escarnezan nuestra devocion, y motejen nuestro celo. Pero lo mas triste es que aun los creyentes se entibien, y tus devotos se desalienten, y tus hijos dejen decaer ingratamente el esplendor de tus cultos. ¡Piedad! ¡piedad para todos, Virgen de Guadalupe! véngate como madre de tantos pobres extraviados, abriéndoles los ojos para que te conozcan y purificando, para que te amen, sus corazones. Haz que las burlas de los malos, y las blasfemias de los ímpios, léjos de amortiguar la fé ó entibiar el celo de tus hijos, nos hagan mas fervientes en nuestras oraciones,

mas asíduos en nuestros obsequios, y mas frecuentes en nuestras visitas, para que miéntras tantos sacian sus ojos con las mil vanidades que el mundo ofrece cada dia á sus amadores, nosotros no nos cansemos de ver y contemplar ésta tu imágen embelezadora, que fué siempre el encanto de nuestros padres, y es hoy la mas bella y mas dulce esperanza de sus hijos. Amen.

Récese muy devotamente el Ave maris stella.

SEXTO DIA.

Al dia siguiente caminaba el neófito con diligencia, á fin de llevar al enfermo que se agravaba, los dulces au-

xilios que la religion para aquellos momentos proporciona. Y temiendo que la tardanza, aunque motivada por celestiales intereses perjudicase á su intento, huye con candidez del sitio de la cita antecedente, y desciende por otro sendero ménos alto. Mas oh favor ¡oh bondad la tuya, Madre mia! como la gracia de tu Hijo persigue al hombre en los senderos mas escondidos, y aun á veces le sale al encuentro, aun cuando la huye ingratamente, así tú con maternal constancia, occurs al encuentro de Juan, no léjos de una fuente, y explicada por él la causa de su tardanza, y contando la enfermedad de su deudo, que le preocupaba, le dices que no tema el riesgo del enfermo, que ya estaba sano, y que volviese á cumplir lo que le habias tú mandado. Mas como él pidiese las se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas asíduos en nuestros obsequios, y mas frecuentes en nuestras visitas, para que miéntras tantos sacian sus ojos con las mil vanidades que el mundo ofrece cada dia á sus amadores, nosotros no nos cansemos de ver y contemplar ésta tu imágen embelezadora, que fué siempre el encanto de nuestros padres, y es hoy la mas bella y mas dulce esperanza de sus hijos. Amen.

Récese muy devotamente el Ave maris stella.

SEXTO DIA.

Al dia siguiente caminaba el neófito con diligencia, á fin de llevar al enfermo que se agravaba, los dulces au-

xilios que la religion para aquellos momentos proporciona. Y temiendo que la tardanza, aunque motivada por celestiales intereses perjudicase á su intento, huye con candidez del sitio de la cita antecedente, y desciende por otro sendero ménos alto. Mas oh favor ¡oh bondad la tuya, Madre mia! como la gracia de tu Hijo persigue al hombre en los senderos mas escondidos, y aun á veces le sale al encuentro, aun cuando la huye ingratamente, así tú con maternal constancia, occurs al encuentro de Juan, no léjos de una fuente, y explicada por él la causa de su tardanza, y contando la enfermedad de su deudo, que le preocupaba, le dices que no tema el riesgo del enfermo, que ya estaba sano, y que volviese á cumplir lo que le habias tú mandado. Mas como él pidiese las se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñas que le acreditasen, le mandas subir á la cumbre del monte y que, cortando las flores que allí se encontrara, las recoja en el lienzo que le cubre y las traiga luego á tu presencia. Y como la fé sencilla, de nada duda, ni vacila, él cree sin titubear en la salud de su enfermo, él cree firmemente en la existencia de esas flores que ni el sitio jamás las producía, ni el invierno allí entonces toleraba. Mas el monte, obediente á la insinuación de su reina, las produce al punto mismo en abundancia; el invierno las respeta, maravillado; y las manos del neófito cogen cuantas quiere y cuantas puede abarcar el lienzo en que las lleva; y las rosas estaban *frescas y olorosas y con roció*; y cogiéndolas tú, Señora, con las manos, y volviéndolas á echar en el lienzo, las bendices sin duda, y les co-

municas alguna virtud prodigiosa con tu contacto, y mandas á Juan las lleve como señales, sin mostrarlas á nadie en el camino, ni desplegar sino en presencia del Prelado, el lienzo que las guarda. Mas entonces, Madre mía, los ángeles tomaban los perfiles de tu virginal figura, bosquejados sobre la tela desplegada, por los primeros rayos del sol que asomaba en el Oriente y cobijaba tus espaldas, dejándote con ellos revestida; entonces con el jugo de las flores, como exprimidas, trazaban esos colores de una dulzura indefinible, que ni el pincel humano pudo jamás igualar, ni el nitro de los lagos descomponer, ni el tiempo devorador de las cosas, destruir. Allí quedó trazada ésta celeste imagen, sin que obstase la rudeza del lienzo, para impedir la pintura, ni su falta de prepara-

ción para fijarla, ni su rareza y transparencia para perfeccionarla, ni su frágil costura para perpetuarla. Allí se verificó esa maravilla que los ojos atónitos contemplan, que los sábios convencidos proclaman, que los prodigios multiplicados acreditan, y que los corazones embelezados veneran.

Mas ¡oh Virgen de Guadalupe! ¿qué simbolizan las flores que haces brotar en medio de áridos peñazcos, sino las graciosas virtudes que cada día haces germinar en los pobres corazones de tus hijos que te aman? ¿y qué indica el hacerlas cojer y florecer de preferencia en el sitio de tus primeras apariciones, en las cumbres y no en el collado, sino que las virtudes florecen mas copiosamente en las almas que tú visitas, y en las que desprendidas de la tierra tienen siempre sus deseos y

aspiraciones levantadas hácia el cielo? ¿Y para qué descienes cercana á la salobre fuente, sino porque quieres bendecir sus aguas con tu presencia, y hacerlas obradoras de salud y remedio, como la fé y memoria de los siglos trascurridos testifica? ¿Y para qué miran tus ojos, y tus manos palpan aquellas rosas frescas y olorosas, y de rocío cubiertas, que con su jugo imprimirían tu imágen, sino para advertirnos que las virtudes hermosas con tu contacto serán mas frescas y mas suaves, y que protegidas por Cristo, rocío de los cielos, irán labrando ó imprimiendo tu semejanza y la suya en nuestras almas? ¿Y para qué mandas recatarlas de todas las miradas, sino para advertirnos del santo secreto en que debemos conservar los favores recibidos sin manifestarlos á

otros que á aquél que en nombre del Señor gobierna nuestro espíritu? ¿Y por qué eliges para esa grande obra, la madrugada y el salir del sol, sino para que entendamos que esa es la mas bella hora de cada día, y que en ella debemos hablar con Dios y con su Santa Madre, y ofrecer al Señor las primicias del día, y copiar en nuestros corazones, por la oración, su perfecta semejanza? Haz pues, Señora, que no nos cansemos de estudiar esta tu historia, tan llena de amor como fecunda en enseñanzas; haz que los ojos de tantos ciegos se abran á los plácidos rayos de tí la aurora de los cielos; haz que curen tantos enfermos con las limpias aguas de tí fuente de gracias; haz que tus hijos sepan dar cuenta á quien conviene, y como conviene, de los favores recibidos, para que impresa en

el corazon tu virginal figura, podamos un día contemplar en los cielos á aquella cuya imagen nos encantaba aquí en la tierra. Amen.

Recese devotamente el Ave maris stella.

SÉTIMO DIA.

Apenas prometes á Juan en la montaña, la salud del enfermo, cuando llena de bondad y misericordia, te presentas á éste, que no sabe al principio si es un delirio delicioso de la fiebre, el que le hace mirar una beldad tan soberana; pero la calentura que al punto se retira, la cabeza que se aligera, las fuerzas que se recobran, y el corazon que late con un encanto des-

conocido, le hacen ver que no es una ilusión lo que le embelesa y le cautiva; y al mismo tiempo escucha ¡oh Virgen! tu voz melodiosa, que el mismo Dios oye resonar con agrado, y tú le muestras tu voluntad de que un templo se edifique en el mismo sitio que al otro Juan manifestaras, y que tu imagen se llamase SANTA MARIA DE GUADALUPE. La salud completa de aquel hombre, además de su ingenua sencillez, dan bastante testimonio de tu bondad de madre y de la realidad de tu visita: así quisiste premiar la ardiente fé de aquellos neófitos, y recompensar los pasos dados en tu honor y servicio, y elegir, como el Señor, las cosas débiles del mundo, para confundir á las fuertes, y á las estultas, para confundir á los sábios, y á los viles y despreciables, para des-

truir las poderosas. Mas, ¿qué quiere decir ese nombre con que gustas llamarte, y que en su dulce y melodioso idioma, revelaste al enfermo en tu visita? Si aun en nuestra lengua significa, *agua de la fuente*, como manifestando que eres una fuente purísima, cuyas límpidas aguas son las gracias que redundando de tí refrigeran, riegan y purifican: ¿cuáles serán sus maravillosos sentidos en el pintoresco dialecto en que te dignaste hacerlo oír la vez primera? Muy bien puede indicar: "*la que tuvo origen en la cumbre de las peñas,*" nombre que recuerda las palabras que de tí canta la Iglesia, tomándolas de un salmo misterioso: "*los cimientos de la ciudad de Dios, están colocados sobre santas montañas,*" y nombre que recordaría perfectamente tus graciosas apariciones sobre la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cumbre del feliz Tepeyac, juntando así la alteza de tu ser immaculado, con la dignacion de tus visitas á la bajaiza de nuestro suelo. O mas bien puede significar el nombre de Guadalupe que adoptaste: "*la que ahuyentó á los que nos devoraban,*" puesto que á tu venida desaparecen las supersticiones idólatricas, y fueron ahuyentados los demonios, lobos feroces que devoraban á millares las almas, atormentando tambien no pocas veces á los cuerpos. ¡Oh Virgen de Guadalupe! Hediondas manchas asean hoy á tu pueblo querido: sé tú la fuente de aguas claras, á donde venga á purificar su alma contaminada! Del pozo del abismo se exhalan negros vapores que enturbian la luz de la fé, y del abismo de los vicios, se levanta el humo pestilente de la incredulidad y la blasfemia: sé tú

la que apareciendo á nuestros ojos, radiante de luz en la cumbre de la montaña, desbarates las nieblas, y confundas los errores, y des muerte, tú sola, una vez mas á la heregial! Los leones rugiendo del infierno, trasfigurados hoy para engañar mejor, en almas de difuntos, devoran como nunca las almas de los vivos, y alucinan y engañan á muchos de tus hijos: sé tú, Señora, la que ahuyentes muy léjos á éstas bestias devoradoras, que con astucia de raposas, debastan y asuelan las viñas del Señor! ¡Que ese tu místico nombre de Guadalupe, tan grato á éste pueblo que te ama, endulce nuestras penas y amarguras, embalsame nuestra alma, y purifique el ambiente emponzoñado! Que tu imagen graciosa y querida ocupe por todas partes, no solo un lugar preferente en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestros templos, sino tambien la cabecera de nuestros lechos, y las paredes de nuestras moradas! Que tu historia, tan amorosa y tan tierna, sea referida por las madres á sus hijos, y por los hijos de nuestro suelo á los extraños! Y que tu amor inflame nuestros corazones, y que tus glorias y alabanzas, no caigan jamas de nuestra boca en tanto que nuestros ojos te contemplan, y nuestros lábios, con amor y respeto, besen allá en el cielo tus plantas virginales! Amen.

Récese devotamente el Ave maris stella.

OCTAVO DIA.

Ya habia llegado el mensajero, ¡oh Virgen santa! á la casa del Prelado:

ya habia esperado mucho tiempo, y habia tenido que recatar las rosas que llevaba de la piadosa curiosidad que quisiera registrarlas, cuando al fin, introducido á la presencia del Obispo, relata su mensaje con la sencillez de la verdad, y añadiendo que lleva las señales pedidas despliega el lienzo que recogido lleva, y deja caer por tierra las frescas flores que en él guarda. ¿Pero qué aparece entonces, madre mia? ¡Oh prodigio inaudito! oh maravilla que registran encantados los sentidos! En la tosca tela del neófito, una pintura celestial y divina, se presenta ante los ojos atónitos del Prelado! Eres tú, la reina de los ángeles y de los hombres; eres tú, Madre de Dios y madre mia, la que te dejas ver allí, semejante á la vision del Apocalipsis: el sol te viste de pies á cabeza con sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lucientes rayos, bordan tu manto las blancas estrellas, y pisas la luna ennegrecida; con tus plantas, y un que- rubin con las alas extendidas te sostiene. El traje de las nobles hijas de nuestro suelo te viste, y su agraciado color, moreno suave, tiñe tus manos juntas, y tu rostro de angelical modestia. Las flores de los campos parecen haber cedido sus colores para pintar tu vestidura, y las mas bellas mariposas, el polvo de oro de sus alas para dorar tu túnica. ¡Oh madre, madre, dulce madre mia! qué bella y qué graciosa apareces así á las miradas de los que te aman! ¡Con razon, de los ojos del Prelado brotan al contemplarte, calientes lágrimas de agradecimiento y de ternura! ¡Con razon, como nos cuentan las historias, ha habido un indígena feliz, que espirara á los pies

de tu imagen, no pudiendo resistir al dulcísimo amor que le inspirara! ¡Con razon al comparecer ante tí se endulzan nuestras penas, y se hacen llevaderas las cargas de la vida; y se obtienen fuerzas para sufrir las persecuciones, y perdonar las burlas y sarcasmos de la impiedad que nos rodea! Vuelve hoy, pues, á nosotros esos tus ojos misericordiosos, María de Guadalupe! penetra con ellos en el seno de nuestras ciudades, y en lo interior de nuestras habitaciones, y en lo mas íntimo de nuestras entrañas, y límpialo todo, alúmbralo, regocíjalo y purificalo todo con tu aspecto. Muévante á compasion tantos hijos ingratos y culpables: dá una mirada á tantos templos arruinados, á tantas sectas levantadas, á tantas místicas palomas, arrojadas del arca santa al cenagal del

mundo, á tantos ángeles de dulce caridad, regando con sus lágrimas el amargo pan del destierro, y suspirando por este amado suelo que no olvidan ni un día: á todos mira Virgen misericordiosa, para que tus entrañas se muevan á clemencia; acuérdate oh Virgen fiel, de tu promesa, de mostrarte madre de misericordia en todas nuestras necesidades, muévete á socorrernos en tantos males, y á protegernos entre tantos peligros. Virgen poderosa; ampáranos en la vida, acompáñanos benigna á la hora de la muerte, y regocijamos con tu dulce presencia en la eternidad. Amen.

Récese devotamente el Ave maris stella.

ULTIMO DIA.

¡Con cuánto amor y agradecimiento fué acogida tu portentosa imagen, madre mia de Guadalupe! ¡Con cuánta tierna piedad venerada por el dichoso Prelado que logró el primero contemplarla! ¡Con cuán santa curiosidad requerida por los fieles para mirarla regocijados, hasta que colocada en el templo principal y expuesta á todos los ojos, fué acreditada al presentarla al culto público, y autorizada de este modo; pues la Iglesia no alimenta la piedad de sus hijos, con la ficción ni la mentira! Desde entonces resiste al embate de todos los elementos destructores; ni el polvo que por muchos dias recibe, la deslustra; ni los rayos del sol, la decoloran; ni el aire carga-

1020000095

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do de vapores corrosivos, la destruye; ni el contacto de millares de piadosos objetos que á ella se juntan, la descompone: inmóvil, serena, radiante en el trono que la fé de nuestros padres le erigiera, vé pasar los siglos tras los siglos, siempre constante para protegernos, y siempre pronta para recibirnos y escuchar nuestras quejas. Si alguna vez deja la montaña de su elección para penetrar en la ciudad inundada, no es sino para facilitar su acceso á sus hijos, ó para calmar la horrible peste que destruye su raza tan querida; mas trascurrido el peligro, vuelve magestuosa á instalarse en su templo y su altar, para recibir allí las plegarias de todos, y mostrarse su madre verdadera, y derramar á torrentes sus misericordias y favores. ¡Oh madre mia, vida mia, tesoro de mi cora-

zon y encanto de mi alma! ¿cómo te alabaré Virgen de Guadalupe, y con qué nuevos acentos cantaré tus maravillas y alabanzas? ¿Qué palabras tan tiernas encontraré en el humano lenguaje que puedan mostrarte la ternura de mi alma, y el amor de mi corazón para contigo? ¡Virgen mia! madre mia! morena tórtola de nuestros altos montes: azulada paloma del Tepéyac, tierna beldad de encanto soberano, que á México cautivas y enamoras; clara fuente de mansísimas aguas, á cuyas márgenes acuden las almas sedientas en busca de salud y de limpieza; batalladora terrible como un ejército desplegado en combate, y capaz de ahuyentar con solo tu aspecto á los que nos devoran; estrella esplendorosa matutina, que en la cumbre de las montañas apareciste un día, para

ahuyentar la negra noche de los errores; rosa mística de celeste fragancia, que te abriste preciosa en nuestro suelo, para ser su honor y su delicia; y embalsamarle por siempre con tu aroma; iris radiante de limpiísimos colores que te levantas entre el cielo y la tierra, para alentar la esperanza del hombre, y recordarle al Señor sus promesas de paz; arca colmada de inapreciables riquezas, abierta siempre á todas las necesidades, y convidando á todos con tus tesoros; alcázar real de inexpugnables muros, en cuyo recinto, seguros nos hallamos de los tiros de todos nuestros enemigos; ¡Virgen de Guadalupe, Dios te salve! Mi corazón es tuyo, bien lo sabes! mis ojos no quisieran retirarse nunca de esa imagen que siempre los recrea sin saciarlos jamás: mi mansión quisiera te

ner junto á la tuya para vivir y respirar á ti cercano. ¡Piedad, piedad de tu pueblo, Madre mia! ¡México te ama siempre, aunque muchos de sus hijos se extravíen, y muchos de los tuyos se desalienten. ¡Piedad para ellos, Señora, piedad y misericordia para todos! Que los errores se disipen: que los ángeles de tinieblas huyan amedrentados! que los herejes se rindan á la luz de la fé, que los católicos reaviven su celo, y se despojen del espíritu del mundo! Que el nombre del Señor sea santificado, y su reino extendido, y su voluntad cumplida en todas partes; y que tu dulce nombre, y tu graciosa imagen, y tu amor y tu culto, se aumenten á porfía entre nosotros, para que purificada nuestra vida, y asegurando nuestro camino, juntos nos alegremos al ver á Jeucristo, y á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tí su santa Madre allá en el cielo.
Amen.

*Récese devotamente el Ave maris
stella.*

VISITA

À LA

Virgen Maria de Guadalupe

En su Templo
ó delante de su imagen

Para rogar por la Nacion Mexicana

ESCRITA POR

Gabino Chávez, Pbro.



MEXICO.

IMPRENTA CATÓLICA, TIBURCIO 17.

1882.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tí su santa Madre allá en el cielo.
Amen.

*Récese devotamente el Ave maris
stella.*

VISITA

À LA

Virgen Maria de Guadalupe

En su Templo
ó delante de su imagen

Para rogar por la Nacion Mexicana

ESCRITA POR

Gabino Chávez, Pbro.



MEXICO.

IMPRENTA CATÓLICA, TIBURCIO 17.

1882.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



de su santa MARTA en el cielo.

Virgen Maria de Guadalupe

En su Templo
de delante de su imagen

Es un templo por la Nación Mexicana

Gabino Cárter, Pbro.

MEXICO

IMPRESA GACETA, TURBID, 17

1881

— 83 —

por ella, pasan á las manos, y se re-
repleta de sus pecados, y se arro-
vechen del furo de tu sangre precio-
sa, yo he sido, Señor, felizmente can-

VISITA

A la Sma. Virgen de Guadalupe.

no he querido ni poder resistir á los
atractivos de una reina tan poderosa,

V. Señor, abrirás mis labios.

R. Y mi boca anunciará tu alabanza

V. Dios mío, entiende en mi ayuda.

R. Apresúrate Señor á socorrerme.

V. Gloria al Padre, etc.

Sentimientos de contrición.

¡Dulce Jesús; salvador de las almas,

que entre las invenciones de tu amor

para con los hombres has querido poner

á María tu dulce Madre, para

que atraiga con irresistible hechizo á

los pecadores, á fin de que, cautivados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

por ella, pasen á tus manos, y se arrepientan de sus pecados, y se aprovechen del fruto de tu sangre preciosa: yo he sido, Señor felizmente cautivado por esa celestial criatura: yo no he querido ni podido resistir á los atractivos de una reina tan poderosa, de una beldad tan pura, de una madre tan tierna; antes voluntariamente preso de su amor, he querido pertenecer á tu servicio, y serte siempre fiel, bajo el amparo de su proteccion virginal. Mas no obstante, mi vida está llena de faltas y pecados: mi pensamiento no acierta á fijarse en tí; mis palabras hieren muchas veces á mi prójimo; mis afectos por las criaturas me llenan de inquietudes, y mis acciones no están todas conformes á tu divina ley. ¡Perdóname Señor! Acábame de arrancar de un mundo que

contrista mi fé, y entibia mi amor á tí: acaba, por María, mi buena madre, la obra de mi santificación que por ella has comenzado; perdona á toda esta nacion, tan colmada de beneficios, como llena de ingraticudes y de culpas, haz que el amor y la devocion hácia la Reina de los cielos, que por dicha no ha llegado á faltarle, reavive sus esperanzas, encienda el ardor de su fé tan combatida, y alimente en su corazon la suave llama de la caridad, á fin de que experimentando una vez más, que has hecho curables á las naciones, todas las gentes te alaben, y todos los pueblos te glorifiquen eternamente. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Oracion á la Virgen Maria.

Oh Maria, verdadera Madre de Dios verdadero, aquí vengo á implorar tu proteccion poderosa para con este pueblo que te es tan querido: vengo á prosternarme ante tu altar y á las plantas de tu bendita imagen, para pedirte con toda mi alma el remedio de los males que nos afligen, recordándote la palabra que empeñaste de mostrarte madre tierna en nuestras necesidades: vengo á pedirte que renueves la fé que se extingue en los corazones: la piedad que se ahuyenta del seno de nuestras familias; las religiosas prácticas que se abandonan con vergonzosa cobardía, y el amor y el respeto á la religion de nuestros mayores, única que nos hace felices como la única verdadera: vengo á supli-

carte que destierres los mundanos respetos que hacen cometer tantos pecados y omitir tantas virtudes; que inspires en los padres la conciencia de sus grandes deberes, y á los hijos el profundo respeto que han cesado de profesar á sus padres; que apacigues el ódio de los perseguidores, y mantengas la constancia y aumentes la paciencia de los pobres perseguidos: que prestes socorro á los que están llenos de miserias, tu ayuda á los que padecen por la pusilaminidad, que les aumenta el tamaño de sus males; que consuenes á tantos que lamentan con amargas lágrimas sus pesares; que pidas al Señor de rodillas por el pueblo culpable, que interpongas tu mediacion por el clero sagrado, para que sepa cumplir sus tremendos deberes; que intercedas por ese sexo devoto de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quien formas las delicias, y que todos los que de tí se acuerdan, y se alegran con tu dulce memoria, experimenten en sí los efectos de tu ayuda maternal. Amen.

Recense las Ave Marias que siguen.

Virgen de Guadalupe! reprime entre nosotros las iras desencadenadas de la serpiente infernal, refrena su malicia, é impide que arroje á las almas de tus hijos á los negros abismos de la incredulidad ó la herejía. *Ave Maria.*

Virgen de Guadalupe! deten con tu mano soberana las tempestades de la persecucion que ha conmovido en nuestro suelo á la Iglesia santa, y que la hubiera esterminado, si las puertas del infierno pudieran prevalecer en

contra suya. Que calmen ya los furros de nuestros enemigos, madre mia! *Ave Maria.*

Virgen de Guadalupe! alcanza del Señor que sus santas casas sean respetadas; que no profanemos sus mismos discípulos los lugares consagrados á la oracion, y santificados con los mas altos misterios; que ante aquella Magestad que adoran las Potestades, y veneran temblando las Dominaciones, no rían ni conversen entre sí los cristianos! *Ave Maria.*

Virgen de Guadalupe! haz que encuentren un asilo entre nosotros, las almas que desean arrancarse del mundo, y consagrarse enteramente á Jesucristo, y vivir como peregrinos en la tierra, contemplando las cosas del cielo. *Ave Maria.*

Virgen de Guadalupe, intercede por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Iglesia universal, por la conservación y libertad del Sumo Pontífice, por el acierto de nuestros Prelados, párrocos y sacerdotes, y por las personas de nuestros gobernantes, ruega por nuestros amigos, bienhechores y parientes, y echa sobre nosotros que hoy te visitamos, una mirada de amor y de misericordia. *Ave María.*

Coloquio Final.

Oh Virgen de Guadalupe! oh madre mía muy amada! cuán grato me es venir á pasar unas horas prosternado ante tus plantas, y dejar el ruido mundanal, y las ocupaciones de familia, y el estrépito de los negocios, para conversar dulcemente con una madre, y desahogar mi corazón en el pecho de la mejor de las amigas, y des-

cansar de las enojosas solitudes de a vida, en el silencio misterioso de tu templo. Aquí sí soy feliz, á tu lado, madre mía: aquí olvido los mil sinsabores que amargan mi existencia, y no siento el peso de las cargas que me oprime: aquí paso unos instantes tan dulces, que me recuerdan la felicidad de la gloria, y me lleno de un amor que no perturba, que no agita, que no mancha ni entristece. Virgen de Guadalupe! mis ojos no se cansan de mirarte; y cuando se entrecierran, como para depositar en el alma, la dicha que en tu imagen han recogido, un atractivo siempre nuevo los levanta, y unas nuevas y atentas miradas los embelezan otra vez, y no los sacian! Tu corona de dorados rayos, me revela tu magestad y tu gloria; tu negra cabellera me enamora; tu moreno sem-

blante me recrea; encántame tus ojos tan púdicos y humildes, y tu boca tan graciosamente cerrada, me regocija; la negra cruz que abotona tu túnica, y te adorna cual joya muy preciada, me recuerda que la cruz debe ser mi riqueza y tesoro, y que nada sino ella es digno ornato del pecho de un cristiano; tus virginales manos de pequeñez admirable, al juntarse, me enseñan cuánto oras por tu pueblo, y me invitan á la santa oracion, y me encomiendan el fervor en mis plegarias; el dorado floréo de tu vestido, me indica cómo deben adornarme las virtudes, encendidas en el oro de la caridad; el sol que te circunda, y las estrellas que bordan tu manto, me acuerdan que eres tú la reina de la grandiosa creación de los astros, y que debo revestirme de la luz de la gracia para imi-

tarte; la negra luna que pisas, simboliza la negraia de este destierro, y su mutabilidad continúa, y puesta á tus piés me advierte que solo debo estar en éste mundo como de paso, y no de asiento, y que debo conculcar con desden el polvo del destierro, y no abrazarlo con delicia; el querubin hermoso que te sostiene, al mismo tiempo que me advierte que aun los ángeles de la gerarquía mas alta te sirven como á su Reina, me avisa que la luz y el conocimiento de mi fé y religion, deben ser la base de mi conducta, y la guía constante de mi camino; y toda tú, dueña y señora mia, vestida al uso de las doncellas hijas de nuestro suelo, me haces pensar con ternura en aquella palabra, que de tu divino Hijo, el Dios humanado, dijo el Apóstol: que "*se anonadó á sí mis-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no tomando la forma de siervo, hecho á semejanza de los hombres, y hallado en la figura exterior como hombre." (1)

Así tu te abajas á tomar la forma de indígena, y á semejanza de ellas te pintas en el maravilloso lienzo, y en figura exterior de ellas te hallamos, cuando en tu imagen venerada venimos á buscarte. ¡Bendita seas reina mia, paloma mia, y madre mia, que no te apareciste entre nosotros como en Lourdes, con las deslumbrantes vestiduras de la gloria, sino con los humildes colores de las hijas de nuestro suelo, rasgo de cariño y de fineza que mi corazón quisiera corresponder, y mi alma agradecer como debe. ¡Virgen de Guadalupe, yo te amo! yo quiero endulzar más y más mis miradas

(1) Philip. II. 7.

en posarlas sobre esa pintura de los cielos, yo quiero que mi pobre cabeza sea esa dichosa luna que tocan tus plantas: quiero que mi corazón encendido en tu amor, lance por todas partes rayos del fuego que le anima, para que ellos te formen un trono, y tú en medio de él habites: yo quiero que el querubín abra su mano, y suelte el extremo de tu manto que con ella sostiene, para tomarlo yo, y con él cubrirme, y á su sombra guarecerme, y bajo de él protejerme de los tiros de mis enemigos: yo quiero que esas manos apretadas, tomen en medio las mias, aunque indignas, y me levanten del polvo de la tierra, y de entre la compañía de las criaturas, á contemplar las cosas del cielo, y mirar cara á cara tu hermosura. ¡Madre mia! vida mia! dulzura mia! yo no me canso ja-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más de estar contigo! Ojalá y las tristes necesidades de la vida y las precisas ocupaciones de mi estado no me llamasen, yo prolongaría aun por largas horas mi visita; pero es fuerza separarme, encanto de mi alma, es preciso partir y no ver más á la que amo. Mas aquí te dejo mi corazón, Virgen de Guadalupe; contigo queda amándote y venerándote siempre. Bendíceme Señora, mírame aun otra vez y déjame mirarte. ¡Piedad, para México, madre mía, una mirada compasiva para mi patria, una bendición tuya para este pobre suelo! Amen.

V. Virgen de Guadalupe, madre mía!

R. Mi corazón te dejo en este día.

Digase tres veces.

VELADA LITERARIA

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

más de estar contigo! Ojalá y las tristes necesidades de la vida y las precisas ocupaciones de mi estado no me llamasen, yo prolongaría aun por largas horas mi visita; pero es fuerza separarme, encanto de mi alma, es preciso partir y no ver más á la que amo. Mas aquí te dejo mi corazón, Virgen de Guadalupe; contigo queda amándote y venerándote siempre. Bendíceme Señora, mírame aun otra vez y déjame mirarte. ¡Piedad, para México, madre mía, una mirada compasiva para mi patria, una bendición tuya para este pobre suelo! Amen.

V. Virgen de Guadalupe, madre mía!

R. Mi corazón te dejo en este día.

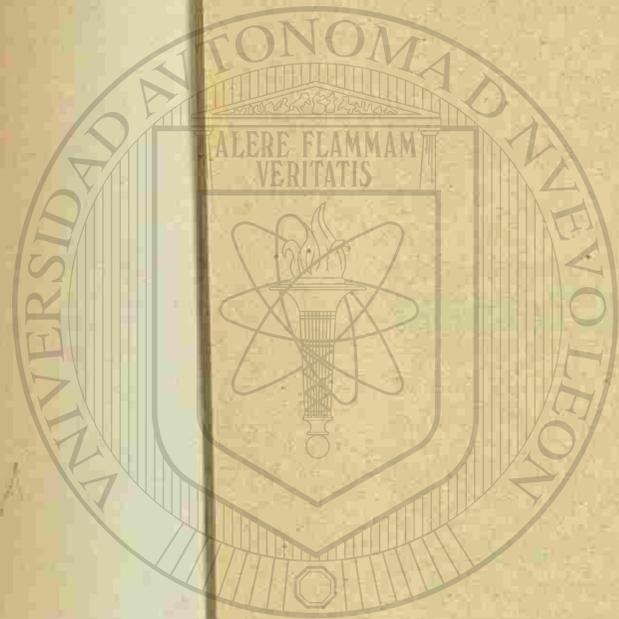
Digase tres veces.

VELADA LITERARIA

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



RESEÑA HISTÓRICA

DE LA

VELADA LITERARIA

QUE EN CELEBRIDAD
DEL

PRIMER ANIVERSARIO DE LA CORONACION

DE LA SAGRADA IMAGEN
DE

MARIA SANTISIMA DE GUADALUPE

SE VERIFICÓ

EN EL INSTITUTO CIENTIFICO DE MÉXICO
LA NOCHE DEL 31 DE OCTUBRE
DE 1896.

Edición de "El Apostolado de la Cruz"

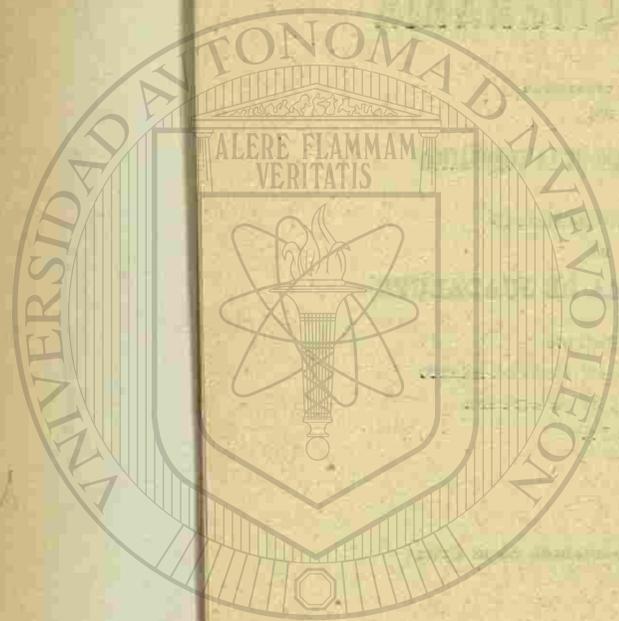
MÉXICO.

IMP. DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS
Calle de Maleros, antigua Plaza del Volador.

1896

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PRÓLOGO

DE nada, ó por lo menos de muy poco, servirían las manifestaciones con que un pueblo hace sensible su entusiasmo, dejando transparentar todo su ser, presentando de lleno su carácter y dándose á conocer bajo el aspecto que en justicia y en verdad le corresponde, si estas manifestaciones se localizaran en un lugar ó en una época determinados: pues por más que ocupen todas las inteligencias, llenen todos los corazones, impulsen todos los sentimientos, inflamen todos los deseos y arrastren todas las voluntades, tendrían que desaparecer, si no con la causa que las produce, sí con el elemento que las sostiene, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

está por su naturaleza sujeto á las ineludibles á la vez que inquebrantables leyes de la destrucción.

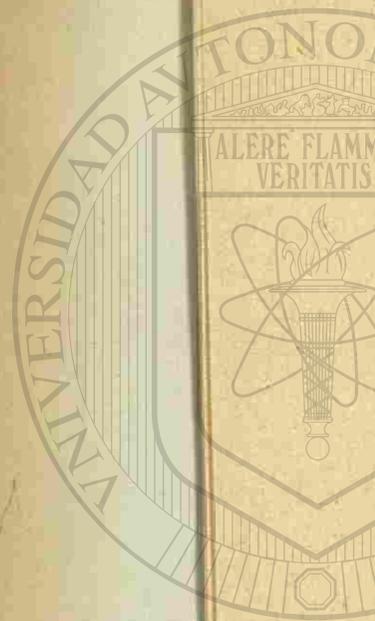
Mas sustrayéndose á estas leyes, que parece que todo lo abarcan, hay acontecimientos extraordinarios y excepcionales que no pueden desaparecer mientras no llegue el *dies irae* del aniquilamiento general; porque á la vez que forman un eslabón mayor que los otros en la interminable cadena que une los acontecimientos con que desaparece el pasado, con los acontecimientos con que aparece el porvenir, constituyen el modo de ser según el que una generación, ó por mejor decir, una serie de generaciones viene á ocupar el puesto que le corresponde en la Historia.

Tales manifestaciones, que en los momentos en que se hacen pasan de boca en boca y de corazón en corazón, poniendo en movimiento á los individuos y á las familias, á las sociedades y á las masas, á los continentes y á los mares, á los pueblos y á las naciones, y que después son trasmitidas como un legado precioso por la generación que muere, á la generación que nace; las conserva, las sostiene y las reproduce la tradición,

y se apodera de ellas el periódico, el que las concentra para dispersarlas, y las recoge con nimia solicitud para verterlas con libérrima prodigalidad.

Deber ha sido de la Prensa Católica en general, y muy particularmente de la Prensa Guadalupana, consignar las manifestaciones con que México, que es por principios, por convicción y por sentimientos un país católico; y por principios un país Guadalupano, celebró hace un año el acontecimiento grandioso de la Coronación de su querida Imagen de Guadalupe, y celebró al presente el primer aniversario de acontecimiento tan memorable; y esta consignación, como en un cuadro en que los colores están vivos, las impresiones frescas y los sentimientos palpitantes, se presentará con toda claridad, como en la tersa superficie de un espejo, á los organizadores de las fiestas con que se ha de celebrar el segundo, y el tercero, y el quincuagésimo, y el Centenario, etc., etc., con las que se ha de perpetuar la alegría de un placer inacabable.

El Apostolado de la Cruz, que tiene el doble carácter que en nuestro país re-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conocemos y representamos, no ha podido menos que contribuir con su contingente, que siendo pequeño como corresponde á la limitada esfera en que ejerce su acción, forma, sin embargo, una parte de aquel eslabón tan poderoso.

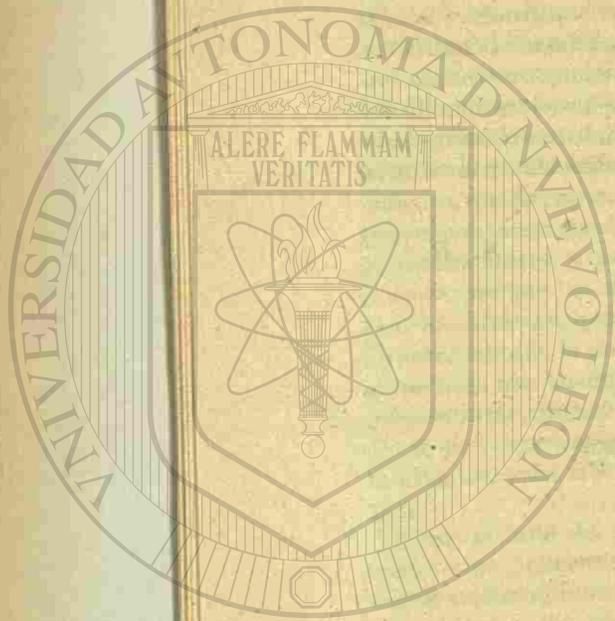
Para cubrir ese contingente hemos reunido, y en las páginas que siguen compaginado, los documentos que constituyen la sección especial de aquel Semanario, que se regocija siempre que se le presenta la oportunidad de narrar las glórias de María, y de poner en relieve el amor con que los mexicanos la adoran, el culto con que la veneran y la ternura con que la aman, en la preciosa reliquia que se dignó dejarles como imperecedero, dulce y gratísimo recuerdo de la visita con que honró su suelo el memorable mes de Diciembre de 1531.

Como al lado del periódico se presenta como poderosísimo elemento de conservación el libro, que reúne todas sus ventajas sin ninguno de sus inconvenientes, puesto que concentra sin dispersar y recoge sin verter, hemos coleccionado en el presente tomito los expresados documentos, que á la vez cir-

cularán de una manera más fácil y en un círculo más extenso.

Ojalá que su lectura, contribuyendo á disipar los errores con que la mano de la impiedad ha osado nublar la pena en que rebosa nuestra benditísima creencia, arraigue la convicción de un prodigio que, más que el testimonio del poder de la Reina, lo es del amor, de la bondad, de la predilección y la ternura de la Madre.

S. R.



El amor vive de sí mismo. Este sentimiento, que sin exageración puede decirse que es la esencia de la vida del alma, se halla tan profundamente colocado en el corazón del hombre, que llega hasta el centro en que tienen su origen sus incesantes pulsaciones; y es á la vez tan extenso, que se ramifica con todos los elementos del ser individual que en mayor ó menor escala contribuyen á la conservación de la existencia.

Y en su incesante movimiento, y en su incontenible desarrollo, y en su inmortal existencia, mientras más profundiza, más necesidad tiene de profundizar, y mientras más se extiende, más necesidad tiene de extenderse.

Su comunicación vigoriza su potencia; sus desahogos no le satisfacen; y

mientras más amplias son sus manifestaciones, más enérgica es la necesidad que siente de manifestarse de nuevo.

Y si esto pasa con el amor humano, que es un simulacro de amor, con mayor razón puede decirse del amor divino, que es el amor por excelencia.

Así vemos el amor á María Santísima de Guadalupe, ese amor que tan importante papel hace, y tan preferente lugar ocupa en el corazón de los católicos hijos de México, estar siempre vivo, siempre vigoroso, siempre palpitante, proclamando, y repitiendo, y ratificando una verdad, que es para nosotros un axioma; y recordando, y reproduciendo, y celebrando un beneficio, que obliga fuertemente nuestra más profunda gratitud.

En el inolvidable mes de Octubre, del que fué primer aniversario el mes que acaba de pasar, vimos constantemente lleno el suntuoso templo que á María de Guadalupe acababa de dedicarse; y las funciones se encadenaban con las funciones; y cada peregrinación venía á ser el eslabón de una cadena interminable, que ligaba la anterior con la que le seguía; y la salida de unos fieles sólo

servía para facilitar la entrada de otros que esperaban su turno á las puertas del templo, como en el movimiento incesante del Océano á la desaparición de una ola que se estrella en la playa, sucede inmediatamente la aparición sucesiva de otra y otras, que nunca terminan, porque no termina nunca el agente que las produce y el centro de donde nacen.

Por eso en todo el año transcurrido desde la gloriosa coronación no ha cesado como no ha cesado nunca el culto á nuestra Madre querida en su Imagen adorada; por eso no hemos cesado de ver esas oleadas de peregrinos de todos sexos, de todas edades, de todas condiciones y de todas partes, ir á estrellarse en la falda del Tepeyac; dejando á las angustas plantas de María, entre la hirviente espuma del amor con que se le adora y de la devoción con que se le venera, plegarias, ofrendas, lágrimas y gemidos; y al aparecer en la sucesión no interrumpida del tiempo, la fecha de su primer aniversario, este amor y este culto han tomado creces, si no en su esencia, que es inalterable, sí en sus manifestaciones, que pueden ser infinitas.

Entre las muchas que han tenido

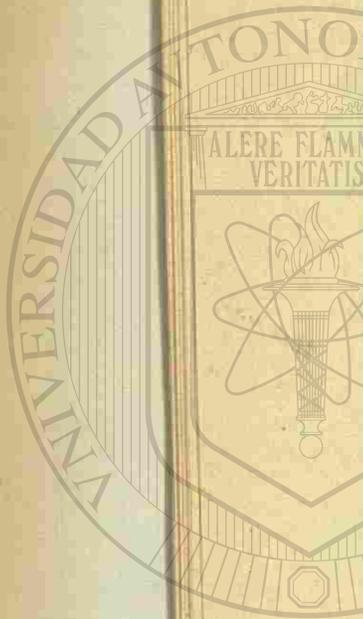
lugar, en conmemoración de acontecimiento tan plausible, acaba de efectuarse una, digna de figurar al lado de las demás; y que aunque realizada fuera del templo, no perdió en lo más ligero su carácter eminentemente religioso, por los autorizados Príncipes de la Iglesia que la presidieron; por los respetables y numerosos Sacerdotes que los acompañaron; por los sentimientos que en ella se hicieron sensibles, y en una palabra, por todo lo que constituyó la esencia y los accidentes, el conjunto y los detalles de la Solemne Velada Literaria verificada el 31 del presente mes en celebridad del primer aniversario de la Coronación de nuestra Exeelsa Patrona, Soberana Reina y tierna Madre, María Santísima de Guadalupe, de cuya brillante fiesta vamos á dar una idea á nuestros lectores.

El local elegido para esta solemnidad, fué el espacioso patio del Instituto Científico de México, situado en la casa núm. 17 de la Ribera de San Cosme, cuyo patio, de forma cuadrada, tiene 26 metros por lado, lo que da una superficie de 676 metros cuadrados; sin contar con los corredores laterales, cuya

superficie puede valuarse próximamente en 250; lo que hace una área total de más de 900 metros cuadrados. Los ángulos N. O. y N. E. están truncados, resultando al conjunto la figura de un exágono simétrica y graciosamente irregular.

El Patio presentaba un aspecto encantador, por la profusión con que estaba iluminado, y muy particularmente por el buen gusto, arte y significación de sus adornos; los que fueron dispuestos y dibujados por el Sr. D. Angel Vívanco, que como se sabe es un hábil artista.

La entrada está por el lado Sur del edificio; y su puerta en la parte interior, tenía una cortina tricolor, graciosamente ondulada; y del centro pendía un festón, que después de formar una onda hacia la tercera parte de la altura, se extendía á uno y otro lado, hasta rematar en el centro de los arcos laterales, que son los primeros de los corredores de que antes hablamos, y á los que da acceso una cómoda y elegante escalera cuyos pasamanos estaban adornados lo mismo que los barandales de fierro que limitan los corredores, y de trecho en trecho es-



UNIVERSIDAD ANTONO DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tán separados por las columnas que sostienen los arcos.

Estas, en número de 17, estaban adornadas con musgo y flores; y cada una de las que ocupan los lados Oriente y Poniente, llevaba un medallón, cuya forma se puede referir al casco vertical de un elipsoide prolongado; ó en otros términos, de figura elíptica ligeramente cóncava.

Este medallón, descansado sobre un grupo artístico, formado por banderas nacionales, tenía pintadas en la parte superior las insignias episcopales; y en el centro y parte inferior, tres escudos en forma de enarteles heráldicos, en cada uno de los cuales se veían los nombres de los Arzobispados y Obispados de la República, en el orden siguiente, partiendo del Norte:

En el lado Oriente: Cuernavaca, Tulancingo y Zamora; Tehuantepec, Tepic y Guadalupe; Veracruz, Puebla y Chi-lapa; León, Querétaro y San Luis.

En el lado del Poniente: Chihuahua, Sonora y Saltillo; Colima, Sinaloa y Zatecas; Tamaulipas, California y Chiapas; Yucatán, Campeche y Tabasco.

Los medallones que estaban en las co-

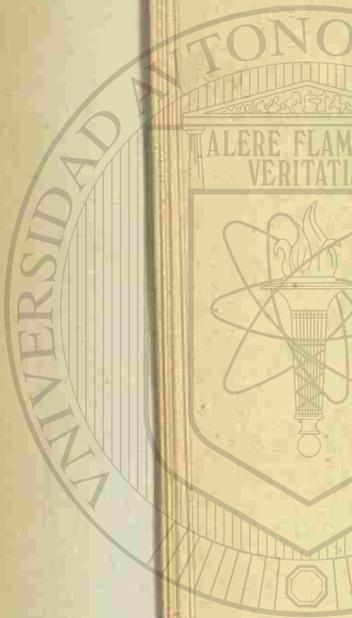
lumnas del lado Norte, tenían, la primera, hacia el Poniente, los Arzobispados de México, Michoacán y Guadalajara, cuyos Arzobispos, en sus preces de 24 de Setiembre de 1886, pidieron á la Santa Sede el permiso necesario para la Coronación.¹ La primera, hacia el Oriente, los Arzobispados de Oaxaca, Durango y Linares.

La segunda columna, hacia el Poniente, el retrato del Papa Benedicto XIV, y en la simétrica, hacia el Oriente, el del Ilmo. Sr. D. Fray Juan de Zumárraga.

Estos dos retratos, pintados al óleo, estaban en marco de oro, rodeados de flores.

En el arco limitado por estas dos columnas, que es el del centro, estaba la Imagen de Santa María de Guadalupe en cuadro de ébano con incrustaciones de cobre, debajo de un dosel, limitado en la parte superior por graciosa corona, con esta inscripción: Reina de los Mexicanos; y extendiéndose en cortinaje tricolor, bajaba hasta cubrir una triple gradería alumbrada con arte y ador-

¹ Album de la Coronación, 1ª Parte, pág. 107.
2ª Parte, pág. V.



UNIVERSIDAD ANTONO DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nada con gusto, que limitaba en la parte posterior una plataforma que ocupaba todo el lado del Norte.

Llamaban la atención en esta gradería, por su elegancia y belleza artística, dos candelabros de un gusto exquisito.

En esta plataforma estaba el sitio de la presidencia, destinado al Ilmo. Sr. Arzobispo y los Ilmos. Sres. Obispos; los asientos de los Sres. Sacerdotes invitados, y los oradores; la tribuna al lado izquierdo, en el remate de la escalera que daba acceso á la plataforma; y en el lado derecho una lujosa arpa con armadura de oro.

En los dos arcos del lado Sur, había una grande corona de musgo y flores ocupando el centro; y en el centro de los laterales, de los lados Oriente y Poniente, un escudo azul sobre el que estaban escritas con letras de oro los títulos siguientes, también partiendo del Norte, que se ven en la Letanía Lauretana:

En el lado Oriente: Reina de los Profetas; Reina de los Confesores; Reina concebida sin pecado; Reina de los Apóstoles.

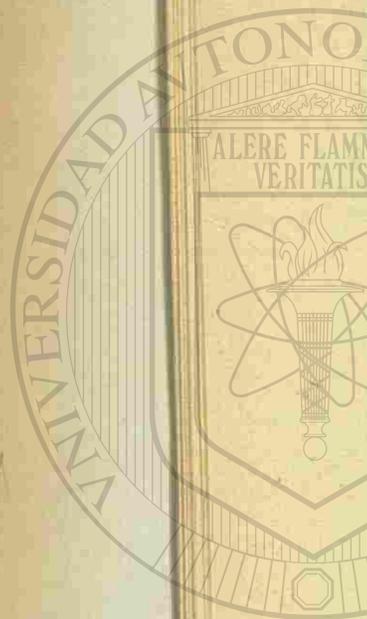
En el lado Poniente: Reina de los Patriarcas; Reina de todos los Santos; Rei-

na del Santísimo Rosario; Reina de los Mártires. Y en los dos arcos libres del lado Norte, Reina de las Vírgenes, al Oriente; y al Poniente, Reina de los Angeles.

Todos los títulos que se dan á María Santísima en las diversas oraciones con que se le aclama, son bellos, son merecidos, son justos; pero en esta fiesta en que se solemnizaba su Coronación, ningunos podían ser tan expresivos, tan propios, tan adecuados y oportunos, como los que la confiesan, la reconocen y la aclaman como Reina.

Los arcos, en su parte superior, estaban adornados con ondas de flores naturales con verdadero gusto combinadas; y en la parte inferior en que se unían, formaban, por la diferente longitud de sus radios, una extensa y vistosa superficie; en su parte inferior, la cornisa estaba cubierta por una faja de flores blancas, seguida de un cortinaje tricolor, limitado por festón salpicado de flores. Los arcos de la parte Norte, correspondientes á la plataforma, tapizados de rojo, lo mismo que el resto del tapiz.

La entrada, desde la puerta del patio hasta la plataforma, se hallaba limitada



UNIVERSIDAD ALFONSO X EL SABIO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á uno y otro lado por árboles, tres de cada lado, cuyos troncos estaban cubiertos de musgo salpicado de flores.

El techo estaba formado por una vela de lona, y el patio alfombrado en toda su extensión y cubierto por la sillería.

La iluminación consistió en varios focos de luz eléctrica y otros de gasolina.

En el corredor del Norte, en los fruncimientos de las esquinas que mencionamos al principio, estaban distribuidos los instrumentos musicales y los asientos de las señoritas y caballeros encargados de la parte musical.

El salón que está á la entrada del corredor de la izquierda, se había destinado á los Sres. Obispos, que debían entrar reunidos al salón.

Vestidos de rigurosa etiqueta, con una rosa tricolor que les servía de distintivo, en el ojal izquierdo del frac, los Sres. D. Rómulo y D. Manuel Escudero, D. Angel Vivanco, D. Luis Riba, D. Bernardo de Mier, D. Guillermo Rivas, D. Ignacio Cortina y D. Carlos Rincón, formaban la Comisión de Recepción que acompañaba, á su entrada, á los Sres. Obispos, Sres. Sacerdotes, señoritas encargadas de la parte musical,

Cuerpo diplomático y señoras en general. A la vez el Sr. Rector y demás superiores del Colegio, recibieron y cumplieron á los señores Obispos y atendieron á toda la concurrencia en general, con la exquisita finura que distingue al más cumplido caballero.

A las siete de la noche, la calle, literalmente cubierta de carruajes, daba una idea á los transeúntes de la concurrencia que había acudido; y ésta, formada por la parte más selecta de nuestra sociedad, llenaba el espacioso salón completamente.

Con la debida anticipación se distribuyó la invitación siguiente, lujosamente impresa á dos tintas en elegante papel antiguo:

«El Arzobispo de México suplica á vd. se digne asistir á la Velada Literaria que en honor de la Santísima Virgen María de Guadalupe, y para celebrar el primer aniversario de su Coronación, tendrá lugar en el Instituto Científico de México (Ribera de San Cosme núm. 17) el sábado 31 del presente á las 7 p. m. México, Octubre de 1896.» Y en la hoja libre, el Programa respectivo.

Estas invitaciones, cuyo número fué

de mil, se aprovecharon casi en su totalidad, y servían para toda una familia.

Como á las siete estaban aún entrando numerosas personas, los Sres. Obispos, reunidos en el salón de que antes hablamos, tuvieron la deferencia de esperar; y á las siete y media entraron al salón, el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Próspero M. Alarcón, y los Sres. Obispos de San Luis Potosí, Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón; de Tabasco, nombrado recientemente de Puebla, Dr. D. Perfecto Amézquita; de Chilapa, Dr. D. Ramón Ibarra y González, y de Campeche, Dr. D. Francisco Plancarte.

A la señal dada con el timbre por el Ilmo. Sr. Presidente, los Sres. Aguirre, Herrera, Valdez y Villalpando, tocaron con verdadera maestría un cuarteto formado por dos violines, viola y violoncello, composición de Mendelsohn.

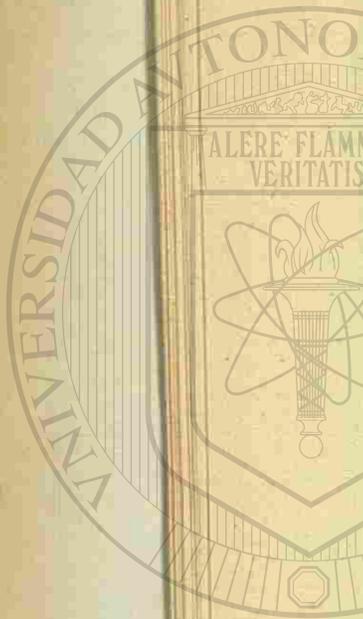
A la conclusión de este cuarteto, que fué muy aplaudido, tuvo lugar un incidente desagradable, que determinó un trastorno general.

La lluvia, que unos minutos antes se anunciaba con densas nubes, frecuentes relámpagos y repetidos truenos, comen-

zó á caer con las proporciones de aguacero, en términos de que el agua acumulada en la lona que formaba el techo, se filtró cayendo en gruesas gotas, y aun á chorros, en el salón. Esto hizo que todas las señoras abandonaran sus asientos; los caballeros se ponían el sombrero y abrigo y abrían los paraguas; los Sres. Obispos se retiraron al salón, y todos se apresuraron á buscar donde refugiarse; los superiores del Colegio abrieron las piezas más inmediatas para que la concurrencia pudiera librarse de la lluvia.

El Ilmo. Sr. Arzobispo, que estaba algo indispuesto, y creyó sin duda que ya la función no continuaría, se retiró á su casa; los Sres. Obispos, así como toda la concurrencia, permanecieron allí, esperando que pasara la intensidad de la lluvia para continuar la fiesta, como en efecto se verificó, aunque con algunas variaciones secundarias: como por ejemplo, que el sitial de la Presidencia se improvisó fuera de la plataforma, en el arco del corredor adyacente al del centro, del lado Poniente.

Cuando se supo que la función se reanudaba, y más aún cuando se vió que



UNIVERSIDAD ANTONO MARIANO DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los Sres. Obispos ocuparon sus asientos, el regocijo fué general y se expresó con un aplauso.

A la señal dada con el timbre por el Ilmo. Sr. Montes de Oca, que ocupó el lugar de la Presidencia, el Sr. Lic. D. Juan M. Villela dió lectura á el Acta de la Coronación; y durante ella todos se pusieron en pie.

Inmediatamente después siguió la antífona *Sub tuum presidium*, cuya música es del compositor J. Beltjens, cantada por el Orfeón formado por las Sritas. Mercedes Garay, Juana Herrera, Julia Irigoyen, Beatriz Loya, Ana Muñoz, Paulina Morante, Rosaura Negrete, Elisa Rivera, Merced Veloz, y los Sres. J. Aragón y A. Grecco.

Este canto fué una verdadera plegaria tierna, expresiva, sentimental y poética, hermoseada por la melodía de la música y elevada al Cielo con una unción que se comunicó á todo el auditorio, que le hizo la justicia de saludarlo con un aplauso general.

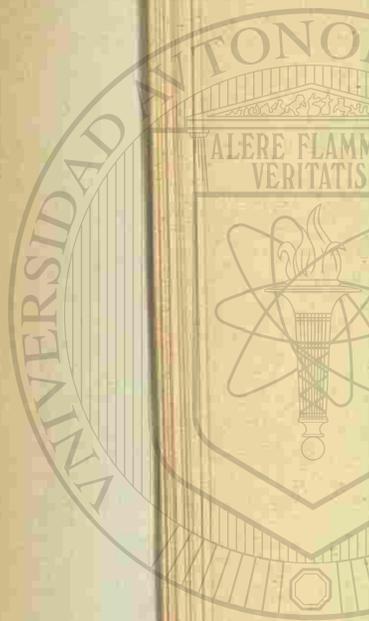
Debemos advertir, como lo hizo también nuestro estimable colega *El Tiempo*, que no tomó parte ninguna notabilidad de teatro: flores del hogar, desarrolla-

das y crecidas en el invernadero purísimo del amor materno, del que salieron para presentar á María la dulzura de su homenaje entre los perfumes de su pureza.

Siguió el discurso del Sr. Ingeniero de Minas D. Santiago Ramírez, en el que hizo una reseña de las fiestas cuyo aniversario se solemnizaba: en nuestros próximos números publicaremos éste y los otros discursos, á fin de dejar consignados todos los capítulos de esta interesante fiesta, ya que es tan íntimo el lazo de unión que liga á María Santísima de Guadalupe con la Obra insigne del Apostolado de la Cruz, de que es órgano nuestro Semanario.

En seguida la Srita. María Hernández, acompañada al piano por la Srita. Isabel Sandoval, cantó, con tanta expresión y maestría como sentimiento y dulzura, una plegaria á la Santísima Virgen de Guadalupe, música de León Zavala. Durante este melodioso canto, puede decirse que la mayor parte del auditorio no oía, sino oraba.

Una composición latina, perfectamente declamada por el Sr. Dr. Pbro. D. Francisco Orozco, que es un notable la-



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tino, y que fué calurosamente elogiada por los inteligentes, puso fin á la primera parte.

La pieza ejecutada por la música de viento que estaba situada debajo del arco de la Presidencia, cubrió el intermedio que separaba esta parte, de la segunda, que comenzó por una pieza titulada *Melancolia*, de J. Godefroid, ejecutada en el arpa por la Srita. Julia Hidalgo, con tal habilidad, con tal expresión, con tal dulzura, que arrancó nutridos aplausos. Esta señorita es una verdadera artista, y una notabilidad en este instrumento, que domina por completo. En el Conservatorio de Música de Bruselas fué premiada con medalla de oro.

Juzgando por lo que nosotros sentimos, podemos asegurar que la mayor parte de los concurrentes se sentían arder en el amor á María; y en esos instantes, las armoniosas notas de una música ya conocida, y que por sí sola hace vibrar el corazón más indiferente, preludiaron una invocación á Nuestra Señora de Guadalupe, llena de encantos, llena de unción, llena de poesía, llena de fuego, que introdujo entre nuestros cantos Religiosos nuestro insigne Gua-

dalupano, el Ilmo. Sr. Abad de la Colegiata D. Antonio Plancarte y Labastida; que se canta todos los días en los numerosos asilos que este señor sostiene en el país, y que por primera vez se cantó públicamente, á grande Orquesta y por centenares de voces, en la función que hicieron las señoras mexicanas en nuestra insigne Colegiata, el día 30 de Octubre del año anterior.

En esta tierna, conmovedora y hermosísima plegaria llevó la voz la distinguida Srita. Isabel Vinent, siendo secundada por un coro verdaderamente angelical, formado por las Sritas. Josefa Algara, Paz Calderón, María y Guadalupe de Landa y Escandón y Lozano, Refugio, María, Guadalupe y Concepción Landa, María de Luzárraga, Guadalupe Riba y Cervantes, Carmen y María Rincón y Terreros, Virginia Rincón Gallardo, y Juana y Leonor Torres Rivas. En esta plegaria tocó el piano el Sr. Dr. D. Francisco Ortega con la expresión que todos le conocen.

Cuando aquellas voces argentinas y dulces dejaban escuchar entre torrentes de melodía la expresiva plegaria con que la estrofa del Coro termina: «Seño-



UNIVERSIDAD SALAMANCA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra nuestra, ruega por nos,» todos los deseos se uniformaban en un mismo latido; todas las rodillas sentían la necesidad de doblarse, y todos los ojos, humedecidos por las lágrimas, se clavaban en la Imagen Sagrada de María.

Cuando los merecidos aplausos con que fué saludada esta preciosa invocación, hubieron cesado, apareció en uno de los arcos — pues no pudo bajar á la tribuna — la figura simpática, interesante y distinguida del Ilmo. Sr. Dr. D. Ramón Ibarra y González, Dignísimo Obispo de Chilapa; preciada, rica y valiosísima joya de nuestro Episcopado.

En un expresivo y tierno apóstrofe á la Patria, hizo el elogio más bello, más sentido, más poético, más fervoroso de María, poniendo en relieve la influencia que ejerce sobre nosotros en todas las circunstancias de nuestra vida, de nuestro desarrollo, de nuestra cultura y nuestro bienestar. Honraremos nuestras columnas con tan interesante producción, que está en tan completa armonía con el programa de nuestro periódico.

Con verdadera maestría, y llena de religioso sentimiento, cantó el *Ave Ma-*

ría de Gounod la Srita. María Paulina Morante, quien fué justamente aplaudida.

Grande, á la vez que justificada, era la ansiedad con que se esperaba la Poesía del Ilmo. Sr. Obispo de San Luis, Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, que ocupa un lugar tan distinguido en las Letras Mexicanas; y este Señor regaló á su numeroso auditorio con un Soneto, que por sí solo bastaría para afirmar una reputación, pues por su forma revela al poeta; y por la esencia acredita al sabio y al cristiano digno de este nombre.

Una salva de aplausos arrebató las últimas notas de este canto del alma que su complaciente autor, accediendo á los deseos que le fueron expresados, y atendiendo á las súplicas que le fueron dirigidas, tuvo la galante deferencia de repetir, recibiendo el doble aplauso de la admiración por su bello trabajo, y de la gratitud por su benévola condescendencia.

El Orfeón cerró la segunda y última parte de este bien combinado programa, cantando el «*Virgo Parens*» himno litúrgico del Sr. Canónigo Dr. D. Leopoldo

Ruiz, cuya música es del Sr. Pbro. D. José Guadalupe Velázquez; compuesto expresamente para el primer aniversario, en cuya celebridad se organizó esta Velada.

Al levantarse los Sres. Obispos, dando por terminada la función, la concurrencia vitoreó con entusiasmo á la Virgen de Guadalupe, y la música de viento preludió el entusiasta Himno Nacional: el Sr. Lic. Dávalos distribuyó entre los concurrentes el Himno *Virgo Parens*, y el Sr. D. Angel Vivanco una fotografía de la Santísima Virgen, en cuyo reverso tiene esta inscripción: «Recuerdo del primer aniversario de la Coronación de Nuestra Augusta Patrona María Santísima de Guadalupe;» y después la siguiente plegaria compuesta por el Ilmo. Sr. Abad D. Antonio Plancarte y Labastida; la que, modificada por el Ilmo. Sr. Obispo de Querétaro, para hacerla más corta y fácil de aprender, se rezó en todo el país el día de la Coronación:

«¡Salve, Augusta Reina de los Mexicanos, Madre Santísima de Guadalupe, Salve!

«Ante tu excelso Trono, y delante del Cielo, renuevo el juramento de mis au-

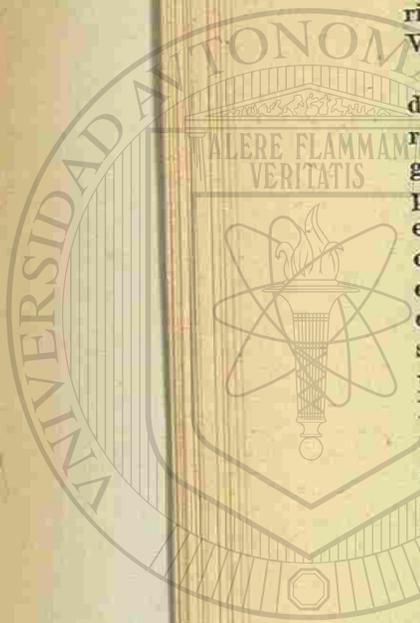
tepasados, aclamándote Patrona de mi Patria, México, confesando tu milagrosa Aparición en el Tepeyac y consagrándote cuanto soy y puedo.

«Tuyo soy, gran Señora, acéptame y bendíceme.»

A las diez y media de la noche terminó esta solemne Velada, dejando gratísimas impresiones en el corazón, y profundamente arraigado en el alma el amor á nuestra tierna Madre, Excelsa Patrona y Soberana Reina María de Guadalupe.

No cerraremos esta reseña sin cumplir con un imperioso deber, reclamado por la justicia; y que si como cronistas no debemos omitir, mucho menos en casos como el presente, en que consignamos datos para la Historia de la Coronación de nuestra Augusta Reina María Santísima de Guadalupe.

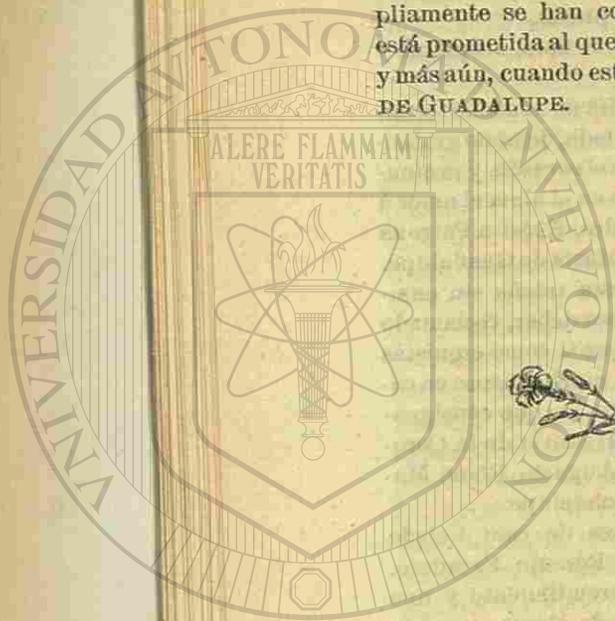
Los organizadores de esta Velada fueron: el Sr. D. Rómulo Eseudero, quien con un desprendimiento y una generosidad dignos de elogio, erogó la mayor parte de los gastos; y el Sr. D. Angel Vivanco, quienes disponiéndolo, arreglándolo y vigilándolo todo, tuvieron una influencia tan decisiva en el brillante éxito que coronó sus trabajos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nada valen nuestras pobres felicitaciones que les enviamos muy sinceras, al lado de la recompensa que tan ampliamente se han conquistado, y que está prometida al que honra á su Madre; y más aún, cuando esta Madre es MARÍA DE GUADALUPE.



ACTA DE LA CORONACION

Leida por el

Notario Público Lic. D. Juan M. Villela.



NFRASCRIPTI Sacrorum Antistites testamur Sacram Imaginem B. V. M. de Guadalupe, quæ in sua Collegiali Ecclesia magnificentissime instaurata colitur, hac ipse die 12^o Octobris anni MDCCCXCV ab Ilmo. ac Rmo. Dno. Prospero M. Alarcon, Archiepiscopo Mexicano, habita ad hoc speciali apostolica delegatione a S. S. D. N. Leone Papa XIII, aurea corona redimitam fuisse, in cujus fidem hoc instrumentum conficimus et subscribimus, una cum præfato Ilmo. ac Rmo. D. D. Archiepiscopo Mexicano et duobus Publicis Notariis

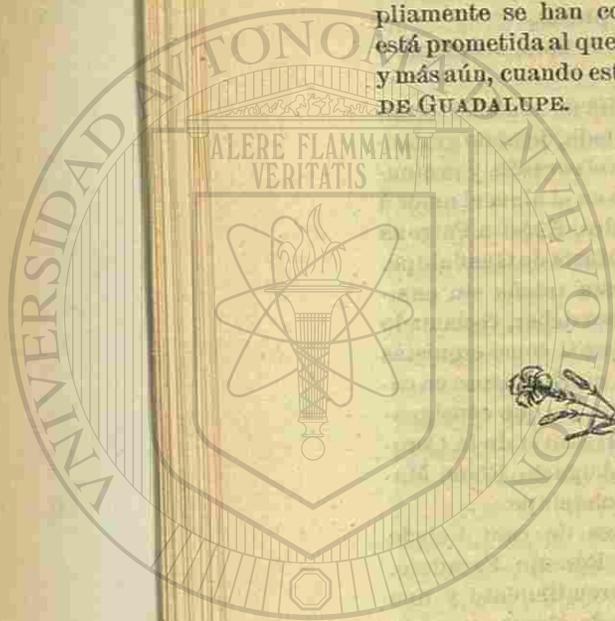
TRADUCCION.

Los Prelados infrascritos testificamos que hoy, día 12 de Octubre del año de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nada valen nuestras pobres felicitaciones que les enviamos muy sinceras, al lado de la recompensa que tan ampliamente se han conquistado, y que está prometida al que honra á su Madre; y más aún, cuando esta Madre es MARÍA DE GUADALUPE.



ACTA DE LA CORONACION

Leida por el

Notario Público Lic. D. Juan M. Villela.



INFRASCRIPTI Sacrorum Antistites testamur Sacram Imaginem B. V. M. de Guadalupe, quæ in sua Collegiali Ecclesia magnificentissime instaurata colitur, hac ipse die 12^o Octobris anni MDCCCXCV ab Ilmo. ac Rmo. Dno. Prospero M. Alarcon, Archiepiscopo Mexicano, habita ad hoc speciali apostolica delegatione a S. S. D. N. Leone Papa XIII, aurea corona redimitam fuisse, in cujus fidem hoc instrumentum conficimus et subscribimus, una cum præfato Ilmo. ac Rmo. D. D. Archiepiscopo Mexicano et duobus Publicis Notariis

TRADUCCION.

Los Prelados infrascritos testificamos que hoy, día 12 de Octubre del año de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1895, el Ilmo. y Rmo. Sr. Doctor D. Próspero María Alarcón, Arzobispo de México, en virtud de la especial delegación apostólica que le confirió Su Santidad León XIII, colocó una corona de oro á la Sagrada Imagen de la Santa Virgen María de Guadalupe, que se venera en su Iglesia Colegiata, magníficamente restaurada. En fe de lo cual otorgamos este instrumento y lo suscribimos en unión del Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de México y de dos Notarios Públicos.

† *Prosper Maria*, Archiepus. Mexicanus.—† *Josephus Ignatius*, Archieps. Michoacanus.—† *Michael Augustinus*, Archiepiscopus Neo-Eborac.—† *Gulielmus Henricus Elder*, Archiep. Cincinnati.—† *F. Jaussens*, Arch. Neo Aureleanensis.—† *L. N. Begin*, Archiep. Cyrenen, Coadj. Emi. Card. Quebecen.—† *Eulogius*, Archiep. Antequerensis.—† *Fr. Franciscus*, Archiepiscopus Sti. Jacobi de Cuba.—† *Hyacinthus*, Archiepus de Linares.—† *Jacobus*, Archiep. Duranguensis.—† *Michael Marianus*, Episcopus Chiapensis.—† *J. N. Lemmens*, Epus. Vaucouveriensis.—† *Raphael*, Episcopus de Querétaro.—† *José María de Jesus*, Obispo de Sinaloa.—† *Petrus*, Vicarius

Apostolicus Brownsvillensis. Texas.—† *Theo Meerschaert*, Epus. Sydim. Vic. ap. Ter. Ind.—† *Thomas Heslin*, Ep. Natchetensis.—† *Perfectus*, Episcopus Tabasquensis.—† *Joseph*, Epus. Tehuantepecensis.—† *Joannes Ambrosius Waterson*, Episcopus Columbensis.—† *Ignatius*, Episcopus Tepicen.—† *Fr. Bonaventura*, Episcops. de Zacatecas.—† *Raymundus*, Episcopus de Chilapa.—† *Joaquim Arcadius*, Episcopus Veræ-Crucis.—† *Athenogenes*, Eps. Colimensis.—† *Fortinus Hippolytus*, Episcopus de Cuernavaca.—† *José María*, Obispo de Tulancingo.—† *Joseph a Jesu*, Episcopus Chih.^{sis}.—† *Franciscus Melithon*, Epps. Angelopolitanensis.—† *Jacobus*, Episc. de Saltillo.—† *Thomas Sebastianus Byrne*, Episcopus Nashvillensis.—† *H. Gabriels*, Epus. Ogdensburgensis.—† *Eduardus J. Dunne*, Episcopus Dallasensis.—† *P. Bourgade*, Epus. Thaumacensis, Vic. ap. Arizonae.—† *Thomas Daniel*, Epus. Campifontio.—† *Joseph Alexander*, Episc. Panamen.—† *Nicholaus Aloysius Gallagher*, Episcopus Galvestonensis. Txs.—† *Thomas*, Epus. Leonensis.—† *Manuel Monterrubio y Poza*.—† *J. M. Vilela*.

DISCURSO

Que para reseñar las fiestas con que se celebró la Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe, leyó el Ingeniero de Minas Santiago Ramírez, en la Velada Literaria verificada en el Patio Principal del Instituto Científico de México el 31 de Octubre de 1896, para celebrar el primer aniversario de esta solemnidad.

Señores Ilustrísimos.¹

Señores:

o es necesario apelar á los recuerdos, cuando están vivas las impresiones.

Tampoco hay necesidad de volver la mirada hacia el pasado, para contemplar los hechos, que están constituyendo, y por decirlo así, caracterizando el presente.

Y es poco lógico, y hasta cierto pun-

¹ Los Obispos de San Luis, Tabasco, Chilapa y Campeche; pues el señor Arzobispo de México se retiró por enfermedad antes de la lectura de este Discurso.

to insensato acudir á las fuentes de la historia, para descubrir los sucesos que se están realizando ante la vista.

Dirijase ésta, enhorabuena, al abismo sin fondo del pasado, para encontrar en él los acontecimientos comunes que son arrebatados por el impetuoso torbellino del tiempo que se precipita en su marcha siempre inalterable.

Evóquense, si se quiere, los recuerdos que se conservan en la memoria, cuando en el corazón están ya secas las fibras del sentimiento.

Revuélvanse, si no se puede otra cosa, los archivos de la historia, para exhumar lo que en su seno ha sepultado el olvido.

Mas para los hechos excepcionales y grandiosos, magníficos y sublimes, sobrehumanos y divinos, como el que tuvo la dicha de contemplar nuestra generación privilegiada, en la falda de una colina venturosa; cuya significación es tan profunda que da la clave para explicar muchos misterios; cuya importancia es tan alta que puede formar el carácter de distinción de todo un pueblo; cuya trascendencia es tan grande que alcanzará hasta la última de las ge-

neraciones del porvenir; cuya influencia es tan decisiva que basta para immortalizar á todo un Siglo, y cuyo primer aniversario reúne hoy millares de corazones creyentes en esta solemnidad que se realiza, girando sobre el eje cuyos polos están constituidos por el sentimiento patrio y el sentimiento religioso, para estos actos, repito, no hay necesidad de esos recursos: basta extender la mano para descubrirlos y abrir los ojos para contemplarlos.

Estas verdades, que ante la lógica más severa se presentan como indiscutibles, y sobre el criterio más apasionado pesan con la evidencia de los axiomas, obraron en mi ánimo al sentirme abrumado por el peso de una honra tan alta como inmerecida, que abriéndome el paso á esta respetable Tribuna, me impuso el deber de reseñar en ella las fiestas suntuosísimas, inolvidables y grandiosas con que un pueblo patriota, un pueblo entusiasta, un pueblo agradecido, un pueblo creyente, celebró el acontecimiento venturoso y tan ardentemente deseado de la Coronación de Nuestra tierna Madre, de nuestra excelsa Patrona, de Nuestra Augusta Rei-

na, Santa María de Guadalupe, en su maravillosa Imagen, milagrosamente aparecida en la cima del Tepeyac, el memorable mes de Diciembre de 1531.

Misión es ésta, Señores, que no sé cómo voy á desempeñar, porque no sé cómo se pueda definir: pues para el corazón es un desahogo, exigido por el sentimiento, y para la inteligencia es un trabajo que no puede expresarse más que por el contrasentido aparente que resulta de dos términos opuestos: es infinitamente difícil, á la vez que infinitamente fácil.

Lo primero, porque el asunto que constituye su esencia, trae consigo todos los atributos de lo sobrehumano y lo divino; y las palabras—según la expresiva frase de un pensador digno de estima—no pueden expresar más que los términos medios de los afectos humanos; y lo segundo, porque basta levantar el velo que momentáneamente cubre el cuadro, para que las figuras se presenten; porque basta extender la mano para que los objetos se distingan; porque basta tocar el corazón para que el sentimiento se desborde.

Las palabras dulces que entre las armonías celestiales vibraron en el cerro del Tepeyac con sus encantadoras melodías en los oídos del venturoso Juan Diego, y en los salones del Palacio Episcopal brotaron de los labios de éste, para herir el corazón del inmortal Zumárraga, fueron conservadas como en misterioso fonógrafo en el seno de nuestro católico pueblo; y año por año, y aun pudiéramos decir, instante por instante, ha venido dejándose escuchar en los oídos y en el corazón de todos los mexicanos; quienes reuniendo sus esfuerzos para realizar los deseos en esas palabras expresados, se apresuraron á elegir un templo en el que, en los años primeros de nuestra niñez apacible y tranquila, rendimos nuestros homenajes á nuestra Madre bendita, salpicados con las candentes lágrimas con que el fervor Guadalupano empapaba los ojos del ídolo de nuestro corazón.

De aquellos deseos, casi en su totalidad realizados, brotó el no menos justificado y piadoso de ceñir la frente de nuestra venerada Reina con áurea corona; pero Dios, en sus inescrutables designios, negó esta dicha á las generaciones

de entonces, para favorecer con ella á la generación que va pasando.

Descansa ya en el seno de la tumba el Pastor ilustre, el Prelado insigne, el Príncipe esclarecido, el Metropolitano eminente, el Ilmo. Arzobispo D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, en cuyo corazón Guadalupano el fuego sacro de inspiración divina hizo revivir este pensamiento que, llevado al Solio Pontificio por su elevada autoridad y la de dos de sus dignos hermanos en el Episcopado, obtuvo la sanción necesaria para realizarse.

Al lado de estas figuras eminentes, distinguidas y veneradas, se encontraba otra, que en el interesantísimo cuadro que tenemos á la vista, está con ellas ocupando el primer término.

No me es dado, Señores, pronunciar su nombre, porque me lo estorba su vida, que pido á Dios conserve muchos años; pero tampoco tengo necesidad de pronunciarlo, porque á cada uno de vosotros se lo ha dicho ya un latido del corazón. Mas ya que por la regla de conducta de no elogiar á los hombres sino á la orilla del sepulcro, no me es posible tributarle el homenaje de mis ala-

banzas, le tributaré el homenaje de mi silencio.

Este atleta del movimiento, este gigante de la acción, este titán de prodigiosa fuerza y vigorosa pujanza, que para abrirse paso en el camino de su ideal sagrado desgajó las montañas y cegó los mares con los fragmentos de sus rocas, acometió la empresa, en el sentir de muchos irrealizable, de llevarla al terreno de la práctica para obtener su más completa realización.

Poniendo en acción esos recursos irresistibles y eficaces de que sólo puede disponer el genio, condensó los suspiros de todos los pechos, recogió las lágrimas de todos los ojos, uniformó las súplicas de todos los labios, atesoró los latidos de todos los corazones, dió forma á las aspiraciones de todos los deseos y se hizo eco de todas las voces; y acumulando sobre firmísimo terreno ese conjunto prodigioso, contingente ministrado por numerosas series de generaciones, articuló en él, como en su natural punto de apoyo, esa palanca de irresistible potencia, que con la robusta voz de los principios científicos, solicitaba el esclarecido sabio de Si-

racusa para poner en movimiento el mundo.

No es propio de este lugar, ni de estas circunstancias, ni de esta Tribuna, detallar esa década de trabajos y de fatigas, de contrariedades y de luchas, de tribulación y de amargura, de esfuerzos y de sacrificios, que caracterizaron una existencia privilegiada, reservada sin duda para grandes fines: todo esto aquí en la Tierra está ya consignado en el libro de la Historia, y allá en el Cielo está ya inscrito en el libro de la vida; y pasando sobre ese diluvio de inquietudes, de esperanzas, de sobresalto, de temor, de ansiedad y de congojas, nos detendremos, como la Paloma de Noé, en la arca bendita que guarda la bendita fecha del 30 de Septiembre de 1895.

A las cuatro y media de la mañana de ese día memorable, nuestro distinguido compatriota, el eminente Guadalupeño á quien la gratitud más justificada nos pone en estos instantes á la vista, se prosternó á los pies de la Sagrada Imagen, que se conservaba en el templo de Capuchinas, para decirle á su nombre y al nuestro, con voz humilde y respetuosa, que robusta y sonora

había llevado la persuasión á todo un mundo: Madre, aquí está tu hogar, ven á embellecerlo con tu ternura; Reina, aquí está tu Palacio, ven á ejercer en él tu dominio; en él está ya tu Trono; ven á ocuparlo, para presidir desde él la consagración del templo que quisiste se te erigiera, y ceñir la corona que te tiene preparada el amor sin límites de tus hijos los Mexicanos. Y en respetuosa, sencilla y respetable procesión, fué trasladada la Sagrada Imagen á su nuevo templo, siete años, siete meses y siete días después que fué retirada del antiguo, para proceder á su restauración.

Con este memorable día pasó el mes de Septiembre para ceder su puesto al venturoso mes de Octubre; cuyos instantes con ser tan numerosos, fueron insuficientes para contener tantas emociones; y nuestro Ilustre Metropolitano, asociado al Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacán y á los Ilmos. Sres. Obispos de Cuernavaca, Saltillo, Tehuantepec, Tepic, Colima, Chilapa, Chihuahua, Querétaro, Zacatecas y León, consagró con toda la solemnidad del Rito el templo y sus doce altares, en los que por primera vez se inmoló la Augusta Ví-

tima del Calvario en el ineruento sacrificio.

Las puertas de este grandioso templo, en que todas las bellezas del arte por mano maestra se han acumulado para prestar su contingente á los fervores de la devoción, que durante ocho años estuvieron cerradas para el culto, de par en par se abrieron á los fieles, que inmediatamente llenaron sus naves; y con un « Madre mía » sublime y tierno, expresión sincera del sentimiento de donde brota, saludó á la Madre de México en los momentos en que fué descubierta su bendita Imagen, en la que quedaron clayados todos los ojos, todos los corazones y todas las voluntades.

Organizadas con la debida oportunidad las peregrinaciones que habían de preparar el Novenario de la deseada solemnidad, tocó abrir la marcha á la Diócesis de San Luis Potosí, cuyos católicos hijos con tanta liberalidad contribuyeron para los gastos de este nuevo templo; cuyas virtuosas damas ofrecieron las primeras joyas para la corona, y cuyo ilustre Pastor ocupa un lugar tan distinguido en nuestro Episcopado.

La ausencia de este respetable Praela-

do no fué parte para impedir que la peregrinación de su Diócesis tuviera el esplendor que correspondía á su importancia; pues desde el lecho del dolor en que su enfermedad lo tenía postrado en tierra extranjera, envió en los latidos de su corazón la expresión de sus deseos, que transformados en órdenes por la docilidad de sus representantes, fueron á la vez transformadas en deseos por sus piadosas ovejas, que supieron darle el brillo que todos aplaudimos, al impulso de su fervor Guadalupano.

La Diócesis de Chiapas, cuyos piadosos peregrinos, encendidos en el fervor de su Apostólico Prelado, hicieron el camino á pie en su mayor parte; las de Zacatecas y Yucatán, presididas por el Obispo de la primera, ese digno hijo de San Francisco de Asís, adornado con las virtudes de su Seráfico Padre; la de Puebla, cuya sociedad, eminentemente Religiosa, envuelta hoy en los crespones de su luto, llora á su venerable Pastor, que lleno de días y cargado de merecimientos acaba de perderse en el sepulcro; la Arquidiócesis de Durango, cuyo dignísimo Arzobispo ofreció el incruento sacrificio; la de Linares, que por más

de un motivo tuvo y tiene que lamentar la ausencia de su digno Prelado en los momentos de la organización; la de Oaxaca, cuyo diligente Arzobispo celebró de Pontifical con toda la magnificencia del culto católico; la de Guadalajara, que disfruta la honra de tener á su cabeza al ilustre decano de nuestro Episcopado, tan respetable por su virtud como por sus años, y quien con fecha 24 de Septiembre de 1886 elevó las preces que determinaron la Coronación, en unión de nuestro Metropolitano y el Ilmo. Señor Arzobispo de Michoacán, cuya Arquidiócesis cerró con llave de oro este brillante Novenario, siguieron y terminaron esta preparación solemne para tan solemne ceremonia.

Llegó por fin el memorable 12 de Octubre de 1895; ese día venturoso y solemnísimos, por tanto tiempo y tan justamente deseado, que escrito con caracteres de diamante en nuestros anales religiosos, vino á ser el foco de poderosísima lente en el que se reunieron los rayos de luz que permitieron ver los sentimientos de todas las almas y los rayos de calor con cuyo fuego se inflamaron todos los corazones.



UNIVERSIDAD ANTONOMIA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asistamos, señores, al momento solemne en que en presencia de los esclarecidos Príncipes de la Iglesia católica y de los venturosos hijos de México, se repitió en nuestro suelo privilegiado la grande, la sublime, la majestuosa y significativa ceremonia que tuvo lugar allá en el Cielo, el día en que nuestra Excel-sa Madre, rompiendo las ligaduras que la retuvieron en la Tierra, fué coronada como Reina de los Ángeles y de los hombres, en presencia de los celestiales espíritus y de las Tres Augustas Personas de la Augusta Trinidad.....

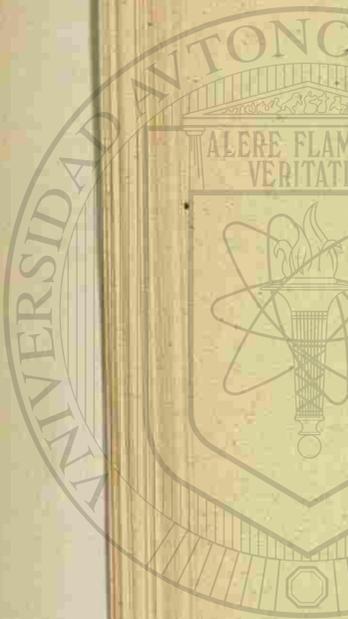
Pero aquí debería sellar mis labios; dejar que mi corazón despedazado, y en un fuego, que no es el fuego material, fundido, se desbordara al pie de esta Tribuna, en la que vuestra benévola atención me favorece..... reemplazar mis palabras por mis suspiros, y prescindir de hablar de una ceremonia que no podrían describir ni los serafines, pues estos, tocando con sus frentes el polvo, trocarían en himnos de amor las palabras que se les presentaran para narrarla; y la pluma que se les diera para describirla se fundiría por ese mismo amor entre sus manos.

El pavimento de nuestra suntuosa Basílica se halla tapizado por una alfombra viviente, formada por millares de católicos, cuya vida está concentrada en sus corazones, pues hasta la respiración se ha suspendido..... las ceremonias ya no se contemplan... los cantos ya no se escuchan..... los labios ya no se mueven..... las plegarias ya no se formulan.....

A nuestro respetable Metropolitano cupo la dicha de representar en esta ceremonia solemnisima al Representante de Jesucristo; y al Ilmo. Arzobispo de Michoacán correspondió la honra de representar en ella á nuestro Episcopado.

Los dos ilustres, respetables, virtuosos y afortunados Pastores, despojados de sus áureas capas, con sus albas tan blancas como la pureza, se acercan al altar, y ocultándose tras él para dirigirse al punto que su elevadísima misión les designa, aparecen un momento después sobre la plataforma en que la corona descansa, y se postran á las plantas de la sagrada Imagen cuya frente van á coronar.

Nuestro Metropolitano querido, dejando escapar algo de la emoción que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su pecho ya no puede contener, impulsado por la ternura que inunda su corazón de hijo, deseoso de rendirle un homenaje de filial respeto, cautivado por aquel conjunto de belleza, de gracia, de santidad y de amor que tiene delante, escucha un dulce «acércate,» salido de los divinos labios, recibe una inspiración sobrenatural y disfruta la dicha suprema de imprimir sus labios en ardiente y fervoroso beso en la Imagen sagrada de María.

Gracias, Pastor ilustre, gracias os damos desde el fondo de nuestros corazones por ese beso en que por vos y por vuestras ovejas tuvisteis la dicha de santificar vuestros labios.

Porque ese beso — permitidme que en estas circunstancias os repita lo que en otra ocasión y bajo otra forma os dije — fué el arranque más expresivo de la piedad filial; ese beso fué el testimonio más irrecusable de vuestro amor; ese beso fué la manifestación más elocuente de vuestra creencia; ese beso fué el lazo de unión con que á la protección de vuestra Santa Pastora ligásteis á vuestras dóciles ovejas.

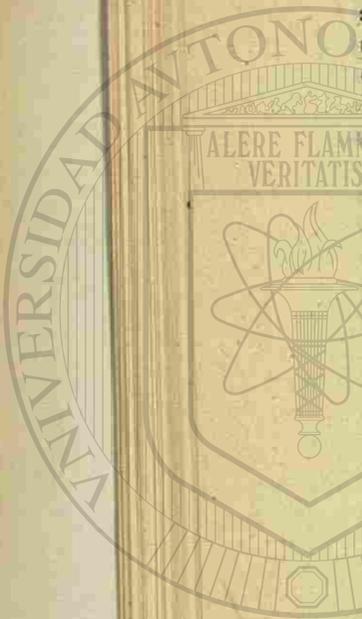
Pero ese beso, Señor, no es sólo vues-

tro, es de todos nosotros; es la expresión genuina de nuestros propios sentimientos, la manifestación explícita de nuestra ternura, el homenaje rendido de nuestra adoración, la aspiración común de nuestras almas.

Por eso deslumbró como el relámpago tantos millares de ojos, que comenzaban á humedecerse; por eso encendió los espíritus como la chispa eléctrica al encontrar establecido el circuito; por eso conmovió todos los corazones, que ya no cabían dentro del pecho, y que se hacían pedazos al impulso de un mismo sentimiento.....

Los Ilmos. Prelados se postran de nuevo emocionados, fervorosos y reverentes..... al levantarse toman la corona entre sus unguidas y convulsas manos, y lenta, y devota, y majestuosamente la colocan, hasta la altura de la cabeza de la Imagen, que dulcemente parece inclinarse para recibirla.....

De cada uno de los puntos de esa espléndida corona sale un hilo invisible y misterioso, que comunica con cada uno de los millares de corazones, en los que, como retacado explosivo en el seno de la roca, se aprisiona el amor gnada-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lupano, pronto á estallar en el pecho de aquella multitud apiñada, que inmóvil, sin aliento, sin acción y sin vida, se halla algunos grados sobre la Tierra, porque ese bendito lugar está trasformado en un Cielo.....

La corona tocó al fin la Sagrada cabeza, y á tan divino contacto la comunicación quedó establecida.... los encumbrados Príncipes de la Iglesia que en ella la han colocado, son los primeros en sentir el efecto del choque, y caen heridos por la chispa de una emoción sobrehumana; la corriente eléctrica, conducida por aquellos hilos invisibles, se transmitió á aquellos emocionados corazones; y el amor que en ellos se encerraba, al impulso de ese fuego celestial, nunca como entonces sentido, hizo explosión en un « Viva » agudo, penetrante, energético, atronador, indefinible, que empapado en lágrimas, acompañado de aplausos, impregnado de suspiros, armonizado por los sollozos y confundido con los cantares angélicos, conmovió la atmósfera.... hizo palpar los muros.... estremecer las bóvedas..... sentir á los objetos inanimados..... y llevando sus ondas sonoras hasta las plantas de Ma-

ría, llevó á sus oídos elementos, conmoviendo su corazón maternal, esta salutación candente, tierna, expresiva y amorosa: « Salve, Augusta Reina de los mexicanos! »..... Madre de los mexicanos, salva á tu Pueblo! Viva nuestra Reina, Viva nuestra Protectora, Viva nuestra Madre!.....

Ah, señores.... lo que pasó en aquellos instantes supremos.... lo he dicho una vez con el acento de la convicción, y permitidme que con el acento de la convicción lo repita.

Nuestra tierna y bondadosa Madre bajó del Cielo para recibir nuestro homenaje, pues sólo por su divino contacto se explica lo que sintió el corazón, que sin tener nada de humano fué verdaderamente divino.

Vino, por una Aparición nueva, á tomar posesión del templo que la piedad y el amor de sus hijos le han erigido, y á ceñir la corona que el Vicario de Jesucristo le ha decretado.

Por eso lo que entonces vimos fué un trasunto de la Bienaventuranza, que es una Eternidad feliz; por eso dije para comenzar, y repito para concluir, que ese suceso memorable no pertenece ni



UNIVERSIDAD ANTONO MADEIRO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puede pertenecer al pasado; pertenece, sí, y siempre seguirá perteneciendo al presente: porque en la Eternidad no se tienen nociones del pasado; porque en la Eternidad no hay sucesión de instantes; y porque la Eternidad, según la exacta definición de la única autoridad competente para definirla, es la posesión feliz y simultánea de una vida interminable.

Con razón los autorizados Príncipes de la Iglesia, así nacionales como extranjeros, depusieron ante sus plantas las significativas insignias de su elevada dignidad, recibiendo la luz para derramar la doctrina, y la fortaleza para apacentar á sus rebaños.

Con razón las Diócesis de Querétaro, León, Tulancingo, Veraacruz, Cuernavaca, Tehuantepec y Chilapa le trajeron en fervorosas Peregrinaciones el tributo de sus homenajes.

Con razón esta última, cuyo Pastor es una de las más ricas joyas que lucen en la Episcopal Corona de nuestra Iglesia, puso en sus manos un cetro de oro, como emblema de su Soberanía.

Con razón nuestros floridos vergeles se despojaron de sus más exquisitas flo-

res para tapizar el pavimento y perfumar la atmósfera de su Santuario.

Con razón todos los fieles, representados por sus Parroquias, y las diversas Ordenes Regulares, y las Asociaciones Católicas, y las damas que sostienen en el hogar el culto y el amor de María, vinieron á desfilarse ante su trono, y á elevarle sus preces, y á exponerle sus necesidades, y á mezclar sus lágrimas con el polvo de su pavimento.

Con razón las lumbreras de nuestro Púlpito, derramando los tesoros de la divina palabra, elevaron á tan considerable altura el amor á María.

Con razón en todos los Estados, y en todas las Capitales, y en todas las poblaciones, y hasta en la modesta capilla de la aldea más humilde se ha solemnizado tan plausible acontecimiento.

Con razón más allá de nuestras fronteras está fermentando el pensamiento de declarar á nuestra coronada Reina, Patrona Universal de las Américas.

Con razón el sentimiento Guadalupano, encontrando reducido el templo para extenderse, ha invadido con sus corrientes la Academia; y conservando con religiosa solicitud las impresiones reci-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bidas al pie del Púlpito, fué hace un año, y viene hoy á agruparse al rededor de la Tribuna.

Con razón, en fin, el tiempo que transcurre sobre este suceso extraordinario, lejos de ser el huracán violento que en su impetuosidad tienda á destruirlo, es el viento suave, que en refrigerante corriente le ministra el oxígeno para alimentarlo.

Señores! la clásica solemnidad en que nos encontramos reunidos, no es una vana ceremonia capaz de confundirse con las frívolas solemnidades profanas: tiene un objeto elevado y noble, justificado y debido, significativo y sagrado, que comprende la inteligencia, que siente el corazón y llena el alma.

Venimos, en efecto, Madre mía, á tributarte una vez más y bajo nueva forma, el homenaje de nuestro amor, de nuestro respeto, de nuestra veneración y de nuestra ternura.

Venimos á ratificarnos en la bendita creencia del milagro que nos hiciste y del beneficio que nos otorgaste, que hace la ventura de nuestro corazón y constituye la esencia de nuestro ser; pues nuestras cristianas madres nos la incul-

caron y nos la transmitieron con la leche de su casto seno, con los besos de sus amorosos labios, con los suspiros de su amante pecho y con las lágrimas de sus expresivos ojos.

Venimos á colocar á tus plantas el corazón, inundado en gratitud por tan extraordinario beneficio; pues no somos de aquellos beneficiados desleales ó indignos, que niegan la deuda porque no tienen con qué pagarla.

Venimos á protestar con toda la fuerza de nuestra convicción herida y nuestro sentimiento lastimado, contra los ataques que te han dirigido los esclavos del asqueroso reptil, cuyo poder con tu Omnipotencia suplicante has destruido, y cuya cabeza con tu pie virginal has quebrantado.

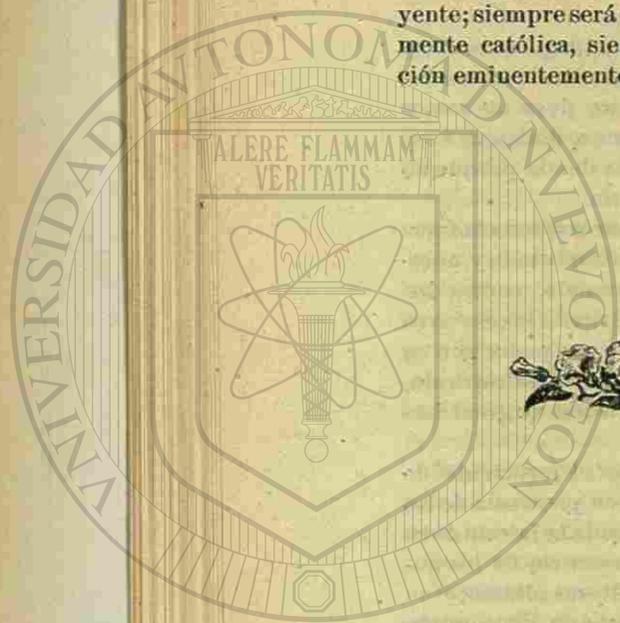
Venimos á renovar el juramento de nuestros mayores: y en presencia de los esclarecidos Príncipes de la Iglesia de tu Hijo divino; y en presencia de los autorizados Ministros de sus altares; y en presencia de la parte más distinguida de nuestra católica sociedad; y en presencia de la Historia, y en presencia del mundo, una, y cien, y mil veces, repetirte que nuestra México querida,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que nuestra México feliz, que nuestra México privilegiada, siempre será, si tu protección que implora no le falta, una Nación, contra todos los obstáculos, creyente; siempre será una Nación sinceramente católica, siempre será una Nación eminentemente Guadalupana.



DISCURSO

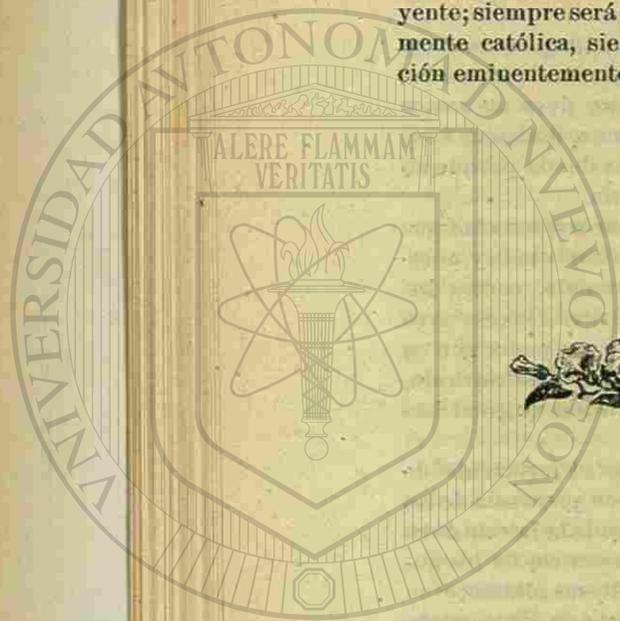
Pronunciado por el Sr. Pbro. Dr. D. Francisco Orozco, en la Velada Literaria celebrada en conmemoración del primer aniversario de la Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe, la noche del Sábado 31 de Octubre de 1896.

Reverendissimi Episcopi, Venerabiles Sacerdotes, Spectatissimi Viri.

De B. Virgine Guadalupense.

ERVENTISSIMA illa erga B. Virginem Guadalupensem religio ac pietas, quæ a primordiis ecclesie nostræ Mexicanæ in dies usque floruit, fatendum sane est, auditores amplissimi, eam nostris hisce temporibus luctuosissimis, maius incrementum, adiectis viribus, percepisse. Salutaris enim ille erga tantam Parentem ac Dominam ardor ac pietas gentis nostræ, procul dubio misericordie divinæ munus idem et pignus, etsi nunquam inter nos cessaverit, tamen experree-

que nuestra México feliz, que nuestra México privilegiada, siempre será, si tu protección que implora no le falta, una Nación, contra todos los obstáculos, creyente; siempre será una Nación sinceramente católica, siempre será una Nación eminentemente Guadalupana.



DISCURSO

Pronunciado por el Sr. Pbro. Dr. D. Francisco Orozco, en la Velada Literaria celebrada en conmemoración del primer aniversario de la Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe, la noche del Sábado 31 de Octubre de 1896.

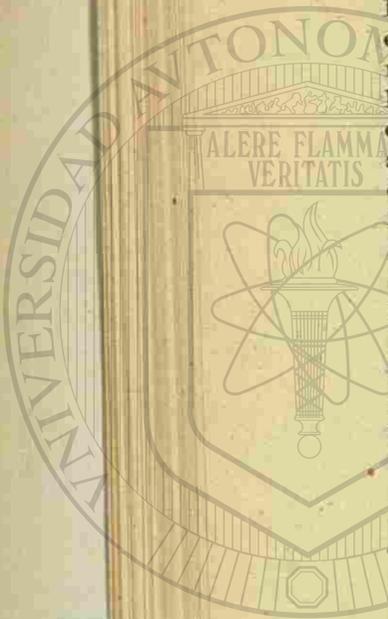
Reverendissimi Episcopi, Venerabiles Sacerdotes, Spectatissimi Viri.

De B. Virgine Guadalupense.

ERVENTISSIMA illa erga B. Virginem Guadalupensem religio ac pietas, quæ a primordiis ecclesiæ nostræ Mexicanæ in dies usque floruit, fatendum sane est, auditores amplissimi, eam nostris hisce temporibus luctuosissimis, maius incrementum, adiectis viribus, percepisse. Salutaris enim ille erga tantam Parentem ac Dominam ardor ac pietas gentis nostræ, procul dubio misericordiæ divinæ munus idem et pignus, etsi nunquam inter nos cessaverit, tamen experree-

tior ad promovendum animos tunc esse videtur cum magnum aliquod aut ipsius ecclesiae nostrae, aut reipublicae tempus adesse vel impendere persentit. In comperto autem omnium vestrum est quid a scelestis flagitiosisque hominibus postrema hac tempestate in Religionem, in B. ipsam Virginem Guadalupeensem hic actum sit. Haud iuvat animum haec commemorasse. Ea tamen detestamur atque deflemus. Tu enim Mexicana Ditio, quae me Patria genuisti, inter omnes alias gentes princeps fortasse incesseras Almae Virginis Mariae cultum, pietatem religionemque profitens. Hoc decus vero, hoc ornamentum tibi modo per vim, per dolos, per facinus omne abripere aliqui conantur. Ignoseas tu Virgo Sacratissima, error est paucorum ac culpa. Nos omnes, tota gens nostra, quae tua iure merito dicetur, te profitetur, te veneratur, teque Parentem ac Dominam inelamat. Oculos quaeso, auditores amplissimi, ad illud Tepeyacense templum convertatis. Quid illo ornatius, quid magnificentius quidve excellentius? Testimonium hoc est conspicuum pietatis religionisque nostrae erga Virginem illam

Tepeyacensem. Cernere ibi sunt marmorea ornamenta ex longinquis asportata terris, picturae aliaque multa, in quibus artem ac pretium concertare crederes. Quem vero ullibi latet, haec omnia, quod mirum est, ad unius hortatum, ad unius vocem confecta fuisse? Virum illum praecclarum commemoro, Iosephum Antonium Plancarte et Labastida, Virginis istius strenuum adsertorem ac vindicem, qui ærumnis omnibus ac laboribus, imo contumeliis ac calumniis posthabitis, magnum hoc opus, suorum contribulium ingenti ope ac expensis aggressus est ac perfecit. Vidistis equidem vos omnes ac testes fuistis anno proxime elapso Episcopos fere omnes nostrates, alienigenas vero quamplures ex dissitis terris, huc adventasse, totam vero gentem nostram commotam in hanc urbem pariter cammeasse quum tantae Virgini Metropolita noster inclytus atque pereximius coronam auream gemmis lapidibusque distinctam et ornatam, Summi Pontificis nomine circumducebat. Hactenus tot gentium murmur ac clamores obstrepunt auribus nostris, alque oculis adhuc circumspicere videmur tot Venerabiles Antistites



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ae fervidos Sacerdotes, clérum omnem, ordinem ac populum suis precibus, lacrymis, clamoribus concentibusque in illo templo praecelsam hanc Virginem veneraturos. Quid vero? nonne ab hominum memoria usque adeo pietas ac religio huius populi nunquam efferbuerat? Per mensem integrum novus in dies singulos populorum concursus concedebat. Imo, videntes testes adhibeo, quem latet omni tempore, per totum anni decursum, ex omnibus coetibus, ex omnibus urbibus, ex quacumque classe hominum huc turbas innumerabiles adventare?

Sileat ergo vesana impletas, obturentur protervorum ora; imo vero resipiscant. Ni hoc fiat, sciant tamen, qui se mexicanum dicit, in deliciis habere, quod Tantae Matris filius nominetur et sit.



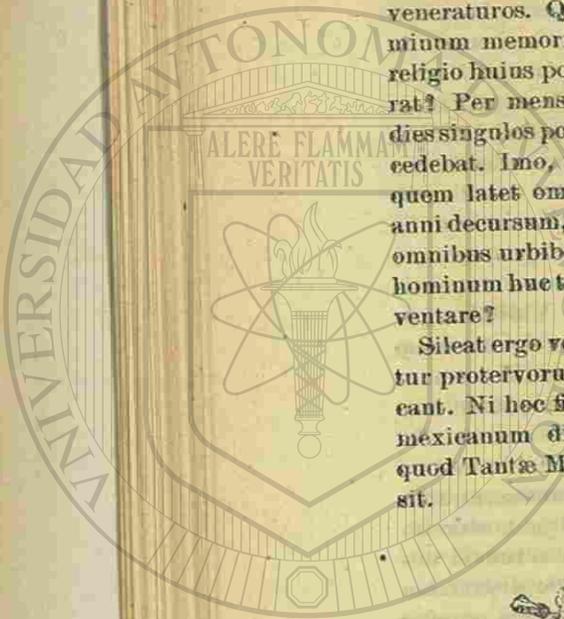
DISCURSO

Pronunciado en la Velada literaria celebrada en México el 31 de Octubre de 1896, primer aniversario de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, por el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, Dr. D. Ramón Ibarra y González.

Ilmos. y Rmos. Señores:

INVITADO hace dos días por la honorable Comisión que ha organizado esta fiesta, para dirigiros la palabra en la presente Velada, no pude rehusarme á su bondadosa súplica, á pesar de las grandes dificultades que se me ofrecían para llenar debidamente mi cometido.

Se trataba, en efecto, de cooperar á la conmemoración de un suceso que, inscrito en las páginas de nuestra historia con la luz bellísima de la verdad, es á la vez una de las glorias más puras de la Religión y la honra y alegría de nuestra Patria. Por lo mismo, todo corazón



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ae fervidos Sacerdotes, clérum omnem, ordinem ac populum suis precibus, lacrymis, clamoribus concentibusque in illo templo praecelsam hanc Virginem veneraturos. Quid vero? nonne ab hominum memoria usque adeo pietas ac religio huius populi nunquam efferbuerat? Per mensem integrum novus in dies singulos populorum concursus concedebat. Imo, videntes testes adhibeo, quem latet omni tempore, per totum anni decursum, ex omnibus coetibus, ex omnibus urbibus, ex quacumque classe hominum huc turbas innumerabiles adventare?

Sileat ergo vesana impletas, obturentur protervorum ora; imo vero resipiscant. Ni hoc fiat, sciant tamen, qui se mexicanum dicit, in deliciis habere, quod Tantae Matris filius nominetur et sit.



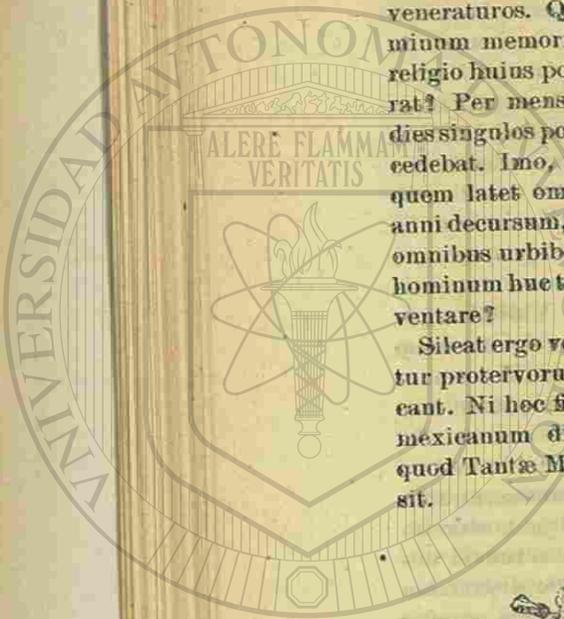
DISCURSO

Pronunciado en la Velada literaria celebrada en México el 31 de Octubre de 1896, primer aniversario de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, por el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, Dr. D. Ramón Ibarra y González.

Ilmos. y Rmos. Señores:

INVITADO hace dos días por la honorable Comisión que ha organizado esta fiesta, para dirigiros la palabra en la presente Velada, no pude rehusarme á su bondadosa súplica, á pesar de las grandes dificultades que se me ofrecían para llenar debidamente mi cometido.

Se trataba, en efecto, de cooperar á la conmemoración de un suceso que, inscrito en las páginas de nuestra historia con la luz bellísima de la verdad, es á la vez una de las glorias más puras de la Religión y la honra y alegría de nuestra Patria. Por lo mismo, todo corazón



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mexicano que no esté marchitado con el virus emponzoñado del siglo, no debe latir sino para engrandecer, á la vista de todos los pueblos, el dón divino que hemos recibido en la augusta montaña del Tepeyac, y perpetuar con entusiasmo su dulce recuerdo en las generaciones futuras. Por esto, señores, sobreponiéndome á todos los obstáculos, y animado con vuestra notoria indulgencia, me he atrevido á comparecer ante vosotros en esta noche, para dirigiros, no un discurso cual merece vuestra exquisita ilustración, sino algunos pobres conceptos destituídos de toda belleza oratoria, y que no tienen otro título para que los acojais benignamente, sino el noble objeto á que se enderezan; esto es, celebrar con purísimo gozo la gran ventura de México por la maravillosa Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe.

Sí, oh Patria querida! al ver tus montañas coronadas de nieve; al contemplar tus frondosos bosques y alegres campiñas; al escuehar el sonoro cantar de tus aves y el suave susurro de tus fuentes cristalinas; al recorrer las inmensas riquezas que encierras en tus entrañas, y sobre todo, al contemplar el hermoso

azul de tu Cielo sembrado de relucientes estrellas, no puedo menos de admirar la bondad del Señor, que ha querido ataviarte con tan ricos y espléndidos tesoros en el orden de la naturaleza. Pero entre estas joyas de inestimable valor con que te levantas llena de hermosura entre las demás naciones, hay una que sobrepuja á todas y que te distingue como á la hija predilecta del Altísimo.

En otro tiempo, el pueblo de Israel fué escogido por el Señor para ser entre todas las naciones un monumento perenne de su ternura y de su especial predilección. En la cima del monte Sinaí, cubierto de densas nubes y surcado por relucientes relámpagos, le mostró el Señor su gloria. Allí le dictó el Código Sagrado de sus leyes y le hizo sentir su voz, que le revelaba los secretos de su Corazón y que debía servirle de luz indeficiente durante su peregrinación en este destierro. Y tú, oh dulce Patria mía, en la montaña del Tepeyac has recibido un favor semejante, pero que revela con más expresión la ternura con que te ha distinguido el Altísimo entre los demás pueblos de la tierra.

Tocaba á su fin el venturoso año de

1531, cuando á la voz de Dios abriéronse los Cielos, y la Santísima Virgen, llena de belleza y majestad, descendió á esa augusta montaña para visitarte.

Está eserito en el Libro de los Salmos que los montes saltaron de júbilo á la preseneia del Señor; pues de la misma manera las montañas del Tepeyac se estremecieron de gozo á la Aparición de tu dulce Reina; y para celebrar su presencia, sus ásperas rocas, á pesar de un riguroso invierno, se engalanaron con todo el verdor y pompa de la primavera; sus áridas cimas, cubiertas de seca tierra y duros peñascos, se eubrieron repentinamente de frescas flores y fragantes rosas para tender una magnífica y delicada alfombra á sus celestiales plantas; los Cielos narran también su gloria, esto es, cuanto hay de bello, de sublime, de grande y admirable en la creación, todo vino á rendirle humilde vasallaje; los rayos más puros y más claros de la aurora forman una corona sobre sus virginales sienes; el sol destella á sus espaldas sus más esplendorosos rayos para formarle un trono; el iris, sobre una nube ligera, tiende en gracioso semicírculo sus vistosos colores para for-

marle un magnífico dosel; el bello azul del firmamento reflejado sobre la tersa superficie de los mares, cuando están en calma, da color á su manto de Reina, que sembrado de lucientes estrellas desciende profusamente de su carifosa cabeza; las rosas tienen con su suave púrpura su modesta túnica; la luna apaga sus resplandores y viene á colocar su menguante disco bajo sus delicadas plantas; fimbrias de oro fino y reluciente, adornan todas sus sagradas vestiduras, y un querubín, un feliz habitante de otros mundos, sostiene ufano con sus poderosas alas desplegadas todo el hermoso y celestial conjunto.

¡Qué bella se te presenta, oh Patria mía, la Santísima Virgen! Es que el Señor te ama como á las niñas de sus ojos, y por eso quiso reservar para ti esa prueba singular de su ternura; y si quieres saber cuáles son sus amorosos designios al dispensarte este favor, te los diré brevemente.

Mira: quiere el Señor que seas toda de María; quiere que en su dulce regazo, como en el de una Madre querida, abras tu inteligencia á los hermosos esplendores de la fe; quiere que de sus la-

bios escuches lecciones de vida eterna, que transformen tu corazón en un huerto florido de todas las virtudes cristianas; quiere que en su pecho deposites tus penas y alegrías, y que bajo su maternal cuidado y con la dulce confianza de un pequeñuelo, recorras todas las sendas del bien y del verdadero progreso que civiliza á los pueblos; en una palabra, quiere el Señor que unida estrechamente á la Santísima Virgen de Guadalupe, recibas por su medio todos los bienes que pueden hacerte feliz en el tiempo y en la eternidad.

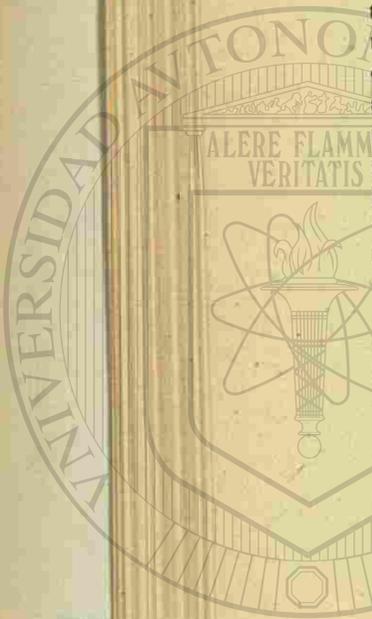
Y para que estos amorosos designios no se te olviden, ha querido dejarte su sagrada Imagen pintada milagrosamente en la tosca tilma de Juan Diego.

Contempla, Patria mía, esa Imagen celestial; es la más dulce, la más piadosa, la más benigna y atractiva que vieron jamás los ojos de los hombres. Por medio de ella quiere el Señor significarte cuáles son los principales cuidados y desvelos que la Santísima Virgen, como tu augusta Reina, viene á desempeñar en favor tuyo, y cuáles los sagrados deberes que á ella te ligan.

En efecto, es voluntad del Señor, en

primer lugar, que seas toda de María; pero toda, por medio del amor y del amor más puro. Por esto ha querido en su Sagrada Imagen hacerte entrever algunos destellos de su hermosura, como en la Isla misteriosa de Patmos se los descubrió al Discípulo amado. ¿No ves su delicada cabeza? es hermosa como el Monte Carmelo. ¿No ves sus purísimos ojos? son más bellos que los ojos de las palomas que se miran en las corrientes de las aguas. Pero para qué afanarme en describirte su hermosura cuando uno de tus ilustres hijos, el inmortal Cabrerá, lo ha hecho con admirable perfección?

Escucha su voz, y él te dirá: «que su rostro bellissimo y de color que tira á moreno, es proporcionado y concurren con él hermosura, suavidad y relieve: que le añaden mucha belleza unos perfiles que se advierten en los ojos, nariz y boca, dibujados con todo el primor del arte: que la frente es proporcionada, las cejas son delgadas y algo arqueadas, los ojos bajos y con una majestad apacible, tan amable, que á mi juicio, es lo más hermoso de su rostro soberano. Que la nariz está en correspon-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diente proporción á las demás partes; la boca tiene los labios muy delgados, aunque el inferior se levanta un poco en gracioso ademán de quien sonríe. Que el colorido de las mejillas es sonrosado y poco más moreno que el de la perla; la garganta es redonda, la boca perfecta y el conjunto una hermosura que arrebató el corazón por los ojos.»

Al contemplarla, pues, ¡oh Patria mía! recuerda que debes amar á la Santísima Virgen de Guadalupe; y después del amor á Dios, debe reinar en tu corazón el amor más puro hacia Ella. ¡Oh qué deber tan dulce se te impone! El amor á la Santísima Virgen ennoblece los sentimientos del alma; es la alegría en las penalidades de la vida, la paz y sosiego en las turbulencias del mundo. Conserva al niño la hermosa fragancia de la flor de la inocencia; á las tímidas vírgenes el delicado perfume de la pureza; á los casados el casto aroma de la vida conyugal; á los Sacerdotes y Religiosos el olor de los collados eternos, y á todos los cristianos el aroma suave de Jesucristo.

En segundo lugar, es voluntad del Señor que reine en tí la Santísima Vir-

gen con el reinado de la Oración: por esto en su Sagrada Imagen se te presenta en actitud de orar, con el exterior bien compuesto, penetrado de grande reverencia y con las manos juntas al pecho. ¡Oh qué lección tan hermosa y tan útil para tu verdadero engrandecimiento!

El Profeta Jeremías, sentado á la sombra de los muros de la Ciudad Santa, anunciaba como causa de la degradación de las naciones la falta de oración. «Llena está de males, decía, toda la Tierra, porque no hay quien piense en Dios.» Por el contrario, la oración, sobre todo si es pública y une en estrecha alianza á todos los fieles, es una fuente segura é inagotable del verdadero engrandecimiento. Cual suave rocío del Cielo comunica á los tronos y á la autoridad de los gobernantes la savia divina del Evangelio, que los hace florecer y dar sazonados frutos de justicia. Santifica las leyes transformándolas en fieles trasuntos de la razón eterna de Dios. Hace brotar en medio de los pueblos la oliva hermosísima de la paz. Se abren á su influjo las puertas de la celestial Jerusalén, y esa luz bellísima que la ilumi-

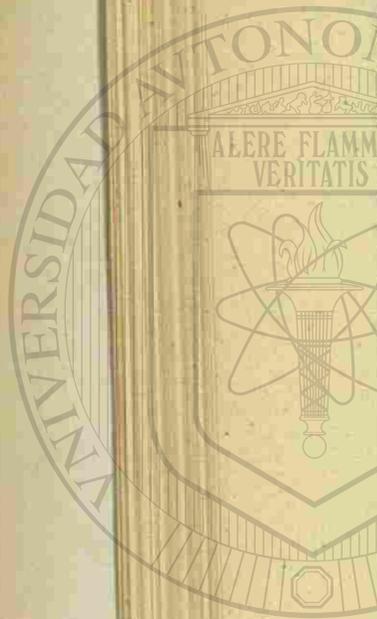
na y que brota del Sol eterno de Justicia, descende abundantemente sobre ellos, haciéndoles comprender su verdadera nobleza y la sublimidad de sus futuros destinos. A los destellos de esa luz divina, huyen las sombras de las vanidades del mundo, pierden sus encantos los vicios, y aparece en toda su belleza la grande felicidad que hay en ser todo de Dios, y no vivir en la Tierra sino para descansar en el Cielo. Por esto ¡oh Patria mía! abre tu corazón á estas celestiales lecciones, y jamás apartes tus miradas de la Imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe. Cuando las olas impetuosas de este siglo corrompido intenten apartarte del Señor, recuerda que tu dulce Madre te enseña que debes siempre estar en vela y orar, para que no te precipites en el tenebroso abismo de la perdición.

En tercer lugar, es voluntad del Señor que reine en ti la Santísima Virgen por medio del reinado de la Cruz. ¡No vez que su celestial Imagen tiene en su cuello purísimo una pequeña crucecita? quiere con esto alentar á todos tus hijos á que lleven con alegría la Cruz de su propio estado, y enseñarte que si

quieres ser feliz, además del espíritu de oración, has de procurar que reine en ti el espíritu de Cruz.

El Apóstol San Pablo, incomparable maestro y doctor, tenía á Jesucristo en la Cruz, por las delicias de sus amores, por tema de sus sermones, por blanco de todas sus glorias, por término de todas sus peticiones en este mundo y por el premio de todas sus esperanzas en la eternidad. «Yo entiendo, decía, que no sé otra cosa que á Jesús crucificado. No me suceda que me gloríe en otra cosa que en la Cruz de mi Jesús. Y no creais que yo tenga otra vida que la Cruz, porque os aseguro que yo miro y siento de tal suerte la Cruz de mi Salvador, que por su gracia estoy totalmente crucificado al mundo y el mundo está crucificado para mí.»

Dichosos los pueblos en cuyo corazón florezca este espíritu de Cruz, y que puedan exclamar con las mismas palabras del Apóstol San Pablo. Ellos caminan seguros por la senda que conduce á las playas felices de la eternidad, enviándole desde este destierro ardientes suspiros. Van coronados de honra y de gloria, ostentando en sus sienas los laureles



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de las victorias que han alcanzado sobre sí mismos: victorias, señores, mucho más ilustres que los gloriosos triunfos de todos los héroes del mundo; porque destruyen el imperio de las pasiones y establecen en su lugar el trono de la justicia, en donde reina Jesucristo con toda la abundancia de sus dones y con todas las riquezas de su poder.

Ya ves por todo esto, ¡oh dulce Patria mía! cuán grande es tu ventura y con cuánta razón el inmortal Pontífice Benedicto XIV te ha proclamado la más dichosa de todas las naciones! Guarda, pues, en tu corazón, como el más precioso tesoro, la piadosa creencia en la Aparición Guadalupeana, que has recibido en el amoroso regazo de la Iglesia, de los labios de sus celosos Pastores; y como la Esposa del Cantar de los Cantares, que descaba ardientemente estar siempre bajo la sombra de su Amado, y gustar allí sus delicados frutos, así tú, jamás te apartes de la dulce compañía de la Virgen Guadalupeana, y bajo su sombra despliega enhorabuena en el sendero de la civilización, los más inestimables tesoros con que te ha enriquecido el Cielo. El nombre de la San-

tísima Virgen de Guadalupe, invocado por tus labios, guardará tus fronteras de la invasión de los enemigos; fertilizará tus campos, cubriéndolos de ricas mies; llenará la inteligencia de tus sabios con los exquisitos frutos de la sabiduría; inspirará las artes, haciendo que te enriquezcan con monumentos tan sublimes y misteriosos como su pensamiento; en una palabra, te hará una nación grande y feliz, y al contemplarte los pueblos de la Tierra, formarán tus alabanzas y glorificarán con entusiasmo á tu dulce Reina.

¡Oh Madre Santísima de Guadalupe! permíteme que al concluir, lleno de amor y alborozo, te diga con uno de tus amantes hijos: Tú eres, hermosísima Señora, nuestra esperanza, asilo y refugio: Tú, la gloria de la América, la alegría de México, el honor de nuestro pueblo. Tu nombre ¡oh María de Guadalupe! es más apacible á los oídos que la música más armoniosa: más dulce en los labios que la sabrosa miel, y en el corazón, amoroso y tierno sobre todo lo amable de las criaturas.

Bendígante las fuentes de los valles, canten tus alabanzas los astros de la ma-

ñana, y desde ese trono de amor en que te encuentras entre nosotros, bendice á la Nación Mexicana; bendice á la Iglesia; bendice al Representante del Vicario de Jesucristo; bendice á todas las familias aquí presentes, especialmente á las personas que han procurado honrarte de un modo especial en esta Velada; guarda nuestros nombres en tu Corazón amoroso: en él queremos vivir, en él queremos morir, y despertar al suave arrullo de tus caricias, en las mansiones bellísimas del Cielo.

LA OLIVA DEL TEPEYAC.

Soneto pronunciado en la Velada literaria celebrada en México el 31 de Octubre de 1896, primer aniversario de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, por el Ilmo. Sr. Obispo de San Luis, Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón.

La que en los campos de Judá crecía
Prenda de paz, oliva misteriosa,
Aquí en el Tepeyac cubre frondosa
A los Pastores de la Patria mía.

Al monte santo mi fervor me guía,
En busca, no de purpúrea rosa,

Sino á pedir un ramo de la hermosa
Planta celeste á la gentil María.

Cual la paloma al regresar al Arca
Mensajera de paz y de contento,
Ramo de oliva le llevó al Patriarca.

Así al cesar el ímpetu del viento,
Que amenazaba sumergir mi barca,
Con la oliva de paz hoy me presento.

VIRGO PARENS

Himno litúrgico del Sr. Canónigo Dr. D. Leopoldo Ruiz, cuya música es del Sr. Pbro. D. José Guadalupe Velázquez.

Virgo Parens, hic apparens
Indo Ioanni Didaco;
Ei paudebas et praebebas
Bonae Matris viscera.

Templum poseis et exposcis
Mexicanis gentibus:
Hic te velle, ut querelae
Nostrae gentis audias.

Matrem bonam et Patronam
Dulcem et amabilem
Te dixisti; et promissisti
Esse nobis omnibus.

Virgo mira, solve dira
Peccatorum vincula
Huius gentis, quae portentis
Dulcis Almae erigitur.

Coronata et conclamata
Imperatrix Mexici,
Nos amantes et laudantes
Tu custodi filios

Te ductrice et adintrice,
Fidem falli nesciam,
Et amemus et servemus
Conquassato daemone.

Pater Deus, Fili Deus,
Deus Alme Spiritus,
Per aeterna nos gubernas
Saecula Deus Trinitas.

Amen.

ÍNDICE

Prólogo.....	v
Reseña de la función.....	1
Acta de la Coronación, leída por el Notario Público Lic. D. Juan M. Villela.....	23
Discurso del Ingeniero de Minas Santiago Ramirez.....	26
Discurso del Sr. Pbro. Dr. D. Francisco Orozco.....	49
Discurso del Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, Dr. D. Ramón Ibarra y González.....	53
La Oliva del Tepeyac.—Soneto por el Ilmo. Sr. Obispo de San Luis, Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón.....	66
Virgo Parens.—Himno del Sr. Canónigo Dr. D. Leopoldo Ruiz.....	67

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Virgo mira, solve dira
Peccatorum vincula
Huius gentis, quae portentis
Dulcis Almae erigitur.

Coronata et conclamata
Imperatrix Mexici,
Nos amantes et laudantes
Tu custodi filios

Te ductrice et adintrice,
Fidem falli nesciam,
Et amemus et servemus
Conquassato daemone.

Pater Deus, Fili Deus,
Deus Alme Spiritus,
Per aeterna nos gubernas
Saecula Deus Trinitas.

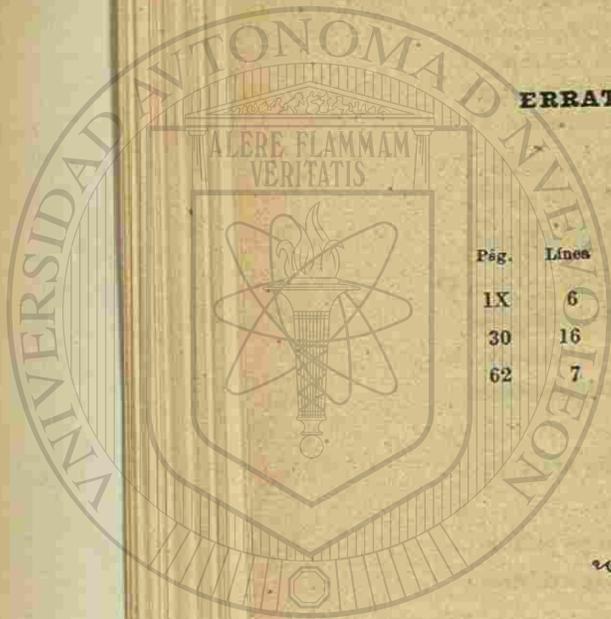
Amen.

ÍNDICE

Prólogo.....	v
Reseña de la función.....	1
Acta de la Coronación, leída por el Notario Público Lic. D. Juan M. Villela.....	23
Discurso del Ingeniero de Minas Santiago Ra- mirez.....	26
Discurso del Sr. Pbro. Dr. D. Francisco Oroz- co.....	49
Discurso del Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, Dr. D. Ramón Ibarra y González.....	53
La Oliva del Tepeyac.—Soneto por el Ilmo. Sr. Obispo de San Luis, Dr. D. Ignacio Mon- tes de Oca y Obregón.....	66
Virgo Parens.—Himno del Sr. Canónigo Dr. D. Leopoldo Ruiz.....	67

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ERRATAS NOTADAS

Pág.	Línea	Se lee	Debe leerse
LX	6	rebosa	reposa
30	16	elegir	erigir
62	7	mundo	mundo

NUESTRA SEÑORA

DE

GUADALUPE

—
TRADICION

—
de

SUS MILAGROSAS APARICIONES

—
MÉXICO

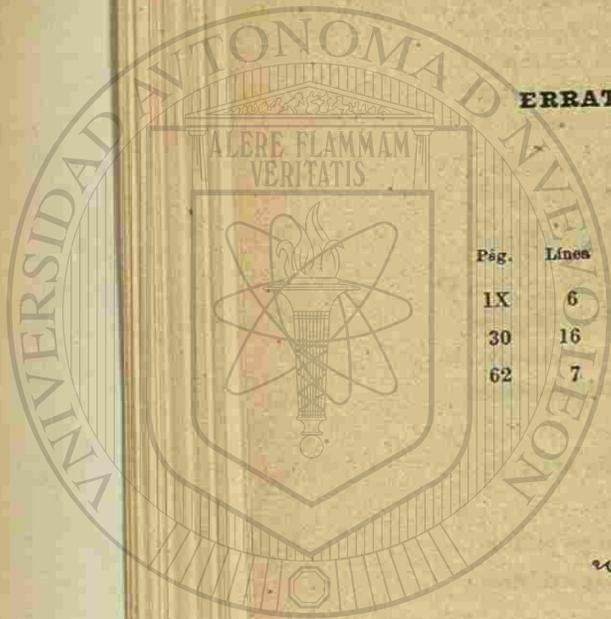
IMPRENTA DEL «CÍRCULO CATÓLICO»

SAN BERNARDO NUMERO 9

—
1888

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ERRATAS NOTADAS

Pág.	Línea	Se lee	Debe leerse
LX	6	rebosa	reposa
30	16	elegir	erigir
62	7	mundo	mundo

NUESTRA SEÑORA

DE

GUADALUPE

—
TRADICION

—
de

SUS MILAGROSAS APARICIONES

—
MÉXICO

IMPRENTA DEL «CÍRCULO CATÓLICO»

SAN BERNARDO NUMERO 9

—
1888

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NON FECIT TALITER OMNI NATIONI.

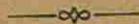


REGINA CÆLI. — ORA PRO NOBIS.

CORONACION

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE



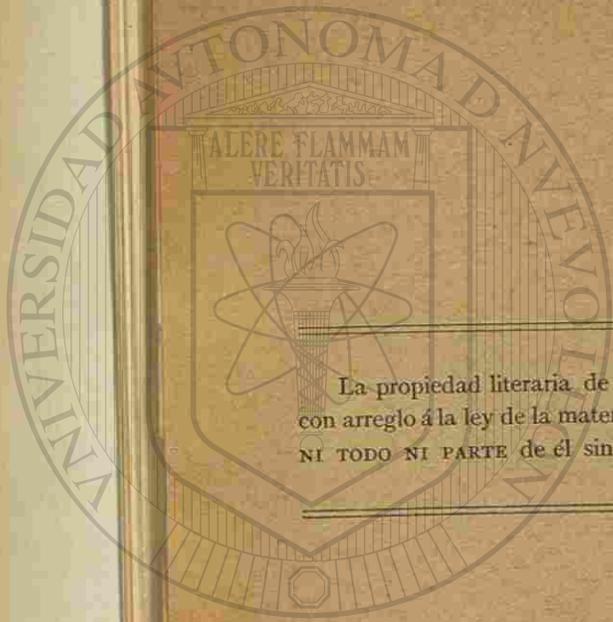
¡VIVA LA REINA!



MEXICO.—1887.

ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUIA

PORTAL DEL AGUILA DE ORO, NÚM. 2,
Junto á la Gran Sociedad.



La propiedad literaria de este libro queda asegurada con arreglo á la ley de la materia, y nadie podrá reimprimir NI TODO NI PARTE de él sin el permiso correspondiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

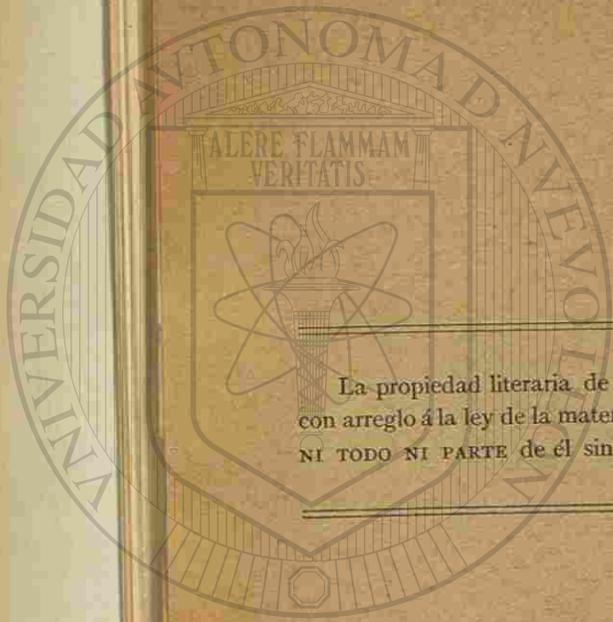
¡VIVA LA REINA!

Un gran acontecimiento se prepara.

El mes de Diciembre próximo será la coronación de la excelsa Virgen de Guadalupe como Reina y Señora del pueblo mexicano, y la nación se apresta para jurarle pleito homenaje. Los Ilustrísimos Señores Arzobispos de México, Michoacan y Guadalajara nos han anunciado ya la feliz nueva, publicando el Breve de Nuestro Santísimo Padre el Señor Leon XIII, que otorga la concesión necesaria para esta solemne ceremonia, y su voz autorizada resonando por todos los ámbitos del país ha conmovido profundamente todos los corazones.

¡La Virgen de Guadalupe! A este bendito nombre cuántas tiernas memorias no se despiertan en el alma de cada mexicano! ¿Quién no se acuerda de cuando era niño y en el hogar tranquilo su madre le refería la maravillosa historia de la aparición de la Virgen, su cariño por los indios, su amor por este suelo; quién no recuerda las terribles escenas de la conquista, la desolación del Imperio de Moctezuma, y su pacificación despues y su evangelización debida al influjo de esa magnífica Señora que dirigiendo á Juan Diego palabras de ternura, reprimió la arrogancia y contuvo el furor de los soldados vencedores?

Todo es maravilloso en la historia del Nuevo Mundo:



La propiedad literaria de este libro queda asegurada con arreglo á la ley de la materia, y nadie podrá reimprimir NI TODO NI PARTE de él sin el permiso correspondiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡VIVA LA REINA!

Un gran acontecimiento se prepara.

El mes de Diciembre próximo será la coronación de la excelsa Virgen de Guadalupe como Reina y Señora del pueblo mexicano, y la nación se apresta para jurarle pleito homenaje. Los Ilustrísimos Señores Arzobispos de México, Michoacan y Guadalajara nos han anunciado ya la feliz nueva, publicando el Breve de Nuestro Santísimo Padre el Señor Leon XIII, que otorga la concesión necesaria para esta solemne ceremonia, y su voz autorizada resonando por todos los ámbitos del país ha conmovido profundamente todos los corazones.

¡La Virgen de Guadalupe! A este bendito nombre cuántas tiernas memorias no se despiertan en el alma de cada mexicano! ¿Quién no se acuerda de cuando era niño y en el hogar tranquilo su madre le refería la maravillosa historia de la aparición de la Virgen, su cariño por los indios, su amor por este suelo; quién no recuerda las terribles escenas de la conquista, la desolación del Imperio de Moctezuma, y su pacificación despues y su evangelización debida al influjo de esa magnífica Señora que dirigiendo á Juan Diego palabras de ternura, reprimió la arrogancia y contuvo el furor de los soldados vencedores?

Todo es maravilloso en la historia del Nuevo Mundo:

Su descubrimiento,
Su conquista,
Su conversion á la fé.

¿Quereis mayores milagros?
Ante hechos semejantes ¿quién duda de un Poder Supremo que obra sobre los hombres más allá de los límites de la tierra?

Tepeyac, monte sagrado, donde se pronunció para este continente por la Muger bendita entre todas las mugeres, el *fiat lux* del cristianismo.

Nuevo Horeb, de cuyas áridas peñas brotó á raudales el agua viva de la fé cristiana.

Libano santo que consagró con su presencia la Esposa de los Cantares.

Nuevo Tabor, en donde la Reina de los Cielos se manifestó á los humildes en todo el esplendor de su hermosura.

Calvario sin sangre ni dolores, donde los mexicanos fueron redimidos por el amor de María!

María! Virgen de Guadalupe, flor hermosa cuyo celestial aroma se esparció instantaneamente por todo el litoral de estas regiones.

Astro brillante á cuya aparicion se disiparon las sombras del antiguo gentilismo, inundándose de su luz resplandeciente toda la vasta extension del Nuevo Mundo.

Virgen bendita aparecida entre rosas del cielo, y fuentes milagrosas, y cantos de Serafines, para declarararte especialmente Madre y protectora de los indios!

La historia de los trescientos años de la colonia brilla por todas partes con los resplandores de la luz de esa Virgen admirable, y la imagen del Tepeyac se destaca siempre como una égida de amparo, como un baluarte de proteccion para este pueblo. Al templo de Guadalupe venian los virreyes de España á tomar posesion de su encargo, y lo primero que veian al investirse de las insignias de su alto mando era la Santa Imá-

gen de Aquella que descendió de los cielos para proteger á los mexicanos.

Cuánto no se manifiesta su accion eficaz en la rapidez con que la civilizacion evangélica se extendió por todo el territorio y en las virtudes de aquellos pueblos tan probos y sencillos, tan leales, tan sóbrios y tan piadosos! El sentimiento religioso dominando á los superiores y encarnándose en las masas populares, traia á la sociedad sin esfuerzo ni apremio todos los grandes beneficios de una paz y tranquilidad inalterables.

Los que mandaban y los que obedecian creian en la Virgen, amaban á la Virgen, y el mando era suave y la obediencia era voluntaria.

Los que no creen, los que no aman á la Virgen no son mexicanos; los que borran de la historia de México el suceso del Tepeyac, la truncan lastimosamente. Sin esa Virgen, sin ese cerro misterioso, nuestra raza habria desaparecido de la faz de la tierra hace ya más de tres siglos.

Esa Virgen, en ese cerro, dijo á los españoles: "Deteneos, envainad las espadas: los indios son hombres como vosotros, son vuestros hermanos, hijos míos predilectos, y aquí estoy yo para socorrerlos." Y los españoles que creen en la Virgen y la aman, porque mil veces los ha favorecido, y mil veces en el trascurso de los siglos ha llevado á la victoria sus pendones gloriosos, escucharon su voz y acataron el mandato.

¿Cómo no sentirse movido de entusiasmo al escuchar los hechos heroicos de aquella lucha de once años, en que los indios á millares se agrupaban inermes en defensa de la santa bandera enarbolada por Hidalgo, sin temer el filo de los aceros ni la metralla de los cañones!

¿Qué hermoso cielo azul este de México, cuando consumada la independencia, tremolaron en el aire los estandartes unidos de Hidalgo y de Iturbide!

¡Qué hermoso cielo azul este de México, cuando apareció tan lleno de vida y de esperanzas, halagado por tan próspero porvenir y que parecía llamado á ocupar el primer rango entre los pueblos del continente americano!

Absortas lo contemplaron las naciones levantarse repentinamente grande y magestuoso, resuelto á caminar por el sendero de la justicia, apoyado en su buen derecho y llevando en la diestra la bandera de los tres colores.

El Tepeyac pareció de nuevo inundado de la luz que vió Juan Diego, y los corazones de los mexicanos todos tenían por centro comun su amor y gratitud á la Virgen de Guadalupe.

No ya solo nos habia librado de la muerte deteniendo el brazo de los conquistadores y cambiándolos de altivos y arrogantes en benévolos y compasivos, no ya solo nos habia sacado de las tinieblas de la barbarie derramando por todas partes la luz del Evangelio, sino que independiéndonos de todo yugo nos hacia ocupar un puesto prominente, como pueblo libre, entre las naciones cristianas.

Razon era que enmedio del patriótico entusiasmo el más vivo agradecimiento á tan señalados beneficios de la Madre de Dios, se manifestase por todas partes; ese sentimiento era el lazo de union de todos los corazones y la Imágen de la Virgen de Guadalupe era el timbre y el escudo de todos los mexicanos. Estaba en todas las casas, y el orden y la paz reinaban en las familias; estaba en los estrados donde se hacen las leyes y se administra la justicia, y las leyes eran buenas y las sentencias eran justas.

Pero ¡ay! los años han pasado, y cuántas tempestades han ennegrecido despues ese cielo! ¡Qué historia tan horrible, Virgen Santa! Odios nefandos han dividido á los hermanos y el brazo maldito de Caín ha llenado este suelo

de cadáveres. Los años han pasado, y aquella nacion que apareció tan grande recien emancipada, es hoy un pobre pueblo, un pueblo miserable, enfermo, moribundo, casi un cadáver á cuyo rededor se agitan buitres devoradores.

¡Qué historia tan horrible, Virgen Santa! Mil veces te hemos olvidado. Te hemos olvidado á tí, que hiciste por nosotros lo que no has hecho por ninguna nacion del mundo. Cuadros profanos han sustituido en las casas á tu bendita imágen, y el vicio corrompe las familias y se ostenta descaradamente por las calles y plazas amparado y protegido; de los palacios has sido desterrada, y las leyes son malas y las sentencias son inícuas.

Hemos cedido á gentes venidas de fuera todos los elementos de la riqueza nacional, la sordida codicia vende á palmos nuestro suelo, la industria y el comercio y todas las grandes empresas no están ya en nuestras manos, abandonadas por nuestra indolencia y apatía. Como párias arrastramos en nuestra misma patria una existencia miserable, y el porvenir de nuestros hijos es todavía más espantoso.

Solo tú, Virgen María, tan buena y tan misericordiosa, has podido contener el brazo de Dios, que mil veces justamente airado se ha levantado para castigar nuestra insolencia, para anonadar nuestro orgullo, para hacernos desaparecer como viles é indignos de sus singulares y marcados beneficios.

Piadosísima Madre ¡cuánto te debemos! ¡Y aún habrá mexicano que dude de tí, cuando desde el momento en que pisó tu planta esa feliz montaña, una série no interrumpida de milagros nos está probando tu accion eficaz en favor nuestro? ¡Cómo, si no, despues de tantos desaciertos, despues de tantos errores, despues de tantas iniquidades, aun vivimos como Nacion y aun podemos alentar una esperanza de remedio?

Pero esa esperanza eres solo tú, Virgen Santísima, esa esperanza eres solo tú; y por eso desalados venimos apresuradamente al Tepeyac.

Mira cómo de todas partes las poblaciones en masa, se dirijen á tu templo de Guadalupe aclamándote por su único refugio, aclamándote por su única esperanza.

Mira cómo el país entero se levanta á la voz de sus Obispos y en un grito arrancado de todos los corazones te proclama por su Reina.

¡Salve, Reina! Mexicanos y católicos nacimos; permíte, Virgen, que podamos legar á nuestros hijos esa Patria y esa Fé que hemos jurado defender con nuestra sangre, y cuyo juramento renovamos hoy á tus plantas proclamándote por Reina.

Sálvanos, Virgen de Guadalupe, tú lo puedes.

Si, tú lo puedes, pues ¿qué no puedes tú, Santa Señora? ¿Qué no puedes tú, si tu Hijo es Dios, y se complace en poner en tus manos toda su Omnipotencia? ¿En qué nacion cristiana, en qué pueblo que te invoca, no has obrado maravillas? ¿No están llenos de tus milagros los anales del mundo? ¿Qué pueblo no ha experimentado tu cariño de Madre y tu poder Soberano? ¿Qué familia, qué individuo no ha sentido tu dulce mano enjugando sus lágrimas, socorriendo sus necesidades, apartándolo del vicio, salvándolo del abismo?

¿Tú lo puedes!

Es verdad que esta desgraciada Patria nuestra está enferma de mucha gravedad: es verdad que postrada y abatida por todos los males no tiene ya casi accion ni movimiento alguno, pero tú puedes decirle como Jesus al Parálitico: "*Levántate y anda.*"

Dilo, Señora, te lo pedimos con la fé del Centurion: no somos dignos de que vuelvas á pisar nuestra pobre morada, pero di una sola pa-

labra y nuestra patria será sana, salva y perdonada.

Hombres eminentes que han sondeado profundamente los abismos en que se agitan las sociedades modernas, han reconocido que solo el arrepentimiento nacional puede salvar al mundo, declarando tambien que ese único remedio solo podrá venir por la bondadosa mediacion de la que es Madre de Misericordia.

Hémos, pues, aquí, Madre, implorando tu socorro. Sálvanos, salva á esta desgraciada Nacion!

Afuera las acechanzas de los que solapadamente quieren subyugarnos, afuera las arterías de los que quieren arrancar de nuestros corazones el culto de la Virgen.

Los que no amais á la Virgen, á lo menos respetadla, porque es nuestra Soberana.

Los que no creéis en la Virgen, respetad á lo menos la fé de los que creemos en ella con toda la fuerza de nuestra alma, de los que esperamos en ella con un anhelo infinito, de los que en este mundo y más allá de este mundo, hemos puesto en sus manos toda nuestra confianza.

ALOCUCION

DE LOS ILUSTRISIMOS SEÑORES ARZOBISPOS

CON EL BREVE DE SU SANTIDAD.

Nos el Doctor D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Doctor D. José Ignacio Arciga y Doctor D. Pedro Loza, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, el primero Arzobispo de México, el segundo de Michoacan y el tercero de Guadalajara:

A nuestros Ilustrísimos y Venerables Cabildos, á nuestro Clero secular y regular, y á todos nuestros fieles, salud, gracia y bendicion en Nuestro Señor Jesucristo:

Venerables hermanos é hijos nuestros:

Bastante se ha publicado el feliz pensamiento que ha muchísimo tiempo nos ocupaba, y que empezábamos á poner en ejecucion desde mediados del año próximo pasado, reducido á conseguir del Sumo Pontífice la facultad de coronar la Venerable Imágen de nuestra excelsa Patrona la Santísima Virgen María de Guadalupe.

Para intentarlo, tuvimos buen cuidado de

acudir á nuestros dignísimos sufragáneos en demanda de su parecer, y con él enviamos el 24 del último Setiembre á Nuestro Santísimo Padre el Sr. Leon Papa XIII las Preces que siguen, en castellano, traducidas del latin:

“SANTÍSIMO PADRE:

“Los tres Arzobispos de la Iglesia Mexicana, por sí y juntamente con sus sufragáneos, acuden llenos de confianza y poseidos de la más profunda veneracion á Su Santidad, suplicándole humildemente se digne concederles la facultad de coronar con corona de oro la milagrosa Imágen de la Santísima Virgen en su advocacion de Guadalupe.

Ya desde Julio de 1740 el caballero Lorenzo Boturini, señor de la Torre y de Hom, consignió que el Venerable Cabildo de San Pedro *in Vaticano*, despachara favorablemente una solicitud igual á la que ahora hacemos; más no enidaron sus agentes en Madrid de recabar el *pase* del Consejo de Indias, que se quiso suplir con el de la Audiencia de México, la que lo concedió sin dificultad, fundándose en que habiéndose declarado la guerra con Inglaterra, y estando plagados los mares de corsarios, era imposible ocurrir á la Metrópoli.

No conforme con este procedimiento de la Audiencia, el virrey conde de Fuenc Lara no solo prohibió á Boturini el colectar limosnas ó donativos para sufragar los gastos de la coronacion, sino que persiguió al promovedor de tan grande obra hasta desterrarlo del país, quedando así suspendida hasta hoy la solemnidad que se preparaba en honor de la imágen taumatúrgica como la llamaron el Presidente de la Audiencia y los oidores de aquella época, y que ahora deseamos llevar á feliz término todos los Prelados, intér-

pretes fieles de los sentimientos del pueblo mexicano, que contribuirá, no lo dudamos, á los gastos, con su acostumbrada generosidad.

Durante el siglo y medio que ha trascurrido, los milagros se han multiplicado en favor de los que han acudido á la Madre de Dios bajo el título de Guadalupe, y los incesantes beneficios que México ha recibido de su insigne Patrona nos obligan á promover de nuevo ante el trono de Vuestra Santidad la coronacion que deseamos se verifique en el año venidero de 1887 y en el mes de Diciembre. Así quedará perpetua y profundamente grabado en nuestro corazon ese mes en que tuvieron lugar, segun la historia más bien comprobada, las apariciones de la Santísima Señora al neófito Juan Diego, y se avivará más su memoria sobre todos los católicos que tengan la dicha de celebrar con la mayor pompa posible el quincuagésimo aniversario de la primera misa dicha por Vuestra Santidad; y continuarán estrechas é indisolublemente unidas para la Iglesia Mexicana las dos fiestas, la de la coronacion de nuestra excelsa Patrona y la de la segunda misa de nuestro Soberano Pontífice y verdadero Padre en Nuestro Señor Jesucristo.

Dígnese Vuestra Santidad ver con ojos benignos esta peticion hija del tierno amor que nutrimos con nuestra grey á la gran Madre de Dios, permitiéndonos que por ser de lienzo la Imágen de Guadalupe, la corona quede al aire sostenida por ángeles de oro, apoyados en las columnas de un gracioso templete, bajo del cual será colocada la milagrosa Imágen, que ya está embutida en un marco de oro. Tan singular homenaje á la Reina de los cielos servirá para reanimar y encender la fé de los habitantes de estas apartadas regiones, verdaderos hijos y entusiastas y sinceros devotos de María de Guadalupe.

En el interin, que descienda sobre nosotros y

sobre nuestras diócesis la bendicion apostólica que esperamos postrados á los piés de Vuestra Santidad.

México, Setiembre 24 de 1886. ✠ *Pelagio Antonio*, Arzobispo de México. ✠ *José Ignacio*, Arzobispo de Michoacan. ✠ *Pedro*, Arzobispo de Guadalajara."

Dada cuenta con las anteriores preces, Su Santidad accedió á nuestra peticion, segun el cablegrama que recibimos el 25 de Enero de este año; y cuya noticia ha sido plenamente confirmada con el *Breve* expedido en Roma el 8 de Febrero, recibido en la Capital el 12 de Marzo y cuyo tenor es como sigue:

“LEON PAPA XIII.

Para perpetua memoria del hecho.

“Se nos ha referido que todos los fieles habitantes de la Nacion Mexicana ha mucho tiempo veneran con singular piedad y confianza á la Bienaventurada Virgen María bajo el título de Guadalupe, y que ahora han puesto todo su empeño en adornar con corona de oro á dicha imágen, ilustre en prodigios, como se decretó desde el año de 1740 por el capítulo Vaticano; pero no habiéndose verificado entónces por las circunstancias civiles de México, y quedando suspenso hasta en nuestros dias tan solemne obsequio de religiosa piedad, los actuales Arzobispos y Obispos de la Nacion Mexicana, secundando los deseos de los fieles que les están encomendados y

aprovechando la ocasion de que Nos vamos á celebrar el quincuagésimo aniversario de nuestra primera misa, nos han rogado empeñosamente que para el próximo mes de Diciembre les demos facultad de adornar con preciosa diadema á Nuestro nombre y autoridad la supradicha imagen.

“Nos, hemos asentido gustosamente á tan ardientes deseos. Además, queriendo agraciarnos con peculiar beneficencia á todos y á cada uno de aquellos que quieran aprovecharse de éstas Nuestras Letras, absolviéndolos y teniéndolos por absueltos solo por este fin de cualquiera excomunion ó entredicho y demás censuras y penas eclesiásticas fulminadas de cualquier modo ó por cualquiera causa, si acaso hubieran incurrido en ellas, en virtud de nuestra Apostólica Autoridad: CONCEDEMOS que el Arzobispo de México ó uno de los Obispos de la Nacion Mexicana que debe ser elegido por él, imponga lícitamente en cualquier dia del próximo mes de Diciembre en Nuestro Nombre y con Nuestra Autoridad con solemne rito, y observando lo que por derecho debe observarse, una diadema de oro á la mencionada Imágen de la Bienaventurada Virgen María de Guadalupe.

“Y para que esta solemne festividad ceda en bien espiritual de los fieles en Cristo de ambos sexos, CONCEDEMOS misericordiosamente en el Señor á todos los que verdaderamente arrepentidos, confesados y apacentados de la Sagrada Comunión dirijan en el dia de la Coronacion, ó en uno de los siete dias que sigan inmediatamente, piadosas oraciones á Dios delante de aquella Imágen de la Virgen María de Guadalupe, por la concordia de los príncipes cristianos, extirpacion de las herejías, conversion de los pecadores y exaltacion de la Santa Madre Iglesia, plenaria indulgencia y remision de todos sus pe-

cados, la que puede aplicarse por modo de sufragio á las almas de los fieles de Cristo que, unidas á Dios en caridad, hayan partido de este mundo. Valiendo las presentes sólo por esta vez, no obstante cualesquiera Constituciones, ordenaciones y demás cosas en contrario. Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador el dia 8 de Febrero de 1887, año IX de nuestro Pontificado.—*Mieczislaw Cardenal Ledochowski.*”

Por el primero de los dos documentos que hemos copiado, comprenderéis hermanos, é hijos nuestros, los motivos que nos impulsaron á promover la coronacion, este homenaje de amor y gratitud á nuestra benignísima y tierna madre la Virgen María de Guadalupe, cuyos beneficios, que incesantemente hemos recibido del cielo por su mediacion, no tienen número, así en lo público como en lo privado.

Permítasenos hacer mencion muy especial del último motivo que singularmente nos estimuló á promover tan grata solemnidad para este año. La inapreciable coincidencia del quincuagésimo aniversario de la primera misa de nuestro actual Pontífice. ¡Y cómo nosotros, intérpretes del amor de todos nuestros fieles al Vicario de N. S. Jesucristo, habíamos de dejar desapercibido ó olvidado un suceso tan raro como plausible para todo el orbe católico? Cuando se nota en las cinco partes del mundo un movimiento general y hasta cierta emulacion por celebrar dignamente tan grato jubileo, ¡sólo en México, esta nacion eminentemente católica, habia de permanecer tan indiferente á las glorias del grande, del sabio, del prudente Leon XIII, sin darle muestras de su adhesion como cabeza visible de la Iglesia, de su admiracion por el acierto con que salva todas las dificultades de la

época, y de su sorpresa por el exquisito tino con que va conciliando los ánimos y restituyendo la paz á todos los pueblos y en cierto modo la unión á todos los hombres? Nunca nuestros obsequios han podido ser ni más justos ni más sinceros, ni más desinteresados. El augusto título de Padre los reclama en la gran fiesta de la familia cristiana; los servicios que presta á la sociedad toda entera, exigen una recompensa y sus desvelos por la felicidad del género humano nos invitan á dar pruebas de nuestro agradecimiento por la asidua actividad y exquisita destreza con que nos procura tantos bienes, calmando de paso los temores que nos agitan por un oscuro porvenir, y aligerando el peso imponderable de la espantosa crisis en que todo pelagra.

Contribuir por nuestra parte y dentro de nuestra órbita á las miras pacíficas y humanitarias del Soberano Pontífice; corresponder prácticamente á sus hechos y enseñanzas, promoviendo cuanto pueda dar impulso á la prosperidad física, intelectual y moral de nuestra República ocupando los ánimos con asuntos serios y fecundos que hagan olvidar antiguas é inveteradas rencillas, discordias fraternales y miras de bandería; hé aquí, hermanos é hijos muy amados, nuestros deseos, nuestros votos y nuestras aspiraciones más vehementes.

¡Ojalá que el camino adoptado nos conduzca al término feliz; que unidos todos bajo el estandarte de María de Guadalupe, cobijados al abrigo de su sombra tutelar, y protegidos con su poderosa intercesión, nos domine una sola idea: vivir en paz con Dios, con nuestros semejantes y con nosotros mismos, observando estrictamente nuestros deberes religiosos y sociales!

Difícil, por no decir imposible, nos será llegar al fin que nos hemos propuesto, si nuestros venerables hermanos en el episcopado no exci-

tan con su voz autorizada á todos sus fieles para que contribuyan de la manera que les indiquen y en cuanto les sea dado, á cubrir las exigencias de los dos objetos que traemos entre manos: la coronación de la Imágen Guadalupeana y el Jubileo Sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre.

Estamos al tanto de todo lo que han ordenado algunos de nuestros sufragáneos, áun desde antes que llegara la noticia de la concesión pontificia; y aunque lo consideramos todo eficaz y oportuno, sin embargo, deseamos que, uniformándonos en el deseo de llenar empeñosamente el doble objeto ya dicho no cesemos de trabajar en los pocos meses que nos quedan para reunir los elementos, los recursos que requiere la doble empresa y sus indispensables preparativos. Al intento, y dando nosotros el ejemplo, ordenamos que en nuestras respectivas diócesis, los párrocos se dirijan á los feligreses en público, dentro de la iglesia, y en lo privado fuera de ella, exhortándolos á todos para que con sus limosnas y dádivas, se rennan en el templo en determinados días y en familia, á suscribirse con lo que buenamente puedan en desahogo de su devoción á nuestra insigne Patrona y del amor que todos nutren por el Romano Pontífice.

A su tiempo daremos algunas circulares, edictos ó providencias diocesanas para ir atendiendo á todas las emergencias del caso en que nos hallamos, según lo demanden las circunstancias, bajo el concepto de que nuestra idea ineludible se concreta á que todos, Obispos, sacerdotes y fieles, grandes ó pequeños, ricos ó pobres, tomen parte en un negocio que atañe á todos y á todos interesa.

Anticiparemos que para secundar el loable fin que nuestro Santísimo Padre consignó en su respetable Breve, que hemos trascrito al pié de la letra, es á saber: el bien espiritual de nuestras

ovejas por medio de los Sacramentos de penitencia y comunión, requisitos indispensables para ganar la indulgencia plenaria que nos concede en el día de la Coronación ó en cualquiera otro de los siete que sigan, pondremos en práctica todos los medios que nos ocurran para mover á nuestros Párrocos y Vicarios, á los misioneros y simples sacerdotes, á que preparen con su acostumbrado celo los ánimos de nuestros diocesanos con pláticas, sermones y ejercicios piadosos en los días que precedan á la Coronación.

Como la mayor parte de los habitantes de la República no podrán concurrir personalmente á la solemnidad de la Coronación, les advertimos desde ahora que sí podrán hacerlo en espíritu reuniéndose en la iglesia de su pueblo, el día y á la hora de la Coronación, practicando los ejercicios piadosos que se les fijen por sus respectivos diocesanos.

Es cuanto nos ocurre por ahora, hermanos é hijos muy amados, al publicar el Breve de la Coronación, y haceros saber que nuestro Santísimo Padre ha aceptado con gusto el pensamiento feliz, si así podemos llamarlo, del Episcopado Mexicano, de vincular la fiesta de la Coronación de María de Guadalupe con el quincuagésimo aniversario de la primera misa de Su Santidad.

Que el Señor, rico en misericordias, escuche nuestros votos, y que por la intercesión de su divina Madre y Madre nuestra, nos conceda lo que le pedimos; la paz y tranquilidad pública, la conservación de nuestra fé, simbolizada en la portentosa Imágen de Guadalupe; acierto en nuestros gobernantes para procurar el verdadero bienestar de nuestra sociedad, y la continuación de los abundantes bienes que nos ha dispensado por las manos de su Beatísima Madre, en el dilatado espacio de más de tres siglos y medio.

Que desciendan sobre todos vosotros, herma-

nos é hijos nuestros, las copiosas bendiciones del cielo, como lo pedimos incesantemente, llevados del amor que os tenemos y del deseo de vuestra felicidad.

Que sea una prenda de nuestros sentimientos la bendición que os damos de lo íntimo de nuestra alma, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Se leerá esta Pastoral *inter misarum solemniam*, en el día inmediato á su recepción.

Acordada en los primeros días de Marzo y publicada en México el 19 del mismo mes de 1887.

✦ *Pelagio A., Arzobispo de México.*

✦ *José Ignacio, Arzobispo de Michoacan.*

✦ *Pedro, Arzobispo de Guadalajara.*

Por carta posterior el Ilmo. Señor Arzobispo de México ha comunicado á los fieles, que el día 31 de Diciembre será la fiesta de la Coronación.

Para señalar esa fecha ha tenido presente que en ese día se celebra el jubileo sacerdotal de S. S. Leon XIII, que cumple cincuenta años de haber cantado su primera misa.

¡Qué singular coincidencia! más bien dicho ¡qué providencial designio! La fiesta de la Coronación de nuestra Reina, va á coincidir con la fiesta universal del orbe católico; por las bodas de oro del glorioso Pontífice, que, con una sabiduría en la que el mundo

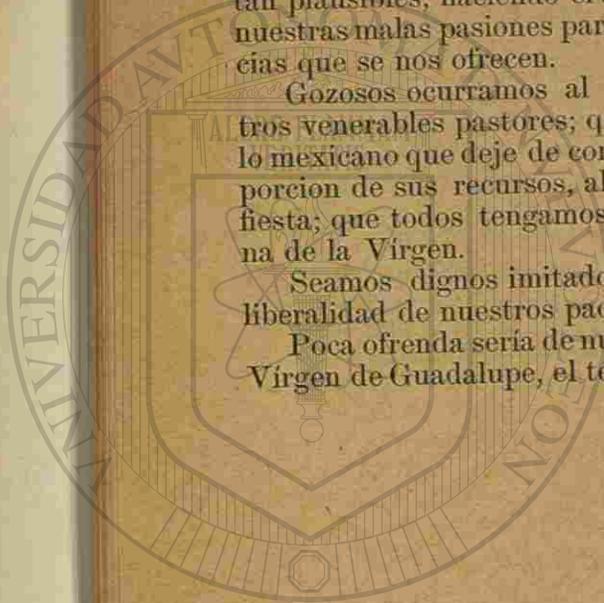
asombrado está viendo el resplandor de Dios,
rige hoy los destinos de la Iglesia.

Aprestémonos, pues, á celebrar sucesos
tan plausibles, haciendo el sacrificio de todas
nuestras malas pasiones para merecer las gra-
cias que se nos ofrecen.

Gozosos ocurramos al llamado de nues-
tros venerables pastores; que no haya un so-
lo mexicano que deje de contribuir, en la pro-
porcion de sus recursos, al esplendor de la
fiesta; que todos tengamos parte en la Coro-
na de la Virgen.

Seamos dignos imitadores de la piadosa
liberalidad de nuestros padres.

Poca ofrenda sería de nuestra parte para la
Virgen de Guadalupe, el templo de Salomon.

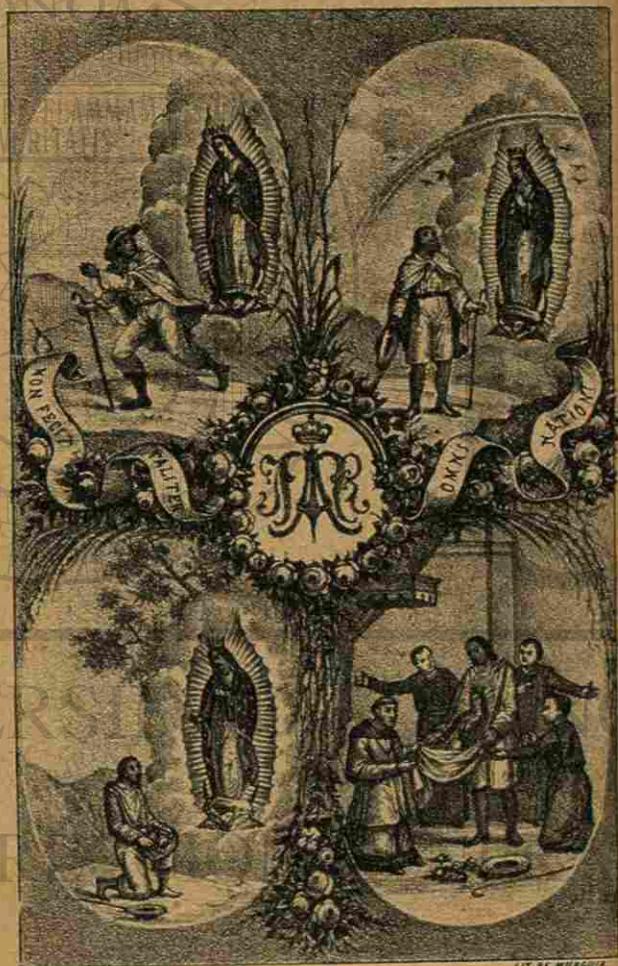


UNANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NON FECIT TALITER OMNI NATIONI.



Corriendo el año del nacimiento de Cristo Señor Nuestro de 1531, y del dominio de los españoles en esta ciudad de México, y su provincia de la Nueva España cumplidos diez años y casi cuatro meses; sábado muy de mañana, ántes de esclarecer la Aurora, á nueve días del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos á nuestra santa fé católica, el cual en el Santo bautismo se llamó *Juan*, y por sobrenombre *Diego*, natural, según fama, del pueblo de *Cuautitlan*, distante cuatro leguas de esta ciudad hácia la parte del Norte de la nación mexicana, y casado con una india que se llamó *María Lucía*, de la misma calidad que su marido, venia del pueblo en que residia (dícese haber sido el de *Tolpetlac*, en que era vecino) al templo de Santiago el mayor, Patrón de España, que es en barrio de *Tlatelolco*, doctrina de los religiosos del Señor San Francisco, á oír la misa de la Virgen María. Llegando, pues, al romper del alba, al pié de un cerro pequeño que se decia *Tepeyacac*, que significa *extremidad ó remate agudo de los cerros*, porque sobresalen á los demás montes que rodean el valle y laguna, en que yace la ciudad de México, y es el que más se le acerca; y el día de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá despues de esto: oyó el indio en la

cumbre del cerrillo, y en una ceja de peñascos que se levanta sobre lo llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que segun dijo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose á coro los unos á los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetía el cerro alto, que se sublima sobre el montecillo; y alzando la vista al lugar, donde á su estimacion se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso arco Iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva, que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto y como fuera de sí en un suave arrobamiento, sin temor ni turbacion alguna, sintiendo dentro de su corazon un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte, que dijo entre sí: *¿Qué será esto que oigo y veo? ó adónde he sido llevado? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de delcites, que llamaban nuestros mayores origen de nuestra carne, jardin de flores, ó tierra celestial, oculta á los ojos de los hombres?* Estando en esta suspension y embesamiento, y habiendo cesado el canto, oyó que lo llamaban por su nombre *Juan*, con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salía de los esplendores de aquella nube, y que le decian, que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado, habiéndose aproximado.

PRIMERA APARICION.

Vió en medio de aquella claridad una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy se ve en su bendita imágen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, ántes que se hu-

biera copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo ropaje, dijo, *que brillaba tanto, que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes, y las hojas de los espinos y nopales, que allí nacen pequeños y desmedrados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espinas de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes:* y hablándole aquella Señora con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano, le dijo:

—*Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente, como á pequeñito y delicado (que todo esto suena la locucion del lenguaje mexicano) adónde vas?*

Respondió el indio.

—*Voy noble dueño y Señora mia, á México, y al barrio de Tlatelolco á oír la misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.*

Habiéndole oido María Santísima, le dijo así:

—*Sábeta, hijo mio, muy querido, que soy yo la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo, y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio: y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de México, y al palacio del Obispo, que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y como es gusto mio que me edifique un templo en este lugar; le referirás cuanto has visto y oído: y tén por cierto tú, que te agra-*

deceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afumaré y sublimaré por ello; ya has oído, hijo mio, mi desco; vete en paz, y advierte que te pagare el trabajo y diligencia que pusieres: y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.

Postrándose el indio en tierra le respondió:

— Ya voy, nobilísima Señora y dueño mio, á poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.

Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cogió la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al Occidente. En ejecución de lo prometido fué vía recta Juan Diego á la ciudad de México, que dista una legua de este paraje y montecillo, y entró en el palacio del Señor Obispo: era este el Ilustrísimo Señor Don Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Señor Obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle: no le avisaron luego, ora porque era de mañana, ó porque le vieron pobre y humilde: obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia de su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada, diciéndole: *que te enriaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella madrugada; y refirió todo cuanto habia visto y oído, segun que dejamos dicho. Oyó con admiracion lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso: no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó, ni le dió entera fé y crédito, juzgando que fuese imaginacion del indio, ó sueño; ó temiendo que fuese ilusion del demonio, por ser los naturales recién convertidos á nuestra sagrada religion: y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que habia referido, y le halló constante; con todo le despidió, diciendo, que volviese de*

allí á algunos dias porque queria inquirir el negocio á que habia ido muy de raíz, y le oiria más despacio, por informarse de la calidad del mensajero y dar tiempo á la deliberacion. Salió el indio del palacio del Sr. Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le habia dado entera fé y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero.

SEGUNDA APARICION.

Volvió Juan Diego este propio dia sobre tarde, puesto el sol, al pueblo en que vivia, y á lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de *Tolpetlac* que cae á la vuelta del cerro más alto, y dista de él una legua, á la parte del Nordeste. *Tolpetlac* significa *lugar de esteras de espadaña*, porque seria en aquel tiempo única ocupacion de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del cerrillo, en que por la mañana habia visto y hablado á la virgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vió, postrándose en su acatamiento, le dijo:

— Niña mia, muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el Obispo, hasta despues de mucho tiempo, habiéndole visto, le di tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atencion; mas á lo que yo ví en él, y segun las preguntas que me hizo, colegí que no me habia dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí más despacio el negocio á que iba, y escudriñarlo muy de raíz. Presumió, que el templo que pides se te labre, es ficcion mia, ó antojo mio, y no voluntad tuya: y así te ruego, que

envíes para esto alguna persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mio, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envías: perdona, Reina mia, mi atrevimiento, si en algo he excedido á el decoro que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caído en tu indignacion, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.

Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oído, le dijo así:

—Oye, hijo mio muy amado, sábele que no me faltan sirvientes, ni criados á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera, y que harían lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intervencion tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo, y así te ruego, hijo mio, y te ordeno, que vuelvas mañana á ver y hablar al obispo, y le digas que me libre el templo que le pido, y que quien te envía, es la Virgen María, Madre del Dios verdadero.

Respondió Juan Diego:

—No recibas disgusto, Reina y Señora mia, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad, y con todo mi corazon á obedecer tu mandato, y llevar tu mensaje, que no me escuso, ni tengo el camino por trabajo; mas quizá no seré acepto ni bien oído, ó ya que me oiga el Obispo, no me dará crédito; con todo, haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar, al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere; y así queda en paz, alta niña mia, y Dios te guarde.

Despidióse el indio con profunda humildad y se fué á su pueblo y casa. No se sabe si dió noticia á su mujer ó á otra persona de lo que le había sucedido, ó si confuso y avergonzado de que no se le hubiera dado crédito, no se atrevió á decirlo hasta ver el fin de este negocio.

En el dia siguiente, domingo diez de Diciembre, vino Juan al templo de Santiago *Tlatelolco* á oír misa, y asistir á la doctrina cristiana, y acabada la cuenta que acostumbraban los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia, por sus barrios (que entonces era una sola, y muy dilatada la de Santiago *Tlatelolco*, que se dividió despues en otras cuando hubo copia de sacerdotes) volvió el indio al palacio del Señor Obispo, en obediencia del mandato de la Virgen María; y aunque le dilataron mucho tiempo los familiares del Señor Obispo el avisarle para que le oyese; habiendo entrado, humillado en su presencia, le dijo con lágrimas y gemidos, “cómo por segunda vez había visto á la Madre de Dios en el propio lugar que la vió la vez primera; que le aguardaba con la respuesta del recado que le había dado antes; y que de nuevo le había mandado volver á su presencia á decirle, que le edificase un templo en aquel sitio que la había visto y hablado; y que le certificase cómo era la Madre de Jesu-
“cristo la que lo enviaba, y la siempre Virgen
“María.”

Oyóle con mayor atencíon el Señor Obispo, y empezó á moverse á darle crédito; y para certificarse más del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas cerea de lo que afirmaba, amonestándole que viese muy bien lo que decía, y acerca de las señas que tenia la Señora que lo enviaba; y aunque por ellas reconoció que no podia ser sueño ni ficción del indio; para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relacion sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: “que no era bastante lo que le había dicho, para poner luego por obra lo que pretendia; y que así le dijese á la Señora que lo enviaba, le diese algunas señas de donde coligiese que era

“la Madre de Dios la que lo enviaba, y que era “voluntad suya que se labrase templo.” Respondió el indio, “que viese cuál señal quería, para “que la pidiese.” Habiendo hecho reparo el Señor Obispo, que no había puesto escusa en pedir la señal el indio, ni dudado en ello, antes sin turbacion alguna había dicho, que escogiese la señal que le pareciese, llamó á dos personas, las de más confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana, que no entendía el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que lo despidiese, para ir en su seguimiento; y que sin perderlo de vista y sin que él sospechase que lo segrian, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que había señalado, y en que afirmaba haber visto á la Virgen María; y que advirtiesen con quién hablaba, y le trajesen razon de todo cuanto viesen y entendiesen: hizo así conforme la orden del Señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de Su Señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándole siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á una puente por donde se pasaba el río, que por aquella parte, y casi al pié del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que lo seguían: y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron: y teniéndole por embaidor y mentiroso ó hechicero, se volvieron despechados con él: y habiendo informado de todo al Señor Obispo, le pidieron que no le diese crédito, y que le castigase por el embeleco, si volviese.

TERCERA APARICION.

Luego que Juan (que iba por delante á una vista de los criados del Señor Obispo) llegó á la

cumbre del cerrillo, halló en él á María Santísima, que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia le dijo: “cómo en cumplimiento de “su mandato, había vuelto al Palacio del Obispo “y le había dado su mensaje; y que despues de “varias preguntas y repreguntas que le había hecho, le dijo no era bastante su simple relacion, “para tomar resolucion en un negocio tan grave “y que te pidiese, Señora, una señal cierta, por “la cual conociese que me enviabas tú, y que era “voluntad tuya que se te edificase templo en “te sitio.”

Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandó que volviese el dia siguiente al mismo paraje, y que allí le daria señal cierta con que el Obispo le diese crédito: y despidióse el indio cortésmente, prometida la obediencia.

Pasó el dia siguiente, lunes once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecución lo que se le había ordenado, porque cuando llegó á su pueblo, halló enfermo á un tío suyo, llamado Juan Bernardino, á quien amaba entrañablemente, y tenia en lugar de padre, de un accidente grave, y con una fiebre maligna, que los naturales llaman *Cocoliztli*; y compadecido de él, ocupó la mayor parte del dia en ir en busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algun remedio: y habiéndole conducido adonde estaba el enfermo, y héchosele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó á su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago *Tlatelolco* á llamar á uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema Uncion, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan

Diego la madrugada del día martes doce de Diciembre, caminando á toda diligencia á llamar uno de los sacerdotes, y volver en su compañía por su guía: y así como empezó á esclarecer el día, habiendo llegado al sitio por donde habia de subir á la cumbre del montecillo, por la parte del Oriente, le vino á la memoria el no haber vuelto el día antecedente á obedecer el mandato de la Virgen María, como habia prometido; y le pareció, que si llegase al lugar en que la habia visto, habia de reprenderlo, por no haber vuelto, como le habia ordenado, y juzgando con su candidez, que cogiendo otra vereda, que seguia por lo bajo y falda del montecillo, no le veria ni defendria; y porque requería prisa el negocio á que iba, y que desembarazado de este cuidado, podria volver á pedir la señal que habia de llevarle al Señor Obispo; hízolo así; y habiendo pasado el paraje, donde mana una fuenteilla de agua aluminosa, ya que iba á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

CUARTA APARICION.

Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro, para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole:

—¿Adónde vas, hijo mio, y qué camino es el que has seguido?

Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbación, postrado de rodillas:

—Niña mia muy amada, y Señora mia, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueño mio, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo, y mi tío, de un accidente grave y mortal; y porque se vé muy fatigado, voy de prisa al templo de Tla-

tolleo en la Ciudad, á llamar un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle; que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y despues de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me escuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.

Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:

—Oye, hijo mio, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo, y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque; y ten por cierto que ya está sano.

Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

—Pues envíame, Señora mia, á ver á el Obispo, y dame la señal que me dijiste para que me dé crédito.

Díjole María Santísima:

—Sube, hijo mio muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu capa, y tráelas á mi presencia, y te diré lo que has de hacer y decir.

Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabia de cierto que no habia flores en aquel lugar, por ser todo peñascos, y que no producía cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manía ó última, como acostumbra los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas á la presencia de la Virgen María, que

le aguardó al pié de un árbol, que llaman *Cuanzahualt* los indios, que es lo mismo que *árbol de telas de araña* ó *árbol ayuno*, el cual no produce fruto alguno, y es árbol silvestre, y solo da unas flores blancas á su tiempo; y aquí fué sin duda el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imagen (1); porque humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que habia cortado; y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo:

— *Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por señas de estas rosas, haga lo que le ordeno; y ten cuidado, hijo, con esto que te digo; y adviérte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora: y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi Templo.*

Y dicho esto, le despidió la Virgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendria buen suceso, y surtiria efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna las venia mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.

APARICION DE LA IMAGEN.

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio Episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Señor Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna

(1) En este lugar está hoy la capilla del Pocito.

cosa: quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su curiosidad, con todo le hicieron descubrir con alguna escases lo que llevaba: viendo que eran rosas, intentaron cojer algunas viéndolas tan hermosas; y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron los criados noticia de todo al Señor Obispo; y habiendo entrado el indio á su presencia y dádole su mensaje añadió, que llevaba las señas, que le habia mandado pedir á la Señora que lo enviaba: y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió en ella pintada la imagen de María Santísima, como se vé en el dia de hoy.

Admirado el Señor Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas, y con rocío, como recién cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima, y (lo que es más) de la santa imagen que pareció pintada en la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenia atada al cuello, y la llevó á su oratorio; y colocada con decencia la imagen, dió las gracias á nuestro Señor y á su gloriosa Madre.

Defuvo aquel dia el Señor Obispo á Juan Diego en su palacio haciéndole agasajo; y el dia siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santísima María que se le edificase Templo. Llegados al parage, señaló el sitio y sitios en que habia visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios; y pidió licencia para ir á ver á su tio Juan Bernardino, á quien habia dejado enfermo: y habiéndola obtenido, envió el Señor Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles, que si hallasen sano á el enfermo lo llevasen á su presencia.

QUINTA APARICION.

Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacian, cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aquella novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al Señor Obispo, y cómo la Virgen Santísima le habia asegurado de su mejoría: y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le habia dicho que estaba libre del accidente que padecia, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto habia visto á la misma Señora, en la forma que le habia dicho; y que le habia dado entera salud; y que le dijo "como era gusto suyo que se le edificase un Templo en el lugar que su sobrino "la habia visto; y asimismo que su imagen se "llamase Santa MARÍA DE GUADALUPE:" no dijo la causa; y habiéndolo entendido los criados del Señor Obispo, llevaron á los dos indios á su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que habia cobrado salud, y qué forma tenia la Señora que se la habia dado; averiguada la verdad, llevó el Señor Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.

Ya se habia difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudian los vecinos de la ciudad á el palacio Episcopal á venerar la imagen. Viendo pues el concurso grande del pueblo, llevó el Señor Obispo la imagen Santa á la iglesia mayor, y la puso en el altar, donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que habia señalado el indio, en que se colocó despues con procesion y fiesta muy solemne.

LA COLEGIATA DE GUADALUPE

El nombre de GUADALUPE despierta mil sentimientos religiosos y patrióticos en el pecho de todo mexicano. La firme persuasion de que invocándole ha alcanzado México la proteccion del cielo desde los primeros años de la dominacion española; el recuerdo de que bajo sus auspicios se proclamó la libertad de la patria en Dolores el memorable año de 810, y de que durante la larga y porfiada guerra de independencia fué siempre como el santo y la seña del ejército patriota, bastarian para justificar esos sentimientos, aun cuando no estuviere tan arraigada la creencia de la milagrosa aparicion de la Virgen.

El Tepeyac, tan ingrato y desapacible á la vista, ha tenido cierta celebridad en los fastos de México desde los tiempos del gentilismo: allí adoraban los mexicanos á una divinidad madre de otros dioses (la Tonantzin,) cuya fiesta celebraban concurriendo á ella desde luengas distancias. En el mismo sitio al que los españoles llamaron "Tepeaquilla," campó el capitán Gonzalo de Sandoval, cuando Cortés, en 1521, puso cerco á México.

Poco tiempo habia corrido de la conquista, cuando empezó á ser lugar de nombre bajo el aspecto religioso. Aunque hasta ahora no ha podido averiguarse con certeza el año de la ereccion de la primera ermita que hubo á sus inme-

QUINTA APARICION.

Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacian, cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aquella novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al Señor Obispo, y cómo la Virgen Santísima le habia asegurado de su mejoría: y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le habia dicho que estaba libre del accidente que padecia, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto habia visto á la misma Señora, en la forma que le habia dicho; y que le habia dado entera salud; y que le dijo "como era gusto suyo que se le edificase un Templo en el lugar que su sobrino la habia visto; y asimismo que su imagen se llamase Santa MARÍA DE GUADALUPE:" no dijo la causa; y habiéndolo entendido los criados del Señor Obispo, llevaron á los dos indios á su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que habia cobrado salud, y qué forma tenia la Señora que se la habia dado; averiguada la verdad, llevó el Señor Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.

Ya se habia difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudian los vecinos de la ciudad á el palacio Episcopal á venerar la imagen. Viendo pues el concurso grande del pueblo, llevó el Señor Obispo la imagen Santa á la iglesia mayor, y la puso en el altar, donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que habia señalado el indio, en que se colocó despues con procesion y fiesta muy solemne.

LA COLEGIATA DE GUADALUPE

El nombre de GUADALUPE despierta mil sentimientos religiosos y patrióticos en el pecho de todo mexicano. La firme persuasion de que invocándole ha alcanzado México la proteccion del cielo desde los primeros años de la dominacion española; el recuerdo de que bajo sus auspicios se proclamó la libertad de la patria en Dolores el memorable año de 810, y de que durante la larga y porfiada guerra de independencia fué siempre como el santo y la seña del ejército patriota, bastarian para justificar esos sentimientos, aun cuando no estuviese tan arraigada la creencia de la milagrosa aparicion de la Virgen.

El Tepeyac, tan ingrato y desapacible á la vista, ha tenido cierta celebridad en los fastos de México desde los tiempos del gentilismo: allí adoraban los mexicanos á una divinidad madre de otros dioses (la Tonantzin,) cuya fiesta celebraban concurriendo á ella desde luengas distancias. En el mismo sitio al que los españoles llamaron "Tepeaquilla," campó el capitán Gonzalo de Sandoval, cuando Cortés, en 1521, puso cerco á México.

Poco tiempo habia corrido de la conquista, cuando empezó á ser lugar de nombre bajo el aspecto religioso. Aunque hasta ahora no ha podido averiguarse con certeza el año de la ereccion de la primera ermita que hubo á sus inme-

diaciones, y en que se colocó la imagen de Nuestra Señora, despues de haber estado en esta ciudad, segun creen algunos, sobre una puerta de la parroquia que luego fué Catedral; consta, sin embargo, que muy de antiguo corria fama de que en aquel pequeño oratorio se obraban prodigios. Ya bien mediado el siglo XVI, se proyectó ampliar la dicha ermita, dándole las formas de una iglesia menos reducida, con cuya mejora existia antes del año de 1575, y existe todavía sirviendo de sacristía á la parroquia actual. Por este año habia allí una cofradía que contaba con cuatrocientos cofrades, y el tereer Arzobispo de México, Don Pedro Moya de Contreras, tenia puestos dos clérigos que sirviesen de capellanes. El mismo Arzobispo dispuso, que de las limosnas del Santuario se sacasen anualmente seis dotes de á trescientos pesos cada uno, para casar huérfanas.

En esta iglesia estuvo la imagen todo lo restante de aquel siglo. A principios del siguiente se acordó levantar un nuevo y mejor templo, eligiéndose al efecto el paraje en que hoy se halla la Colegiata. Concluyóse, bendíjole en Noviembre de 1622 el Arzobispo Don Juan Perez de la Serna, y trasladóse á él la imagen: la fábrica material habia costado más de cincuenta mil pesos.

En Setiembre de 1629 sufrió México la terrible inundación de que tanto hablan los escritores de aquella época, y que obligó al gobierno español á pensar en la traslacion de la capital á otro punto. Entre los arbitrios de todas clases que ocurrieron al bondadoso Arzobispo Don Francisco Manzo para apartar aquella calamidad, fué uno el traer á México la efigie de Guadalupe, como lo verificó en el mismo mes. Colocóla en la iglesia que servia entonces de Catedral, y parece haber sido la que hoy es sacristía

mayor: allí estuvo hasta Mayo de 1634, en que retiradas las agnas se la volvió con pompa á su Santuario.

Cuanto creció en esta época la fama y devoción de la imagen, no es fácil explicarlo. Multiplicáronse sus copias segun las formas y tamaños del original que pudieron estudiar holgadamente los pintores de México, hízose más general y fervoroso el culto; y la piedad mexicana soltó la rienda á su generosidad y largueza en oblacones y limosnas. Entre las dádivas que se hicieron al Santuario, dos especialmente llamaron la atencion de los contemporáneos, á saber, un trono de plata que pesaba más de trescientos cincuenta marcos, trabajado con esmero, y costeadó en la mayor parte por el virrey conde de Salvatierra; y la vidriera que por primera vez se puso á la imagen en 1647, la cubria casi toda, y pasó entonces por un esfuerzo y maravilla del arte.

Hácia el año 1663 se solicitó de la Silla apostólica la concesion de rezo propio y fiesta de precepto para el dia 12 de Diciembre. Con el fin de espeditar esta solicitud, el cabildo metropolitano en sede vacante acordó recibir informacion jurídica del hecho de la aparicion. Recibióla en efecto en 1666, examinando los jueces delegados veintium testigos, los cuales depusieron haber oido desde su niñez la historia del prodigio tal como se refiere. La informacion se envió original á Roma, quedando en México testimonio de ella.

A fines del mismo siglo se proyectó levantar un nuevo templo, la actual Colegiata, más suntuoso y magnífico que la segunda iglesia, que era donde á la sazón estaba la imagen. Mas como se quisiese colocarle en el sitio mismo que esa iglesia ocupaba, se acordó demolerla, construyendo ántes otra provisional, donde poner á la

Virgen ínterin la obra se hacia. Construyóse en efecto, contigua á la primera iglesia; costó más de treinta mil pesos, y quedó acabada para el año de 1695, en el cual se pasó á él la imágen. Esta iglesia provisional, que fué la tercera que se la fabricó subsiste aún, y es la actual parroquia, conocida tambien con el nombre de "iglesia vieja." No tiene bóveda, sino techumbre de vigas, y le sirve de sacristía, como queda dicho, la que fué primera iglesia.

Desembarazado el terreno, se comenzó el nuevo templo en el citado año de 1695, y quedó concluido para el de 1709, en que se estrenó, habiendo activado grandemente la obra el arzobispo-virrey Don Juan de Ortega y Montañez. Dista de México al Norte, una legua española, medida desde sus puertas hasta palacio. La fábrica interior, de orden dórico, es de tres naves divididas por ocho columnas, sobre las cuales y los muros asientan quince bóvedas. De estas, la del centro que se eleva sobre todas, forma la cúpula ó dombo del edificio: la nave ó galería central es más elevada que las laterales. El templo está situado de Norte á Sur, y tiene tres puertas, dos á los costados, y una al frente que mira á México. La nave central es de quince varas de latitud, sin incluir el macizo de los pilares exentos; las laterales ó procesionales de once, la longitud total del templo, de sesenta y siete; su latitud de cuarenta y cinco. En los cuatro ángulos exteriores se elevan cuatro torres, cada una de tres cuerpos, y de altura de cuarenta varas; en medio de ellas descuella el dombo, que sube á cuarenta y seis. Del costo de la obra se escribe con variedad: quién dice que fué de cuatrocientos veintidos mil pesos; quién que pasó de cuatrocientos setenta y cinco; quién le hace montar á ochocientos mil: lo que consta es, que fué todo recogido de limosna: dí-

cese que solia pedir la el mismo arzobispo-virrey, y ya se entiende que con un cuestor tan caracterizado, la colecta no podia dejar de ser abundante. Dos caballeros de México, el Lic. Don Ventura de Medina y el capitán Don Pedro Ruiz de Castañeda, que fueron los que proyectaron la obra y entendieron en su ejecución, ofrecieron para ella, el primero treinta y el segundo cincuenta mil pesos.

En el fondo del templo se colocaron tres altares, que luego se han quitado para construir el que se estrenó en Diciembre de 1837, y de que hablaremos en breve. El de en medio se destinó á la santa imágen, colocándola en un suntuoso tabernáculo de plata sobredorada que se sacó en parte del que años antes habia donado el conde de Salvatierra: entraron en él tres mil doscientos cincuenta y siete marcos tres onzas de plata, y tuvo el costo total de setenta y ocho mil y pico de pesos; fué obra de Fray Antonio de Jura, monje benito de Monserrate. Ocupaba el centro del tabernáculo un marco de oro en que se puso á la imágen, y que pesa cuatro mil cincuenta castellanos. El lienzo está resguardado y cubierto por el envés con una gran lámina de plata, de valor de dos mil pesos. La demás riqueza del templo fué correspondiente á su grandeza. A fines del siglo pasado se estimaban los blandones, ramilletes, crujía y otras piezas, en trece mil setecientos siete marcos de plata. Habia además copia de custodias, cálices y otros vasos sagrados ornados de rica pedrería, candelas, ciriales, lámparas, etc. Dos de los candelas pendientes en el presbiterio, eran de oro con peso de dos mil doscientos trece castellanos, y una de las lámparas pesaba setecientos cincuenta marcos de plata; esta se estrenó en Diciembre de 1792.

Despues de esta época ha tenido el Santuario

una variación notable en el interior. Habiéndose resentido sus bóvedas y muros con la fábrica vecina del convento de Capuchinas, de que luego hablaremos, la necesidad de repararle inspiró el pensamiento de darle mayor amplitud. No pudo realizarse esta idea por varias dificultades que se presentaron. En vista de ellas, el cabildo de la colegiata resolvió en Febrero de 1802 limitarse á la reforma del ornato interior del templo y á la construcción de un nuevo altar para la imagen. Trazó el diseño de éste el arquitecto Don José Agustín Paz, y fué aprobado por la Academia de las tres nobles artes: la ejecución se encomendó por el cabildo al escultor Don Manuel Tolsa.

Con los fondos que se pusieron á su disposición, comenzó este célebre artista á acopiar el mármol necesario, haciendo venir del territorio de Puebla el de color negro, y de las canteras del pueblo llamado San José Vizarrón, cerca de Cadereyta, el blanco, el pardo y el rosado. También se principiaron á fundir y trabajar los adornos de bronce y de calamina que debían emplearse en la obra. Caminaba esta, aunque con lentitud por sus crecidos costos, cuando las revueltas del año de 810 y siguientes vinieron á suspenderla hasta 1826 en que nuevamente se puso mano á ella.

Comisionó entonces el cabildo para que entendiesen en su prosecución, á los señores capitulares Don Antonio Campos (abad que fué de la colegiata y obispo de Resina "in partibus") y Don Estanislao Segura. Merced á los esfuerzos de ambos, todo anduvo desde entonces con presteza. Visto lo cual por el cabildo, quiso imponerse una especie de necesidad ó compromiso, determinando en principios del año de 836, que la obra había de estrenarse para Diciembre del mismo año, no obstante lo mucho que faltaba

en ella. Fió su conclusión á la diligencia del canónigo Don Pedro Corona, quien advirtió á poco la conducencia de trasladar provisionalmente la imagen á otra parte, para poder trabajar más libremente en la iglesia. Verificóse en efecto la traslación al convento de las Capuchinas, el 19 de Abril, á presencia de las autoridades del lugar, y dando fé un escribano de la identidad de la efigie. El Sr. Corona desempeñó honrosamente su comisión, dejando espedita y compuesta la colegiata para el día 10 de Diciembre, en que se volvió á ella la imagen en solemnísimá procesión, á que concurrieron las autoridades de la capital y un pueblo innumerable.

Lo gastado hasta principios de 836 parece que aborda á trescientos mil pesos; y desde Abril á Diciembre en que estuvo la obra á cargo del Sr. Corona, á ochenta y un mil.

La planta del nuevo altar es la mitad de un exágono cóncavo. En la línea de en medio se levantan dos pilastras de mármol blanco, las cuales sostienen un arco de una cuarta de arroyo: en las dos líneas laterales se elevan dos columnas de mármol rosado, de catorce y media varas de altura, y de orden compuesto, que es el que guarda toda la obra. En los intercolumnios hay dos pedestales, y sobre ellos descansan las imágenes de San Joaquín y Señora Santa Ana. En los mismos intercolumnios se abrieron dos nichos para poner las de San José y San Juan Bautista. Sobre el cornisamento hay otros tres pedestales, en que están las de San Miguel, San Rafael y San Gabriel. Encima de la de San Miguel, entre un grupo de serafines y nubes que despiden grandes ráfagas, se colocó de relieve al Padre Eterno y al Verbo. Como la altura del altar, que es de veintidos varas sobre once y media de ancho, no iguala á la del muro en que se apoya, se cubrió la parte superior de este con una cor-

tina carmesí pintada al temple, que están descoriendo varios ángeles y genios. El centro del altar lo ocupa un tabernáculo de mármol rosado, de forma semicircular, siete varas de diámetro, dos y tres cuartas de altura, en que se halla la santa imagen: arriba hay un óvalo cercado de nubes con serafines y ráfagas de luz, en que está puesto el Espíritu Santo. Todos los adornos del altar son de calamina y bronce dorado y los mármoles empleados en él de singular belleza.

Se ha adornado también en la forma conveniente todo el presbiterio: los ambones que hay allí, y el púlpito de la iglesia, son de los mismos mármoles que el altar. El resto del templo está compuesto por el mismo orden y gusto. Todo él se halla pintado de estuco y oro en sus muros, bóvedas y columnas.

La población que de antiguo se fué avicinando á su rededor, había hecho necesaria la erección de un curato, que se verificó en 1706, y cuya renta en 1710 era como de tres mil pesos; mas á poco se suprimió. Había además en el templo cuatro capellanes y un sacristan mayor nombrados por el ordinario. El pueblo pasó á ser villa, con gobierno independiente, á consecuencia de reales cédulas de 1733 y 1748: su vecindario en esta segunda época era como de cincuenta familias de españoles ó mestizos, y ciento diez de indios. En 1751 se introdujo al lugar agua potable de buena calidad, traída de distancia de tres leguas por una cañería que costó sobre ciento veintinueve mil pesos, recogidos casi todos de limosnas. Después de la independencia, se ha decorado á la villa con el título de ciudad, bajo el nombre de "Guadalupe de Hidalgo," por decreto de 12 de Febrero de 1828.

Vengamos por fin á la erección de la Colegiata. Parece que desde mediados del siglo XVI se había pensado en la fundación de un monas-

terio en Guadalupe; mas el virrey D. Martín Enriquez informó á la corte en carta de 25 de Setiembre de 1575, que ni el lugar era á propósito, ni había ya necesidad de más monasterios: respecto de este segundo punto, el ayuntamiento de México pensaba del mismo modo un siglo después, puesto que en 1644 hizo representación á Felipe IV suplicándole prohibiese la fundación de nuevos conventos, así como la adquisición de bienes á los regulares. Sin embargo, D. Andrés Palencia, vecino acaudalado de México, que falleció en 1707, mandó en su testamento cien mil pesos y lo más que fuese necesario para establecer un convento de mónicas en Guadalupe, y en su defecto una Colegiata. Negó el gobierno la licencia para el convento por razón de los muchos que había en México, y la otorgó para la Colegiata considerando de cuánto lustre sería en aquella iglesia la existencia de un cabildo. El negocio sufrió mil vicisitudes, y tardó no poco tiempo en arreglarse. El albacea de Palencia, que lo fué D. Pedro Ruiz de Castañeda, y luego los herederos de éste, ofrecieron exhibir ciento sesenta mil pesos para la Colegiata; en 1726 se les mandó que los pusiesen en cajas reales, como lo verificaron. Seguían pleito contra ellos los otros albaceas de Palencia y el fiscal del rey, sosteniendo que debían entregar no solo aquella suma, sino lo más que fuese necesario para la fundación, pues así lo había querido el testador, cuyo caudal alcanzaba para todo. Por último, los Castañedás se compusieron con el arzobispo D. Juan Antonio Vizarrón, allanándose á aprontar ciento veinticinco mil pesos más, con tal que no se les tomasen cuentas del tiempo que habían manejado la testamentaria. El rey dispuso en 1735 que esta segunda suma entrase también en cajas, y que ambas ganaran el rédito de cinco por ciento anual.

Como el negocio tuvo todavía largas demoras, ese fondo con los réditos que se fueron acreciendo, montaba en 1747 á la cantidad de quinientos veintisiete mil ochocientos treinta y dos pesos. Su rédito en cada año importaba veintiseis mil frescientos noventa y un pesos, y agregados á ellos los tres mil del curato, vino á formarse una renta anual de cerca de treinta mil pesos. Con ella se dotaron las piezas siguientes: una abadía con dos mil doscientos cincuenta pesos; diez canongías con mil quinientos cada una, de las cuales la doctoral, magistral y penitenciaría son de oposicion; seis raciones con novecientos cada una; seis capellanías del Santuario con doscientos cincuenta, á mas de la antigua renta que gozaban: una plaza de saeristan mayor con cuatrocientos, y otra de saeristan menor con trescientos: músicos, mayordomo, acólitos, mozos, fábrica, &c. El rey quedó reconociendo la expresada suma de quinientos veintisiete mil pesos y mandó que los réditos se pagasen de los novenos de las catedrales de México y Puebla, en esta proporcion: doce mil pesos de los de la primera, y el resto de los de la segunda.

Provistas por el soberano á propuesta de la cámara las expresadas piezas, el Sr. Rubio y Salinas, nombrado sucesor del Sr. Vizarron en el arzobispado, hizo la solemne ereccion de la Colegiata en Madrid á 6 de Marzo de 49, en cumplimiento de la bula pontificia de 15 de Julio de 46, y de las diversas reales cédulas expedidas en el particular, especialmente la última de Diciembre de 48. Todavía despues de esto se presentó un tropiezo que embarazó por algun tiempo la final conclusion del negocio. El abad y canónigos provistos solicitaron y obtuvieron de ambas potestades que la Colegiata fuese exenta de la jurisdiccion ordinaria, y que ésta se cometiese allí al cabildo, como la tienen en España varias

iglesias del mismo orden, particularmente la de Córdoba, á cuya planta quiso acomodarse esta de Guadalupe. Resistió el arzobispo la ejecucion de semejante gracia y habiéndose empeñado un ruidoso pleito sobre la materia, obtuvo la mitra decision favorable, anulándose por el rey la concesion. En esta virtud procedió el arzobispo á dar posesion á los provistos, como superior suyo, en 25 de Octubre de 1751. Para el servicio del nuevo cabildo se hicieron en el Santuario y sus edificios anexos las obras convenientes, y entre ellas el coro cerrado que está bajo la cuarta bóveda de la nave central, y que como todos los de su clase, destruye absolutamente la regularidad y buena forma del templo. Ojalá que la composura que en él se hizo se hubiera extendido á quitar de en medio este estorbo, como se ha hecho ya en las catedrales modernas: (1) en cualquier parte estaria mejor que donde está.

Mientras se activaba con calor el negocio de la ereccion de la Colegiata, fué asolado el reino por la espantosa epidemia del matlazahuatl que tuvo origen por fines de Agosto de 1736 en un obraje del pueblo de Tacuba. A poco contaminó á la capital, en la cual perecieron más de cuarenta mil personas; dícese que en Puebla la mortandad subió de cincuenta y cuatro mil. En medio de tamaña calamidad se determinó apelar al patrocinio de Nuestra Señora de Guadalupe, eligiéndola ambos cabildos, eclesiástico y secular, como representantes del clero y pueblo, por patrona de la ciudad de México. Juróse tal en 1737: diez años despues se extendió el patronazgo á todo el reino. En 1754 concedió la Silla apostólica rezo propio de la advocacion, el cual

(1) Esta obra, que devuelve al templo su primitiva capacidad y belleza, es la que se está ejecutando actualmente por disposicion del Ilmo. Sr. Arzobispo.

por bula de 2 de Julio de 57 se extendió á todos los dominios del rey de España.

Ademas de la Colegiata y parroquia hay en Guadalupe otros tres templos, que son el de Capuchinas y los que llaman del Cerro y el Pocito. Hemos visto que en dos épocas diversas se proyectó fundar un monasterio en aquella poblacion y que en ambas se frustró; á saber, despues de mediados del siglo XVI y á principios del XVIII. Esté mal éxito no arredró á una persona que parecia desvalida, para tentar tercera vez la empresa. Sor María Ana de S. Juan Nepomuceno, capuchina de México, sobrina del historiador Veitia, acometió y logró llevar á cabo lo que habia sido inasequible para otros. Cuéntase que la primera vez que presentó su proyecto al arzobispo, le aseguró que no contaba aquel dia con más cantidad que dos reales para poner mano á la obra. Ella misma se dirigió al soberano impetrando la licencia necesaria para la fundacion; instruyóse á consecuencia el expediente respectivo, y por fin se otorgó el real permiso en eédula de 3 de Junio de 1780. Comenzáronse luego á recoger copiosas limosnas y se adoptaron varios arbitrios para adelantar la obra. Mucho dió la mano al negocio el arzobispo D. Alonso Nuñez de Haro y Peralta, tanto con auxilios pecuniarios, como con su poderoso influjo. La iglesia y convento quedaron concluidos para Octubre de 1787, en que se trasladaron allí cinco capuchinas de la ciudad en clase de fundadoras. Habíanse gastado hasta entonces en la fábrica doscientos doce mil trescientos veintiocho pesos.

Sobre la cima del Tepeyac no hubo por largos años otro monumento religioso que una cruz de madera, á la que servia de peana un agregado de piedras. En 1660 un Cristóbal de Aguirre edificó allí una ermita, y fincó mil pesos para que con su rédito se hiciese cada año una fun-

cion á la Virgen. A principios del siglo siguiente el presbítero D. Juan Montúfax levantó en el mismo sitio la iglesia de bóveda que existe actualmente y la escala plana que sube á ella por la parte de Suroeste; el costo de todo se sacó de limosnas. Contigua á la iglesia habia una habitacion que sirvió algun tiempo de casa de ejercicios.

Orillas del Tepeyac por la banda de Oriente, brota casi á flor de tierra un manantial de agua turbia, saturada de ácido carbónico. Muy de atras empezó el pueblo á atribuirle efectos prodigiosos y á venerar el lugar. Cerca de fines del siglo pasado se labró en él una capilla de forma elíptica, en cuya parte anterior queda la fuente ó "Pocito," cercada de una reja de fierro de una vara de altura. Construyóse hácia la misma época la calzada con escalones que por esta parte sube al Tepeyac; el costo de ambas obras pasó de cuarenta y ocho mil pesos, y se sacó del inagotable fondo de donde han salido todos los gastos hechos en Guadalupe, las limosnas.

A propósito del Pocito será bien recordar que cuando á fines del siglo pasado se abrian los cimientos de lo últimamente fabricado detras del Santuario por la parte del Norte, se descubrió una fuente de petroleo, la cual se mandó cegar, ó para evitar supersticiones de la gente, ó porque se estimase más importante no variar la forma que se habia pensado dar á la fábrica.

Para cerrar esta noticia, que acaso es ya demasiado larga, diremos que de las dos calzadas que conducen de esta ciudad á Guadalupe, la de piedra es un antiguo albarradon, de los que se construyeron para precaver inundaciones: la otra que tiene arbolado es mucho más moderna.

A LA VIRGEN DE GUADALUPE.

Gloriosa Virgen aparecida
En los peñascos del Topeyac,
Bendita seas y bien venida
Entre los hijos del Anahuac.

Desde los cielos viste piadosa
Nuestros pesares, nuestra aflicción,
Y descendiste, Virgen hermosa,
Para darnos consolación.

Tú eres la fuerte, la prometida,
La que espasaron Jacob y Abraham,
Hollo tu planta la testa erigida
De la serpiente chi y sálar.

Tú eres la pura, la immaculada,
La predilecta Hija de Dios,
Desde un principio predestinada
Por el designio grande de Dios.

Tú eres la Virgen, tú eres la Madre,
Espejo puro de santidad,
Madre del Verbo, Hija del Padre,
En ti resplende la Trinidad.

Siglos oscuros de idolatría
Nublaron antes esta región,
Tu nos trajiste la luz del día,
A ti debemos la redención.

En los soldados la mar arroja
Sobre la playa de Veracruz,
Tinte la tierra la sangre roja,
Se oyen los truenos del arcabuz.

En esos hombres no entran las flechas
Ni las macanas hacen lesión,
Nuestras legiones fueron deshechas
A los disparos de su cañón.

Morían en brutos desconocidos
Que participan de su altivez,
Y así combaten enfurecidos
Sembrando muerte por donde quier.

Las fortalezas cayeron todas,
Todo a su paso, todo cayó,
Y entre las ruinas de los pagodas
Huitzilopochtli se sepultó.

Rotas rodaron las cruentas aras
De los soldados bajo los pies,
Y de los dioses sobre las caras
Paso el caballo de Hernán Cortés.

Horror inmenso llena la tierra,
Horror, espanto, desolación:
Fue todo el suelo campo de guerra,
Montes de huesos brillan al sol.

Ay de las viudas de tantos bravos!
Ay de la hermosa Tenochtitlán!
Pobres lloras, tristes esclavos,
Solo por hijos les quedarán.

Miseros indios desventurados,
Eran sus dioses una fección;
¿Qué harán vencidos y esclavizados
Sin tener patria, sin tener Dios?

Música blanda suena en la altura,
Llena el ambiente fragante olor,
De extraña aurora la lumbre pura
Brilla en los montes del Septentrion.

Hunden las peñas fuentes copiosas,
De árido cerro brota un jardín,
Visten las tarzales flores hermosas,
Pueblan el aire los colibris.

Es que la Virgen baja del cielo,
Viendo piadosa nuestra aflicción,
Y nos da calma, nos da consuelo,
Nos trae a su Hijo, nos trae a Dios.

Bendita seas y bien venida,
Virgen gloriosa del Topeyac,
Tu trocén santa, prenda querida,
Es la bandera del Anahuac!

JUAN L. ROMANCES E HIMNOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A LA VIRGEN DE GUADALUPE.

Gloriosa Virgen aparecida
En los peñascos del Topeyac,
Bendita seas y bien venida
Entre los hijos del Anahuac.

Desde los cielos viste piadosa
Nuestros pesares, nuestra aflicción,
Y descendiste, Virgen hermosa,
Para darnos consolación.

Tú eres la fuerte, la prometida,
La que espasaron Jacob y Abraham,
Hollo tu planta la testa erigida
De la serpiente chi y fúlar.

Tú eres la pura, la immaculada,
La predilecta Hija de Dios,
Desde un principio predestinada
Por el designio grande de Dios.

Tú eres la Virgen, tú eres la Madre,
Espejo puro de santidad,
Madre del Verbo, Hija del Padre,
En ti resplende la Trinidad.

Siglos oscuros de idolatría
Nublaron antes esta región,
Tu nos trajiste la luz del día,
A ti debemos la redención.

En los soldados la mar arroja
Sobre la playa de Veracruz,
Tinte la tierra la sangre roja,
Se oyen los truenos del arcabuz.

En esos hombres no entran las flechas
Ni las macanas hacen lesión,
Nuestras legiones fueron deshechas
A los disparos de su cañón.

Morían en brutos desconocidos
Que participan de su altivez,
Y así combaten enfurecidos
Sembrando muerte por donde quier.

Las fortalezas cayeron todas,
Todo a su paso, todo cayó,
Y entre las ruinas de los pagodas
Huitzilopochtli se sepultó.

Rotas rodaron las cruentas aras
De los soldados bajo los pies,
Y de los dioses sobre las caras
Paso el caballo de Hernán Cortés.

Horror inmenso llena la tierra,
Horror, espanto, desolación,
Por todo el suelo campo de guerra,
Montes de huesos brillan al sol.

Ay de las viudas de tantos bravos!
Ay de la hermosa Tenochtitlán!
Pobres lloras, tristes esclavos,
Solo por hijos les quedarán.

Miseros indios desventurados,
Eran sus dioses una fección;
¿Qué harán vencidos y esclavizados
Sin tener patria, sin tener Dios?

Música blanda suena en la altura,
Llena el ambiente fragante olor,
De extraña aurora la lumbre pura
Brilla en los montes del Septentrion.

Hunden las peñas fuentes copiosas,
De árido cerro brota un jardín,
Visten las tarzales flores hermosas,
Pueblan el aire los colibris.

Es que la Virgen baja del cielo,
Viendo piadosa nuestra aflicción,
Y nos da calma, nos da consuelo,
Nos trae a su Hijo, nos trae a Dios.

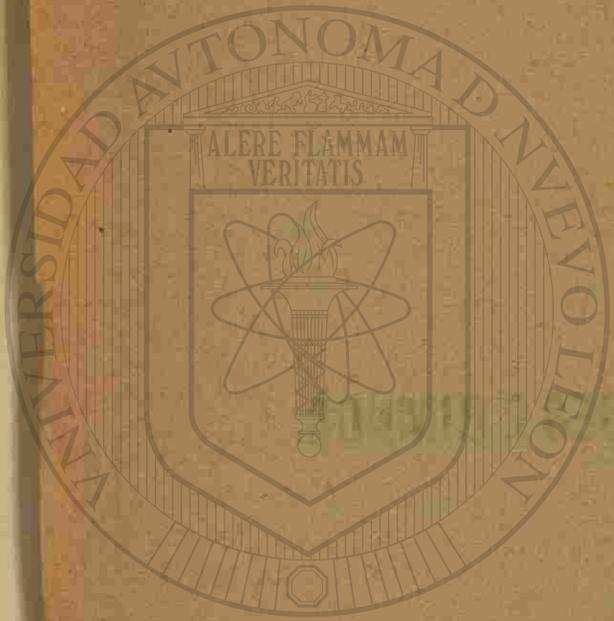
Bendita seas y bien venida,
Virgen gloriosa del Topeyac,
Tu trocén santa, prenda querida,
Es la bandera del Anahuac!

JUAN L.

ROMANCES E HIMNOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

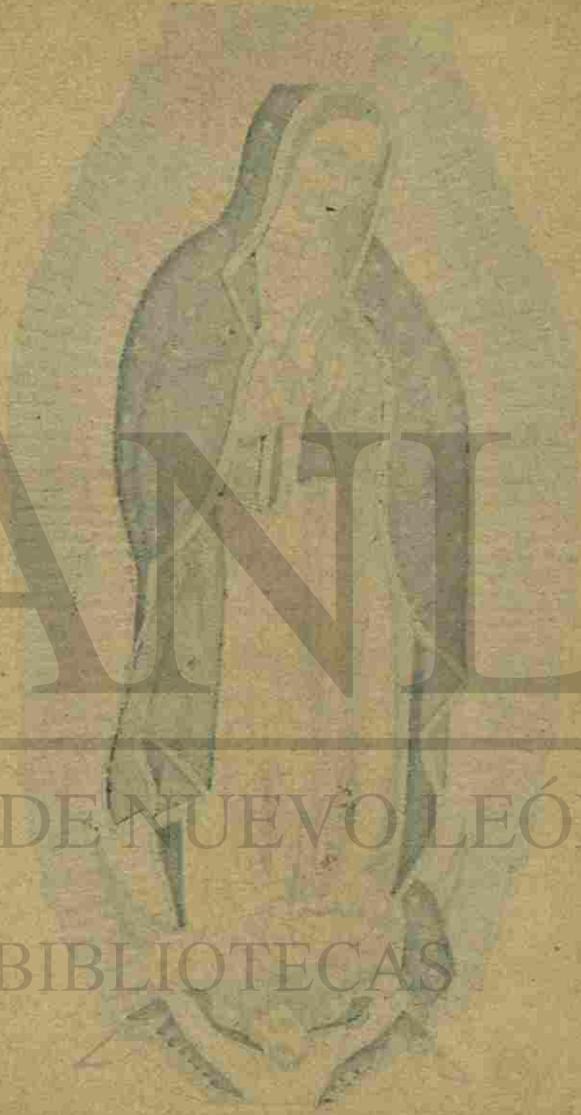
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HUMILDE TESTIMONIO

DE

AMOR FILIAL

QUE

JOSE GUADALUPE ESCRIBIENDO

Y

FRANCISCO M. EDITANDO

CONSAGRAN A SU

AUGUSTA MADRE

EN EL SOLEMNE DIA DE SU CORONACION

COMO

REINA DE MÉXICO.

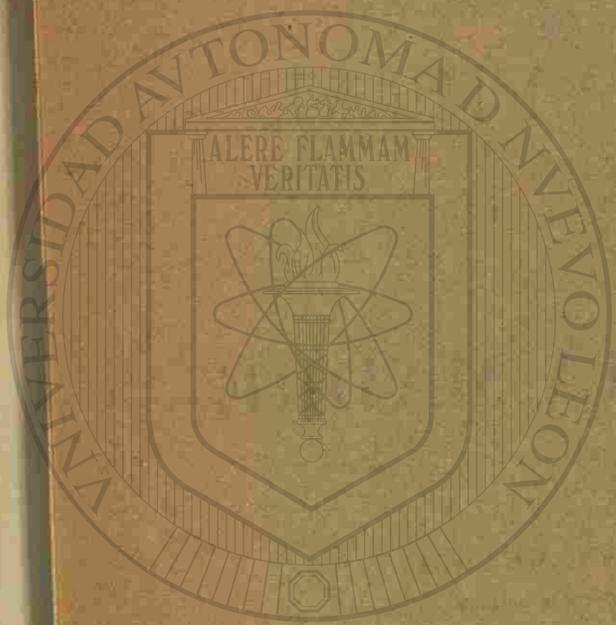
12 de Octubre de 1895.



MORELIA.

IMPRESA DE J. M. JURADO.

Calle del Guapo, número 57.



Señor Cura D. Francisco M. Góngora.

Muy amado hermano mío:

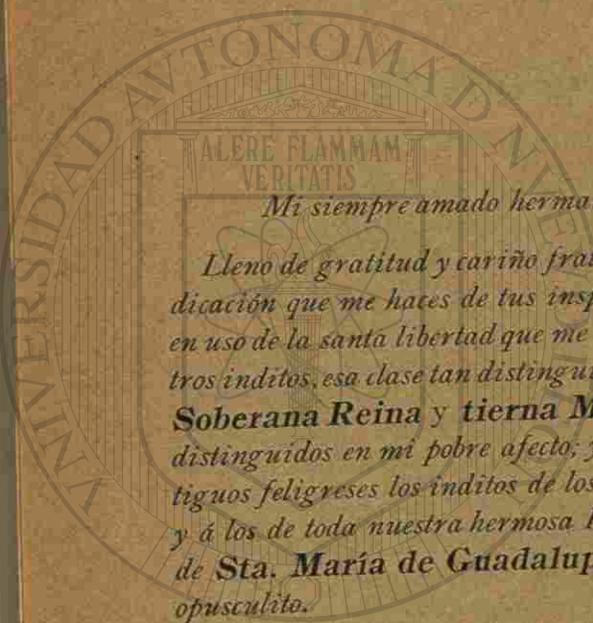
*Desde que las saludables aguas del Bautismo por misericordia de Dios regeneraron mi alma, debo á nuestros amados padres el incomparable beneficio de haber sido puesto bajo el amparo de la **Sma. Virgen de Guadalupe**, cuyo nombre me fué dado, y que constituye mi dicha y mi gloria.*

Impulsado por el amor que me inspira la poderosa y tierna Madre de los mejicanos, y dulce Madre mía, he escrito las composiciones que hoy te dedico, para que tú, el constante predicador de las glorias de tan hermosa Reina, hagas con ellas lo que te plazca, pues yo, después de haber cantado casi toda mi vida su amor, su gloria y su grandeza, creo haberme quedado en la primera letra del alfabeto, y no haber dicho una sola palabra.

Que nuestros buenos padres que tan poderoso amparo me dieron en la tierra, reciban mis profundísimos sentimientos de gratitud, y pidan por nosotros en el cielo, donde, por gracia de Dios, creo que nos esperan.

Tu hermano

J. GUADALUPE GÓNGORA.



Mi siempre amado hermano:

Lleno de gratitud y cariño fraternal por la valiosa dedicación que me haces de tus inspiradas composiciones y en uso de la santa libertad que me das, yo quiero que nuestros inditos, esa clase tan distinguida por el amor de Ntra. Soberana Reina y tierna Madre, sean también los distinguidos en mi pobre afecto; y por lo mismo á mis antiguos feligreses los inditos de los ocho barrios de Celaya, y á los de toda nuestra hermosa Patria, dedico en el amor de Sta. María de Guadalupe el pequeño pero valioso opusculito.

Morelia, Octubre 1^o de 1895.

FRANCISCO MARÍA GÓNGORA.

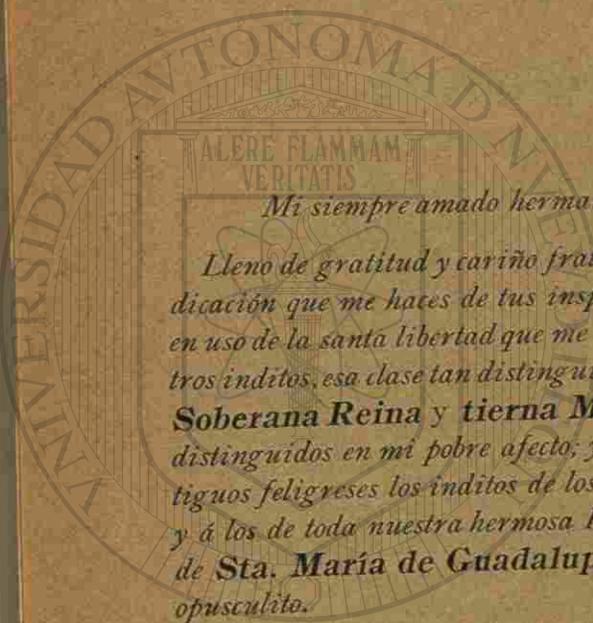


INTRODUCCION.

EL cielo me dió una lira
Que he pulsado desde niño,

Cuyas cuerdas no son de oro
Y que jamás, por lo mismo,
De las doctas Academias
Ha sonado en el recinto
Ni del sabio los aplausos
Y el honor ha recibido.

Mi lira sólo en el templo,
En hogar pobre y sencillo
Y en el campo ha resonado
En los indoctos oídos,
Llenando los corazones
Del amor en que me inspiro,
Al cantar lleno de gozo,
Con entusiasmo infinito,
A la Bella entre las bellas,
Que en su ser ha recibido
De la Diestra Omnipotente,
Cúmulo casi infinito,



Mi siempre amado hermano:

Lleno de gratitud y cariño fraternal por la valiosa dedicación que me haces de tus inspiradas composiciones y en uso de la santa libertad que me das, yo quiero que nuestros inditos, esa clase tan distinguida por el amor de Ntra. Soberana Reina y tierna Madre, sean también los distinguidos en mi pobre afecto; y por lo mismo á mis antiguos feligreses los inditos de los ocho barrios de Celaya, y á los de toda nuestra hermosa Patria, dedico en el amor de Sta. María de Guadalupe el pequeño pero valioso opusculito.

Morelia, Octubre 1^o de 1895.

FRANCISCO MARÍA GÓNGORA.



INTRODUCCION.

EL cielo me dió una lira
Que he pulsado desde niño,

Cuyas cuerdas no son de oro
Y que jamás, por lo mismo,
De las doctas Academias
Ha sonado en el recinto
Ni del sabio los aplausos
Y el honor ha recibido.

Mi lira sólo en el templo,
En hogar pobre y sencillo
Y en el campo ha resonado
En los indoctos oídos,
Llenando los corazones
Del amor en que me inspiro,
Al cantar lleno de gozo,
Con entusiasmo infinito,
A la Bella entre las bellas,
Que en su ser ha recibido
De la Diestra Omnipotente,
Cúmulo casi infinito,

De perfecciones, que el hombre
Abarear nunca ha podido.

Yo he celebrado sus glorias
Entonando alegres himnos;
Yo he cantado sus virtudes
Que iluminan con su brillo
La extensión del ancho mundo
Y el celeste Paraíso;

Yo, latiendo de ventura
Y sintiendo agradecido
Mi corazón, he anunciado
A los pobres y á los ricos
Las bondades que atesora
Su pecho para los hijos
Desventurados de Adán
Que aman su materno abrigo.

¿Y mis humildes cantares
Han por acaso concluido?
¿La fuente de inspiración
Se ha agotado? ¿el fuego vivo
De juventud...? ¡ah, soy viejo...!
El invierno triste y frío
Con su nieve mi cabeza

Ha cubierto, y los latidos
Del pecho no corresponden
A mi anhelo... ¿mas yo he sido
Quien ha cantado las glorias
De María en dulces himnos?

De joven, era un desierto
Estéril y sin cultivo
Mi alma, que en vergel fecundo
Se transformó de improviso
Al soplo de la divina
Primavera, regocijo

De la Corte celestial
Y delicia de Dios mismo.

Fué la Reina, fué María
La que sus ojos divinos
Fijó en mi lira, y al punto
Vibraron con regocijo
Sus cuerdas, y resonaron
Cual de las aves los trinos,
Cual de fuentes los murmurios,
Como los blandos suspiros
Que exhalan entre las flores
Los céfiros fugitivos.

Todo es posible á María,
Y si en desierto sombrío
Hace brotar bellas flores
¿No hará que entre duros riscos
Y nieves, brinde el invierno
Las rosas del paraíso?
Vana pregunta; la historia
Responde que estos prodigios
Puede hacerlos á cada hora,
Y en el Tepeyac los hizo.

Allí, venciendo al invierno
Y entre rocas, un florido
Jardín de fragantes rosas
Brotar hace de improviso.

Allí...dulcísima Madre,
La historia de este prodigio,
Que es la gloria de mi patria,
Quiero de júbilo henchido
Referir en mis cantares
A los pobres y sencillos.

Que los ángeles hermosos
Lo celebren con sus himnos

Que los genios, ostentando
De sus fulgores el brillo
Lo canten en sus poemas
Con entusiasmo debido,
Mientras yo en humilde canto
Voy, Señora, á referirlo,
Pidiéndote que me inspires
No viendo que soy indigno.

EN EL CIELO.

SEGUN los altos designios
Del Criador del universo,
Que determinado había
Enarbolar el madero
De redención y de gloria
De un nuevo mundo en el centro,
El gran Cortés con sus huestes
De heroicos aventureros,
Vencido por fin había
A Cuatimoc, cuyo esfuerzo,
No inferior al del hispano,
En la historia será eterno;
Pues si vencido quedó,
Fué por las armas de fuego,
Por la metralla homicida
Y los corceles ligeros,
Y sobre todo, porque era
Este de Dios el decreto.
Humillados los aztecas

Al llevar sobre su cuello
El yugo de la conquista,
Duro y pesado en extremo,
Alimentaban en su alma
De rencor el vivo fuego;
Imploraban de sus dioses
Contra el audaz extranjero
El auxilio, y de venganza
Esperaban el momento.

En vano con santo ardor
Los celosos misioneros
Predicaban á toda hora
La verdad del Evangelio;
En vano el caudillo hispano
Derrivaba por el suelo
Los ídolos sanguinarios
Y los renombrados templos;
Todo en vano, pues Luzbel
Su infame corte reuniendo,
Y mostrando horrible saña
Contra el Cristo que en el leño
De la Cruz venció sus iras
Triunfantes en otro leño,
Se ha propuesto combatir
Para conservar su imperio
En el anchuroso mundo
Que fué suyo en otro tiempo.
Y lucha, y canta victoria
Mil obstáculos poniendo
Y sombras amontonando
Para que el Santo Evangelio,
De oprobioso gentilismo
No disipe el velo negro.
Y está en vela... Mas en tanto

Allá en el fúlgido cielo,
Donde la angélica Corte
Al Dios Único y Eterno
Halaba con dulces himnos
Su placer cifrando en esto,
Resuena el grito de triunfo
De Satanás que, soberbio,
De su Criador desafiando
El poder, se alza del suelo.
Señor: exclama Miguel,
Justa indignación sintiendo
Al escuchar este grito
De la soberbia; ya espero
Tus órdenes, ya estoy pronto
Para hundir en el averno
A ese monstruo que á la guerra
Te provoca siempre necio,
Olvidando que es bastante
Tu querer para vencerlo.
Bajaré para humillarlo
Y para borrar del suelo
Esa raza que desecha
La verdad de tu Evangelio.

Pronto estoy... Señor, repiten
Todos los ángeles bellos:
Estamos ya preparados
Para cumplir tu decreto.
Señor: manda, á decir vuelven
Sus raudas alas tendiendo...
Y el Señor va á abrir sus labios:
Mas se detiene al momento
Que mira á la hermosa Virgen,
Madre de su Hijo Unigénito,
Postrada al pié de su trono

Que le dice sonriendo:
"Oh Padre eterno! recuerda
Que por salvar al perverso
Diste á tu Hijo muy amado,
Hijo mío que en el leño
De la Cruz al espirar
Me dejó con grande anhelo
Por hijos á sus hermanos,
De su victoria Herederos.
En buena hora que Miguel
Con su poderoso ejército
Confunda el insano orgullo
De Luzbel, y en el infierno
Encadene sus legiones
Para que ardan en el fuego
Que con su audacia y su crimen
Ellas mismas encendieron.
¡Pero mis hijos...! Señor;
Compadécete de ellos,
Y, por el amor de tu Hijo,
Perdona todos sus yerros.
Si Tú lo quieres, yo misma
Descenderé al mundo nuevo:
Atraeré con mi ternura
A los indios que ahora ciegos
No ven la luz esplendente
De la verdad, y yo espero
Que, con tu gracia y favor,
Pronto entrarán en el gremio
De tu Iglesia, siendo humildes
Y de mil virtudes llenos.
En la tierra que les diste
Como edén florido y bello,
Haré que se me levante

Un bello y suntuoso templo,
Y en él pondré mi morada,
Y atenta estaré á los ruegos
De todos los que me pidan
Que interceda yo por ellos.
Padre: escucha mis plegarias..."
— "Hija mía en quien tengo
Cifradas Yo mis delicias
Y á quien nada negar puedo,
Haz todo lo que te plazca",
Dijo el Padre sonriendo
Al poner sobre su frente
Un ósculo dulce y tierno.
Después el Hijo en sus brazos
La estrechó de amores lleno,
Y el Paráclito Divino
Con resplandores intensos
La bañó, y en dulces himnos
Prorrumpiendo el Coro angélico
Exclamó: "Feliz, mil veces
Feliz el florido suelo
Donde pondrá su morada
La Reina del Universo."

PRIMERA APARICION.

DIEZ años ha que la España
Triunfante vió su bandera
Flotar sobre los escombros
De Tenoztitlan la bella,

Diez años de servidumbre
Para los nobles aztecas,
Que sencibles al oprobio
De arrastrar duras cadenas,
Aun no pierden la esperanza
De recobrar su grandeza.

Muy pocos han dado oídos
A la voz, para ellos nueva,
De la Religión cristiana,
Que es la única verdadera;
Y entre esos pocos, un pobre
Indio de raza plebeya,
Pobre en bienes de fortuna,
Pero de grande riqueza
Por sus virtudes, ejemplo
Dando en su humildad con ellas,
Practica el bien, odia el mal
Y el paganismo detesta.
Las aguas al recibir
Del Bautismo en su cabeza,
De Juan Diego recibió
El nombre, y también con ellas
Sintió brotar en su pecho
De amor la divina hoguera.
A Dios amó sobre todo,
Y después á la que Reina
Del universo proclaman
El cielo, el mar y la tierra,
Por su amor todo lo haría;
Su vida diera por Ella,
Y por servirla se afana
Y aumentar su culto anhela.
Vedlo allí..... la noche obscura
Con su manto de tineblas

Un bello y suntuoso templo,
Y en él pondré mi morada,
Y atenta estaré á los ruegos
De todos los que me pidan
Que interceda yo por ellos.
Padre: escucha mis plegarias..."
— "Hija mía en quien tengo
Cifradas Yo mis delicias
Y á quien nada negar puedo,
Haz todo lo que te plazca",
Dijo el Padre sonriendo
Al poner sobre su frente
Un ósculo dulce y tierno.
Después el Hijo en sus brazos
La estrechó de amores lleno,
Y el Paráclito Divino
Con resplandores intensos
La bañó, y en dulces himnos
Prorrumpiendo el Coro angélico
Exclamó: "Feliz, mil veces
Feliz el florido suelo
Donde pondrá su morada
La Reina del Universo."

PRIMERA APARICION.

DIEZ años ha que la España
Triunfante vió su bandera
Flotar sobre los escombros
De Tenoztitlan la bella,

Diez años de servidumbre
Para los nobles aztecas,
Que sencibles al oprobio
De arrastrar duras cadenas,
Aun no pierden la esperanza
De recobrar su grandeza.

Muy pocos han dado oídos
A la voz, para ellos nueva,
De la Religión cristiana,
Que es la única verdadera;
Y entre esos pocos, un pobre
Indio de raza plebeya,
Pobre en bienes de fortuna,
Pero de grande riqueza
Por sus virtudes, ejemplo
Dando en su humildad con ellas,
Practica el bien, odia el mal
Y el paganismo detesta.
Las aguas al recibir
Del Bautismo en su cabeza,
De Juan Diego recibió
El nombre, y también con ellas
Sintió brotar en su pecho
De amor la divina hoguera.
A Dios amó sobre todo,
Y después á la que Reina
Del universo proclaman
El cielo, el mar y la tierra,
Por su amor todo lo haría;
Su vida diera por Ella,
Y por servirla se afana
Y aumentar su culto anhela.
Vedlo allí..... la noche obscura
Con su manto de tineblas

Aun cubre al mundo, y ya activo
Su pobre cabaña deja
Para dirigir sus pasos
De Thaltelolco á la iglesia,
Y asistir al Sacrificio
De la misa que celebran
Los celosos misioneros
De los cielos á la Reina.
Caminando presuroso
Al romper del alba llega
Al pie de un estéril cerro,
Que á poca altura se eleva
En la llanura, y de pronto
En sus oídos resuena
Un canto dulce y sonoro,
Cual si de aves muchas fuera
Que en varios coros reunidas
Y en grata correspondencia
Alternaran sus canciones
Que el alma de gozo llenan.
Alzando luego la vista
Juan Diego absorto contempla
Una nube esplendorosa,
Blanca cual si copo fuera
De nieve, toda rodeada
Por el iris que se ostenta
Con los más vivos colores
Que deslumbran y deleitan.
El corazón le palpita
Al mirar tanta belleza;
Sus ojos brillan á impulso
Del júbilo que exprimenta,
Y en su arrobamiento dice
Entre sí: ¿qué escena es esta

Que me inspira tanto gozo
Y todo temor aleja?
¿En qué sitio de la tierra
Me encuentro? ¿será el paraíso
Este que mis plantas huellan,
Jardín de fragantes flores,
Mansión de delicias llena,
Do vivieron nuestros padres
Gozando de la inocencia?
Pensaba en esto Juan Diego,
Cuando de improviso llega
A su alma una voz tan grata,
Que de placer lo enagena;
Voz de mujer, delicada,
Suavísima, dulce y tierna,
Que del centro de la nube
Con gran ternura le ordena:
“Acércate, Juan”; y ansioso,
Del collado por la cuesta
Sube Juan, y se aproxima,
Y casi sus ojos ciegan
Ante la luz que despide
Una agraciada Morena
Que tiene á sus pies la luna,
En su manto las estrellas,
En su túnica las flores
Y corona en su cabeza.
Hermosa es como ninguna
De las bellas hijas de Eva:
Sus ojos amor inspiran
Con la luz de la inocencia;
Sus labios son de granada,
Y en todo su aspecto muestra
De humildad la sencillez

Con la majestad de Reina.
Los peñascos escarpados
Parece que en su presencia
Se han trasformado en diamantes,
Topacios, rubíes y perlas;
Los nopales y las ramas
De los espinos, remedan
A manojos de esmeraldas
Que con la luz reverberan,
Y el suelo con mil colores
Precioso jaspe semeja.

Llegado Juan, de la hermosa
Señora ante la presencia,
Esta le dice: "Hijo mío
A quien amo con terneza
Como á humilde y delicado,
¿A dónde vas?" Juan contesta:
"Noble dueño y mi Señora:
Voy de Santiago á la iglesia
Para oír la santa misa
Que el sacerdote celebra"

— "Saber has, hijo querido,
Prosigue la hermosa Reina,
Que soy la Virgen María,
De Dios Madre verdadera,
De Dios autor de la vida,
Criador de cielos y tierra,
Que en todas partes está
Y el universo gobierna.
Mi anhelo es que en este sitio
Un templo erigido sea
En mi honor, y en él piadosa,
Como Madre tuya tierna
Y de todos tus hermanos,

Os mostraré mi clemencia;
Compasiva oiré los ruegos
De todos los que en Mí tengan
Confianza y amor cifrados,
Consuelo daré en sus penas
A los que lloran, alivio
A los que sufren dolencias,
Y nadie que á Mí recurra
Saldrá sin que oído sea.

Para que esto se realice,
Anda, hijo mío, y expresa
Mi voluntad al Obispo
Que de México apacienta
El rebaño, y le dirás
Cuanto has visto. Tu obediencia,
Al hacer lo que te mando,
Tendrá grande recompensa.
Te afamaré en todo el mundo
Y sublimaré por ella.
Anda y cumple mi deseo,
Vete en paz, y con firmeza
En conseguir lo que pido
Tus vivos ruegos esfuerza."

Al concluir la Virgen Madre
El indio se postra en tierra
Y la dice humildemente
Con sencilla reverencia:

"Voy á cumplir tu mandato,
Porque el corazón anhela
Servirte sin dilaciones
Y con toda diligencia.
Voy pronto," y así diciendo
Respetuoso su cabeza
Inclina, y de la ciudad

Se dirige por la senda.
Nada detiene sus pasos
Que el suelo tocan apenas:
Devora el espacio, y pronto
Del Obispo en la presencia,
A pesar de los desaires
Que los sirvientes le hicieran,
Expone de la embajada,
Con su sencilla elocuencia,
Los motivos; ardoroso
Insta con fervor y ruega
Para que presto á la Virgen
Su templo erigido sea.

Lo oyó Fray Juan de Zumárraga,
Que de virtud en sí muestra
Un acabado modelo
A los pueblos que gobierna:
Le pregunta muchas veces
Para ver si en él encuentra
Ficción alguna, y mirando
De Juan Diego la firmeza,
La invariable narración
Y sus seguras respuestas,
Vacila, teme un engaño,
Cree á veces y otras recela,
Y al fin, juzgando que debe
Proceder con gran prudencia,
Le dice que es necesario
Que pasado un tiempo vuelva,
Y entonces resolverá
Lo que conveniente sea.

SEGUNDA APARICION.

A la hora en que el sol se acerca
A las puertas del Ocaso,
Tiñendo de mil colores
Los celajes con sus rayos,
Juan Diego triste, muy triste
Por el dolor agobiado,
De Tolpetlac á su pueblo
Se dirige paso á paso,
En su inútil embajada
Con amargura pensando.
¿Qué le dire á mi Señora,
A mi Dueño muy amado?
A solas se preguntaba
Reprimiendo el triste llanto
Que luchaba por brotar
De sus ojos... "Nada valgo,
Soy un mísero plebeyo
Tan indocto, que ni aun hablo
El idioma de Castilla,
Y no sé cómo olvidado
De mi bajeza, he podido
Aceptar el alto encargo
De embajador de una Reina...
¿Y qué Reina...? su mandato
Por conducto de un monarca
Debiera ser intimado.
Por mí no siento el desaire...
¿Quién soy yo sino un villano...?

Por Ella sí, por María
Siento el duro desengaño.”
Así meditaba el indio
Al encumbrar, angustiado.
El cerrillo en que á la Virgen
Vió de gozo palpitando
En la mañana, y de pronto
La vió allí mismo, y postrado
En el momento la dice
Vertiendo copioso llanto:
“Niña mía muy querida:
He cumplido tu mandato,
Y aunque por pobre y humilde
No se me dió franco paso
Del Obispo á la presencia,
Al fin le hablé, y en el acto
Le expresé tu voluntad
De que en este sitio grato,
Un templo se te dedique
Para venir á habitarlo.
Oyóme con atención,
Pero crédito no ha dado
A mis palabras, y creo
Que sospecha algún engaño
De mi parte, y por lo mismo
Te ruego, por desacato
Este ruego no recibas,
Que mandes un hombre honrado
Por su alcurnia y su nobleza,
A que cumpla tu mandato.
Yo... bien lo ves, Dueño mío,
Soy un plebeyo, un villano,
Hombre sin prestigio alguno,
Y por lo mismo, este encargo

No es para mí...; mas, perdona,
Perdona á este desgraciado,
Si faltando á tu decoro
Se hubiere excedido en algo.
Perdona si hé sin saberlo,
Tu indignación provocado,
Pues sabes, Señora mía,
Que con toda mi alma te amo.”
La Virgen Inmaculada
Oyó benigna el relato
De Juan Diego, y contestóle
Con tono expresivo y blando:
“Escúchame, hijito mío,
Sábete que tengo criados
Que ejecutarán con gusto
Y sin tardar, lo que mando;
Pero conviene que tú
Desempeñes este encargo.
Vuelve, pues, y dí al Obispo
Que Yo quiero sin retardo
Ese templo en que los ruegos
Oiré de los mexicanos,
Y de todos los que sufran
Y se acojan á mi amparo.
Repítele que de Dios
Soy la Madre, Yo que te hablo,
Y que anhelo mis favores
Prodigarles á los que amo.”
—“Volveré como lo ordenas,
Porque no temo el trabajo,
Sino sólo las repulsas
Que retardan tu mandato,
Pues que tienen por origen
El que de un honor tan alto

Como el ser tu mensajero,
Indigno soy... Con tu amparo
Mañana haré lo que ordenas,
Y te ruego, que á su ocaso
Al llegar el sol, me aguardes
En el sitio en que ahora estamos,
Para darte la respuesta
Del venerable Prelado."

"Quédate en paz, oh Señora"
Clama Juan Diego, expresando
Su humildad y su cariño,
Y luego apresura el paso
Para llegar á la choza
Donde le espera el descanso.

Apenas amaneció
El diez de Diciembre, aniciando
Cumplir el indio dichoso
Lo que María ha mandado,
Se dirige á oír la misa
Hacia el templo de Santiago
Tlaltelolco, y terminada
Se presenta en el palacio
Del Obispo, donde mucho
Su entrevista retardaron
Los familiares, y luego
Que pudo verlo, entre llantos,
Gemidos y tiernas quejas,
Díjole á sus piés postrado,
Que por vez segunda había
Visto entre fulgentes rayos
A la Madre del Criador,
Que repetir le ha mandado
Su mensaje. "No lo dudes,
Insiste siempre llorando,

Soy su indigno mensajero,
De Ella, que esparce el encanto
Y la ventura do quiéra
Con su mirar soberano.
Es bella como ninguna,
Y resistir es en vano
Sus órdenes, que endulzadas
Son con la miel de sus labios."

Atento escucha el Obispo,
Y en su rostro indicios claros
Se ven de la lucha interna
Que lo agita: ve que falso
No puede ser lo que el indio
Refiere con signos tantos
De verdad: en su alma siente
De amor el fuego sagrado
Que lo impele á ejecutar
De la Virgen el mandato.
Vacila, y al fin queriendo
Asegurar el descanso
De su conciencia, le exige
Al mensajero villano
Que le pida una señal
A la Virgen que lo ha enviado,
Por la cual se reconozca
Que es Madre del Soberano
Señor, y que anhela un templo
A su culto consagrado.

—¿Qué señal quieres que pida?
Pregunta Juan; y dejando
Sin respuesta la pregunta,
Llama el Obispo á su lado
Dos personas de confianza,
A las cuales da el encargo

De que sigan sin ser vistas
Del indio pobre los pasos,
Para ver á dónde vá
E indagar todos sus actos.
Despedido Juan, se aleja
Siempre triste, lamentando
No llevar de la embajada
A la Virgen buen despacho.
Tras de él caminan ocultos
Los dos diligentes eriaos
Que de vista no lo pierden
Ni un momento; y sin embargo,
De improviso ante sus ojos
Desaparece, y en vano
Lo buscan en el sendero
Entre breñas y peñascos,
Y después de mucho tiempo
Se vuelven desesperados,
Para decir al Obispo
Que Juan por artes del diablo
Despareció de su vista,
Que es hechicero, y por tanto,
Merece duro castigo
Si vuelve á entrar en palacio.

El buen Fray Juan de Zumárraga
Levanta al cielo sus manos
Y pide á Dios lo ilumine
De viva fe con los rayos.

TERCERA APARICION.

Lo ha dicho Dios: *Ensalzado*
Será siempre el que se humilla
Y humillado el que soberbio
A ser el primero aspira.

Esto mismo, en bello canto
Que la tierra conmovida
Ha muchos siglos repite,
Con entusiasmo María
Expresó en aquel momento
Al visitar á su prima
Isabel: *A los potentes*
De su sede precipita
El gran Dios, y á los humildes
Los ensalza y glorifica.

De esta verdad, una prueba
De tantas como se miran
Diariamente, es la que ofrece
Juan Diego, que se imagina
No tener valor alguno,
Que siente pena infinita
Al ver que la Virgen Madre
En él su mirada fija,
Nombrándolo mensajero
Para la obra que medita;
Que cuando la gran Señora
Tanto lo enaltece, "Mira,
El la dice, yo soy nada...
No merezco tanta estima,

Y para tus altos fines
Otros mil dignos habría
De tanto honor;” y la Virgen
Levantando al que se humilla,
Le repite: “Ningún otro
Sino tú que así declinas
Los honores, conveniente
Es que en la embajada siga.”

Y Juan Diego la obedece
Porque ardiente amor respira,
Y por servirla y amarla
Diera con placer la vida.

Ahora, llegando afligido
Al lugar en que la cita
Le dió la amorosa Madre,
Esta siempre circuida
Por el iris refulgente
Que apacible y grato brilla,
Se le presenta en la cumbre
Del cerrito, y de rodillas
Postrándose el indio exclama:

“Volví al palacio en que habita
El Obispo, tu mensaje
Con mis palabras sencillas
Le expuse, lloré á sus plantas
Con instancias repetidas,
Y después de sus preguntas
Y repreguntas, que indican
Desconfianza, me ha expresado
Que una señal necesita
Para comprobar que Tú eres
Quien mis palabras inspiras,
Y que en este sitio quieres
Un templo, ¡oh Madre divina!”

En los labios de la Virgen
Apareció una sonrisa,
Que el corazón enagena
Con inefables delicias;
Y su gratitud mostrando
A Juan que goza al oírla,
Le ordena que presuroso
Vuelva en el siguiente día,
Para darle la señal
Que el Obispo solicita.

Despidiéndose amoroso
El indio su frente inclina,
Y se retira á su choza
Donde la virtud anida.
Allí su esposa lo espera,
La cándida María Luisa,
Y un tío á quien ama mucho
Y á quien como padre mira.
Mas ¡oh dolor! de esa choza
Cuando los umbrales pisa,
Ve que postrado en el lecho
Por una fiebre maligna,
Juan Bernardino su tío
Serios temores inspira
De gravedad, y la muerte
Parece que se aproxima.
Con grande empeño el sobrino,
Apenas la aurora brilla,
Un médico de los suyos
Corre á buscar, y le aplica
A su muy querido tío
Las que juzga medicinas
Más eficaces; y en vano,
Pues al terminar el día,

Juan Bernardino conoce
Que se le acaba la vida.
Entonces como cristiano
Que teme á Dios, y que aspira
A gozar de la ventura
A los fieles prometida.
Con instancia cariñosa
A su sobrino suplica
Que le traiga un sacerdote,
Tan luego como tranquila
Aparezca en el Oriente
La luz del cercano día.
Y Juan Diego... Mas preciso
Es que al cielo humilde pida
Mi pecho la inspiración,
Para que mi pobre lira
Resuene por todo el mundo
Esparciendo la alegría,
Al cantar lo que me resta
De historia tan peregrina.

CUARTA APARICION.

SIENDO la inocencia misma
Jesús, amoroso Padre,
Mientras habitó en el mundo
Tuvo gusto en rodearse
De los candorosos niños,

Que en sus brazos paternos
Gozaban tiernas caricias
Y consejos saludables.
A los que le preguntaban
Qué harían para salvarse,
Sed niños, les respondía;
¡Ay del que escandalizare
A uno de estos pequeñuelos!
Mejor le fuera arrojarse
De cabeza en lo profundo
Del mar inconmensurable.
Ser niño es ser inocente,
Candoroso, tierno, afable;
Y niños hay en el mundo,
Niños de todas edades,
Aunque muestre su cabeza
La nieve pura y brillante.
Niño es Juan Diego que intenta
A la mirada ocultarse
De la Virgen, que penetra
Los abismos insondables
De la tierra, el mar y el cielo,
Por ser del Criador la Madre,
Salido de su cabaña
Antes que el alba brillase,
Va á pasar por aquel sitio
Donde á la Virgen amante
Ha visto, y en el momento
Que recuerda que el día antes
No ha venido á recibir
La señal, quiere alejarse
De su vista: otro sendero
Toma del cerro distante;
Mas... ¡oh sorpresa! la Virgen

A encontrarlo viene amable,
Descendiendo de la cumbre
Del cerro, en nube brillante:
¿A dónde vas, hijo mío?
¿Qué senda sigues? afable
Pregunta la hermosa Virgen;
Y Juan Diego, al prosternarse
Confuso y avergonzado,
La contesta: "Dios te guarde
Niña mía muy amada;
¿Cómo estás? Desagradable
No sea lo que mis labios
Hoy van á decirte: Sabe
Que está enfermo un siervo tuyo,
Que es mi tío, mi buen padre;
Muy fatigado se encuentra
Porque la dolencia es grave,
Y voy en este momento
Un sacerdote á llevarle
Que lo absuelva, y el Santo Oleo
Le ministre, pues ya sabes
Que sujetos á morir
Nacemos de nuestros padres.
Después de esto volveré
A cumplir lo que ordenares.
Perdóname, te lo ruego,
¡Oh dulce y piadosa Madre!
Un poco de sufrimiento
Ten hoy, y lo que me mandes
Mañana haré, pues fingido
No es lo dicho, y de excusarme
De obedecer tus mandatos
No he tratado un solo instante."

— "Oye, dice bondadosa
La dulce y benigna Madre,
Con la sonrisa en los labios
Y el amor en su semblante,
Nada te aflija y moleste
Ni temas enfermedades;
¿Aquí no estoy á tu lado
Como una amorosa Madre?
¿No estás bajo de mi sombra
Y mi amparo? ¿fuente estable
No soy de salud y vida?
¿En mi regazo no sabes
Que te encuentras? ¿qué otra cosa
Necesitas? no te afanes
Por tu tío, que sin duda
No morirá de ese achaque,
Y que á estas horas ya libre
Se ve de todos sus males."
Con estas razones Juan,
Sintiendo consuelo grande,
Clamó á impulso de la dicha
Que se esparce en su semblante:
"Envíame, Señora mía,
A ver al Obispo, y dame
La señal que me dijiste
Para que dudas rechace."
— "Sube, mi hijo muy querido,
Al cerro en que me miraste,
Dice la Virgen, y corta
Las rosas que allí encontrases;
Recójelas en tu capa
Y ven luego para darte
Las órdenes que yo quiero
Que ejecutes." Juan, no obstante

Que sabe que entre las peñas
No hay flores ni pueden darse,
Sin vacilar obedece
Y sube, y en el instante
Mira un vergel delicioso.
Donde brotan á millares
Frescas rosas de Castilla
Primorosas y fragantes.
En su tilma presuroso
Recoje cuantas es dable
Abarcar, y vuelve luego
Al lugar donde la Madre
Al pié de un árbol lo espera
Sus mandatos para darle.
Ella, cojiéndolas juntas
Con sus manos celestiales.
Vuelve en la tilma á ponerlas
Diciendo á Juan: "No te tardes
En partir; aquí ya tienes
La señal que podrá darte
El crédito que mereces
Ante el Obispo; dirásle
Que me edifique mi templo.
Las rosas al presentarle,
Y te ordenó que estas rosas
No las enseñes á nadie,
Ni desplegarás tu capa
Hasta que llegues delante
Del Obispo." Así diciendo
Lo despidió; y él sin darse
Ni un momento de descanso,
Voló á cumplir su mensaje.

EN LA TIERRA.

Y A está Juan Diego á la puerta
De la espaciosa morada,
Que con virtudes perfuma
El buen Fray Juan de Zumárraga.
Ya rogando humildemente
Solicita con instancia
No se le retarde la hora
De presentar su embajada;
Y es inútil su insistencia,
Pues los sirvientes que pasan
A su lado, del se burlan
Y desoyen sus palabras.
Algunos de ellos notando
Que oculta en su pobre manta
Alguna cosa, procuran
Con empeño registrarla.
La orden cumpliendo Juan Diego
De su excelsa Soberana,
Resiste cuanto es posible
Y más estrecha su capa;
Pero ellos la fuerza emplean,
Y al descubrir que allí guarda
Rosas bellas cuyo aroma
Incomparable se exhala,
Van á cojerlas; sus manos
Por tres veces en la capa
Introducen, y vacías
De ella sus manos levantan,

Cual si las flores que anhelan
Sólo estuvieran pintadas.
Entonces dan al Obispo
Noticia de lo que pasa,
E introducido Juan Diego
A su presencia, declara,
De verdad con la firmeza,
De la Reina la embajada
Y concluye así diciendo:
"Aquí la señal que aguardas
Te traigo por orden suya;"
Y desplegando su manta,
Lluvia de fragantes rosas
Que los aires embalsaman
Cae al suelo, y de la Virgen,
Que es la Reina Soberana
Del universo, la imagen
Se ve en la tilma pintada.
¡Oh momento el más glorioso
Y feliz de nuestra patria!
¡Oh momento de ventura
En que las eternas salas,
Sin duda que resonaron
Con las divinas palabras
Del Rey David, repetidas
Al son de angélicas harpas:
*No ha hecho otro tanto María,
Emperatriz Soberana
De la tierra, á otras naciones
Como á México su amada:*
Sin duda que al Sucesor
De Cristo que estas palabras
Dijo al saber que María
En el Tepeyac moraba,

Le fueron por Ella misma
En ese instante inspiradas.
Convencido plenamente
Y de amor vertiendo lágrimas,
El Obispo desanuda
Del cuello de Juan la capa,
E improvisando un altar,
En él á la Imagen santa
Coloca, á sus pies cayendo
Gozoso para adorarla.
¿Y Juan Diego...? siempre humilde,
Mostrando el candor de su alma,
Como un niño, ni imagina
Que el valor que la embajada
Le da, supera con mucho
Al que los grandes monarcas
Dan á sus embajadores
En las cortes soberanas.
No siente el menor orgullo
Si el Obispo lo agasaja,
Y en la tarde vuelve el pobre
A su tranquila cabaña
Sintiendo su corazón
Lleno de celestes gracias.
Familiares del Obispo
A su choza lo acompañan
Porque van á cerciorarse
De la hora en que recobrará
La salud Juan Bernardino,
Y éste con verdad declara
Que vió á la Virgen hermosa,
De fulgores circundada,
A la hora misma en que á Juan
Le reveló en la montaña

Su salud, y ya gozando
De este bien, la Virgen santa
Le expresó su voluntad
De que un templo se le alzara
En el Tepeyac bendito,
Para hacer allí morada
Y prodigar sus favores
A todo el que la invocara.

Esto mismo repitió
Ante el Obispo, y la fama
Por todo el mundo el prodigio
Llevó en sus ligeras alas.

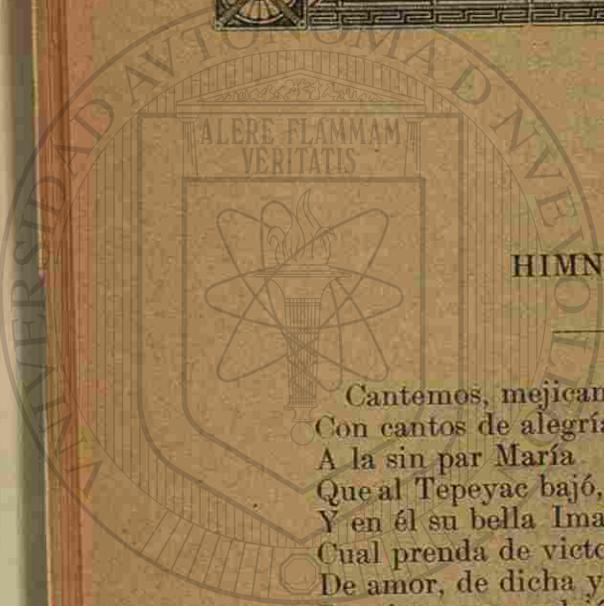
De entonces los misioneros,
No tanto ya de palabra
Para enseñar la doctrina
De Cristo necesitaran,
Cuanto de su diestra mano
Para derramar las aguas
Del Bautismo, sobre tantos
Que recibirlas aguardan.
Desde entonces las virtudes
Que á la nación mejicana
Vivifican, son la fé,
La caridad y esperanza.

En vano el Norte queriendo
Por completo subyugarla
Sus horribles herejías
Continuo sobre ella lanza.
Ella en épocas diversas
Ha sido muy desgraciada,
Pero siempre su consuelo
Ha encontrado ante las plantas
De la Virgen que amorosa
Contra la impiedad la ampara.

Quizá ese Norte orgulloso
Que en ella ejerce su saña,
En un día no lejano
Caerá vencido á las plantas
De la Reina poderosa
Que ha fijado su morada
En el Tepeyac bendito,
Para repartir sus gracias.
Y tambien el Sur y el Centro
De esta América, colmada
De dones por el Criador,
Vendrán luego á proclamarla
Su *Protectora*, su *Madre*,
Su *Divina Soberana*.....

¡Oh Virgen Madre del Verbo!
Oye la ardiente plegaria
Que el gran León trece á tu solio
Dirige con toda su alma.
Haz que en la fe siempre firme
Nuestra Nación Mejicana,
Siempre en Tí cifre su gloria,
Su ventura y esperanza.





HIMNO I.

Cantemos, mejicanos,
Con cantos de alegría
A la sin par María.
Que al Tepeyac bajó,
Y en él su bella Imagen,
Cual prenda de victoria,
De amor, de dicha y gloria
Por siempre nos dejó.

Apareció en el cielo una gran señal, una mujer vestida del sol, y la luna á sus piés....

Del grato sol vestida,
Hermosa cual ninguna
Y teniendo la luna
Debajo de tus piés,
Como señal grandiosa
De paz y de consuelo,
Desciendes á este suelo
Que con ternura ves.

María llena de gracia, el Señor es contigo

En gracia concebida
Toda de gracia llena,
Purísima azucena
De aroma virginal,
En Tí esforzó el Eterno
Su infinita potencia,
Su inescrutable ciencia
Y su amor sin igual.

Escogí este lugar

Tus labios que destilan
Del néctar la dulzura,
Pronuncian con ternura
La montaña al pisar:
"Cual Madre cariñosa
Este sitio he escogido,
Porque en él he querido
Todo mi amor mostrar.

Y lo santifiqué para que por siempre esté allí mi nombre y
fijos estén sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo.

¡Oh sitio venturoso!
Yo lo he santificado
Para que en él, amado
Mi nombre siempre esté;
Para que estén mis ojos
Fijos sobre él, y amante
Mi corazón constante
Sus beneficios dé."

Como el arco-iris que reluce entre las nubes de la gloria, y
como flor de rosas en días de primavera.

De gloria entre las nubes,
Como iris esplendente
Que esparce refulgente
Su luz que hace gozar,
Y como flor de rosas
En grata primavera,
Se ha visto placentera
Nuestra patria brillar.

Las flores aparecieron en nuestra tierra.

En nuestra tierra vences
De invierno los rigores,
Y haces brotar las flores
En duro peñascal;
Así tu blando aliento
Convierte de improviso
En bello paraíso
Nuestro ser terrenal.

Y como días de primavera ornábanla las flores de rosas y los lirios de los valles.

Como vernaes días
Las flores de las rosas
Adornan olorosas
Tu imagen con primor
Al verte retratada
En un humilde ayate,
¡Que tanto así te abate
Por nosotros tu amor!

Hermosa como la luna... tus labios son de panal que destila la miel....

Eres bella, apacible
Como la blanca luna
Que va sin mancha alguna
Por el puro zafir.
Un panal son tus labios
Que vierten miel hiblea;
Miel que el alma recrea
Tu nombre al repetir.

Terrible es el nombre de la Virgen como un ejército puesto en orden de batalla.

Mas si eres dulce y tierna,
También eres terrible,
Como hueste invencible
Que en orden va á la lid.
Tu nombre en el combate
Es signo de victoria,
Y alcanza eterna gloria
Quien clama en él á tí.

A tí clamamos... Vida, Dulzura y Esperanza nuestra.

Por eso á tí clamamos
De México en la tierra,
Ya en paz, ó ya la guerra
Su grito haga escuchar;
Porque eres nuestra Vida,
Dulzura y Esperanza,
Y en tí nuestra confianza
Muy firme siempre está.

HIMNO II.

El pueblo mejicano
De Dios ¡oh Madre pura!
Su amparo, Reina y Madre
Te aclama con fervor,
Postrado ante la Imagen
Que llena de ternura
Le diste entre las flores
Cual prenda de tu amor.

Cuán bella apareciste
Del iris circundada
Y en medio de fulgores
Al venturoso Juan,
Cuán dulce le dijiste:
“De Dios soy Madre amada,
Que siento por el hombre
De Madre el tierno afán.

En este sitio quiero
Un templo en honra mía,
Mansión de mis amores
Para habitar aquí;
En él seré aclamada
Clemente, dulce y pía,
Amando á los que me aman
Y entre ellos, Juan, á tí”

Sumiso y obediente,
Con el candor del niño,

Recibe tus mandatos
Tu humilde embajador,
Y con sencillas frases
Sin pompa y sin aliño,
Tu voluntad expresa
De México al Pastor.

Y en vano fué, que triste
Volviendo á Tí afligido,
Te ruega que á otro elijas
De crédito y valer;
Y tú le dices: «Anda,
Que al fin serás creído,
Pues ni ángel ni monarca
Mi enviado debe ser.

A tí cual pequeñito
Yo te amo tiernamente;
Yo quiero sublimarte
Premiando tu humildad,
Y en hora de ventura
Pondré sobre tu frente
Corona inmarcesible
De eterna claridad.»

Camina, no desmayes,
Le dices, ¡oh María!
Y el pobre desvalido
Te dice con amor:
“Haré lo que me mandes,
Señora y Reina mía,
Sintiendo no ser digno
De ser tu servidor.”

Y cumple lo que ordenas,
Y al fin entre las flores
Que enviaste al buen Obispo
De tu orden cual señal,
De Juan en el ayate,
Circuida de fulgores,
Apareció grabada
Tu Imagen celestial.

¡Oh grato y memorable,
Feliz y hermoso día,
El DOCE DE DICIEMBRE
En que nos dió el Señor,
En tu preciosa Imagen,
Dulcísima María,
La más patente prueba
De inextinguible amor.

Aquí te veneramos
En tú pobre santuario,
Que aun de oro y de diamantes
Fuera pobre en verdad,
Porque eres tú Divina,
Porque eres el Sagrario
De la adorable y Santa
Y Augusta Trinidad.

Y siendo tú la Reina
De todo lo que existe,
Y siendo tú la Madre
De Dios nuestro Criador,
Morar entre nosotros
Humilde tú quisiste,

Para darnos cual Madre
Las pruebas de tu amor.

Bendita tú mil veces,
Bendita te aclamamos
De México los hijos
Latiendo de placer;
En todos los instantes
Gozosos te invocamos,
Y gracias y favores
Derramas por do quier.

A la faz de los pueblos
Que siguen tus pendones,
Un Sucesor de Cristo
Gozoso proclamó,
Que igual favor no has hecho
A todas las naciones;
Que á México felice
Tu afecto distinguió.

El venerable y santo
Pontífice que al mundo
Hoy asombrado tiene
Con su inmenso saber,
Pulsando lira de oro
Y con amor profundo,
A tí dirige un canto,
Que es canto de placer.

En él te ruega ¡oh Madre!
Que en senda floreciente
A nuestra bella patria
Dirijas sin cesar,

Y que la fe de Cristo
Gloriosa y refulgente,
Sin que jamás se eclipse,
Sobre ella, hagás brillar.

Su ruego oirás benigna,
Y en tanto, Virgen pura,
Nosotros embriagados
De dicha y de placer,
Diremos á los pueblos:
"Aquí nuestra ventura,
Aquí en la pobre tilma
Podéis venir á ver."



LA REINA DEL CIELO

PIDIENDO CASA EN LA TIERRA.

La Virgen que en el paraíso
Por el Criador fué aclamada
Invencible vencedora
De la serpiente villana
Que á nuestros padres venció
Con sus falaces palabras,
Después de cuarenta siglos
Nació en una pobre casa
De Nazareth, siendo noble
Y de estirpe soberana.
Pobre creció, pobre un día
Reclinó sobre las pajas
De un pecebre, al Hijo amado
Que del mundo era Esperanza,
Y pobre en el triste día
En que en la Cruz espirara

Y que la fe de Cristo
Gloriosa y refulgente,
Sin que jamás se eclipse,
Sobre ella, hagás brillar.

Su ruego oirás benigna,
Y en tanto, Virgen pura,
Nosotros embriagados
De dicha y de placer,
Diremos á los pueblos:
"Aquí nuestra ventura,
Aquí en la pobre tilma
Podéis venir á ver."



LA REINA DEL CIELO

PIDIENDO CASA EN LA TIERRA.

La Virgen que en el paraíso
Por el Criador fué aclamada
Invencible vencedora
De la serpiente villana
Que á nuestros padres venció
Con sus falaces palabras,
Después de cuarenta siglos
Nació en una pobre casa
De Nazareth, siendo noble
Y de estirpe soberana.
Pobre creció, pobre un día
Reclinó sobre las pajas
De un pecebre, al Hijo amado
Que del mundo era Esperanza,
Y pobre en el triste día
En que en la Cruz espirara

Este Hijo Dios, en ajeno
Sepulcro sus restos guarda.
Después, teniendo por hijos
A los mismos que con saña
La vida del que es la Vida
Segaron, la vida pasa
Visitando á los enfermos,
Regenerando las almas,
Consolando á los que sufren,
Dando aliento al que desmaya,
Convirtiendo pecadores
Y haciendo brotar galanas
Las flores de la virtud
Que todo el mundo embalsaman.
Y como toda la tierra
Es su herencia, no descansa,
Y pobre, siempre muy pobre,
Lejos de su pobre casa
De Nazareth, los caminos
Recorre, porque la inflama
La caridad, cuando busca
Las ovejas descarriadas.
Y de su tránsito el día
Llega al fin, y en raudas alas
De Serafines, asumta
Es á la celeste Patria,
Porque el Padre allí la espera,
Y el Hijo de sus entrañas,
Y el casto Esposo, que anhelan
Como Reina coronarla.
En el cielo todo es gloria,
Primavera que no acaba,
Sin noche esplendente día,
Himno de eterna alabanza...

Y sin embargo, la Virgen
Quiere en la tierra una casa
Para habitar con sus hijos
Que sufren y vierten lágrimas.
Antes de salir del mundo
Visita á la noble España,
A quien prodiga su amparo
Y promete amor y gracias
Que inspiran el heroísmo
Y sorprendentes hazañas.
Y España bajo este amparo,
De la esclavitud rechaza
Dos veces el férreo yugo,
A las huestes mahometanas
Venciendo, y al gran coloso
Que tuvo bajo sus plantas
Los cetros y las coronas,
A los pueblos y á las razas.
Pero ni á orillas del Tajo
Que de oro arenas arrastra,
Ni del Ebro y Manzanares
Puso la Virgen su casa.
Su protección poderosa
Cobija á todas las razas,
Y en Inglaterra por Ella
La santidad se propaga,
Isla de justos y santos
Mereciendo ser llamada,
Antes que el protestantismo
En el lodo la enfangara.
Siempre sus maternos ojos
Tiene fijos en Italia,
A cuyo suelo florido,
Por los ángeles llevada

En un venturoso día
Es de Nazareth su casa.
Bendiciones á millares
Vierte en toda la Alemania,
Y por Ella Juan Sobiesqui
Derrota á los musulmanes
Que al falso profeta aclaman.
Con el dulcísimo nombre
De *Madre*, que llena el alma
De inexplicable dulzura,
Las naciones la proclaman,
Y entre ellas la poderosa,
La culta y altiva Francia
Cuenta por miles y miles
Los favores que derrama
A cada hora, á cada instante
La Virgen Inmaculada.
Allí en Lourdes...mas en Lourdes
No pidió la Virgen casa;
Y quiere casa la Virgen...
¿En dónde podrá encontrarla?
En felicísimo día
Que en la historia de mi patria,
Como el más resplandeciente
Brillará, la Virgen santa
A Juan Diego se aparece,
Y á Juan Diego pide casa
Para habitar amorosa,
Y desde ella, la abundancia
De beneficios sin cuento
Verter sobre los que la aman.
Ya tiene casa la Virgen...
Juan Diego, que no es monarca
Sino humilde y pequeño,

Ha merecido la gracia
De ser el embajador
De la Reina Soberana,
Y por él, un bello templo
Del Tepeyac en las faldas
Se ha erigido, donde habita
La Madre de Dios amada,
Madre nuestra, que afanosa
Para hacernos bien nos llama...
Allí está...si algún impío
Lo duda, ponga sus plantas
En el recinto del templo,
Y en ese momento, su alma
La presencia de la Virgen
Sintiendo allí, enagenada
Le dirá: "Sin duda es esta
Del cielo puerta, y la casa
De la Emperatriz del cielo,
De Dios Madre Soberana..."
Y si esto no le dijere,
Es eterna su desgracia...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A LA REINA DEL CIELO
que se ha dignado poner
EN MEXICO SU MORADA.

Es nuestro amparo... mexicanos vedla:
Grande ternura al corazón inspira:
De Madre tiene el delicioso nombre
Y como Madre de nosotros cuida.
¡Feliz mil veces nuestro hermoso suelo!
¡Feliz, mil veces las naciones digan,
Al ver en él á tan gloriosa Reina
Que sus favores sin cesar prodiga.
Desde el momento que sus plantas puso
Del Tepeyac sobre la cumbre erguida,
¡Cuántos favores y mercedes cuántas
Ha concedido bondadosa y pía!
No es tan difícil numerar los astros
Que por la noche en el espacio giran,
No es tan difícil numerar la arena
Que en el desierto el huracán agita,

Como contar los beneficios grandes
Que de su diestra poderosa envía.
Por eso en toda nuestra patria bella
Los corazones gratitud abrigan,
Y á todas horas á su trono suben
Las bendiciones que el amor inspira.
Madre la llama el campecino humilde
Y el opulento que en palacio habita;
Madre la dice el candoroso niño,
Madre el anciano que al sepulcro mira;
Y en todas partes, al llamarla *Madre*,
Gozoso el pecho con afán palpita.
¡Oh! con razón los mejicanos todos,
Al recordar el memorable día
En que su imagen nos dejó grabada
Del pobre Juan en la gloriosa tilma,
Sentimos llena de placer el alma,
Nuestra ventura en el semblante brilla,
Y ante sus plantas con amor postrados
Nos enagena la inefable dicha.
¿Quién es aquél que indiferente puede
Quedar en ese venturoso día?
¿Quién insencible negará su acento
Para alabar á la que está circuida
De majestad y refulgente gloria,
Para alabar á la feliz María?
¡Oh! bendigamos á tan dulce Madre
Y en tiernos himnos nuestra voz repita
Que, siendo Reina de la tierra y cielo
Entre nosotros habitar se digna.



A LA
SANTISIMA VIRGEN DE GUADALUPE,
MADRE Y REINA DE LOS MEXICANOS.

¿Del Tepeyac en el estéril suelo,
Radiante de esplendor y de hermosura
Apareció la Emperatriz del cielo?
Lo mismo es preguntar ¿si, de la tierra
Envuelta en sombras y en tiniebla oscura
La noche se destierra,
Es que en Oriente, bella y seductora,
Ha aparecido entre celajes de oro
La sonrosada aurora?

De nuestra patria la extensión cubría
Con un espeso velo
La noche de la negra idolatría,
Pero tan negra que en el ancho cielo
Ni un astro relucía;
Y las sombras huyeron de improviso,

Las sombras del averno,
Y apareció cual bello paraíso
Del Tepeyac la cumbre, en el invierno,
En medio de fulgores
Brindando hermosas flores
De eterna sabia y de perfume eterno.
¿Porqué la noche huyó? porque sonriente
Aparecido había,
Precursora del SOL en el Oriente,
La celestial María.
Y el sol brilló sobre el edén fecundo
Que descubrió Colón y que asombrada
La Europa proclamó cual nuevo mundo.
Y Jesucristo, Sol esplendoroso
Que alumbra con su luz la inteligencia,
Y reanima con fuego prodigioso
El corazón, su imperio ha cimentado
Sobre el mundo á su Madre consagrado.
¿Quién lo puede negar? el que insensato
Negara que es la aurora
La que destierra con reflejo grato,
Del sol cual precursora,
A la noche sombría,
Bella anunciando placentero día.

La Madre de Jesús, en la montaña
Apareció para brindarnos gloria,
La gloria que no engaña
Y que por siempre vivirá en la historia.
Mas ¿de allí se ausentó? ¿con rauda vuelo
La llevaron angélicas legiones
A su esplendente cielo,
Entonando de triunfo las canciones,
Cual la llevaron, cuando ya concluida
Su misión en la vida,

Asumta fué por ellas
Y al palacio magnífico encumbrada
Para ser como Reina coronada?
¡Oh prodigio de amor! con gran ternura
Pueblos mil en la tierra ha visitado
La Madre del Señor, la Virgen pura,
Mas con ninguno de ellos se ha quedado;
Y en México... ¡nación afortunada...!
Cómo tiemblan los labios al decirlo...
En México ha fijado su morada.
¿Lo dudáis? ¿lo negáis...? sois un insano
Y no sois racional ni mejicano.
En el glorioso Tepeyac habita,
Y al pisar de su templo los umbrales
Con gran ternura el corazón nos grita:
Aquí la Madre está de los mortales;
Aquí se siente el alma
Llena de gratitud con su presencia;
Aquí sentimos deliciosa calma
Y reanima el amor nuestra existencia;
Aquí nos ve, nos oye, nos inflama
Con sus tiernas caricias;
Sobre nosotros su bondad derrama
Y nos colma de bienes y delicias;
Aquí sus hijos con placer nos llama
Y nos dice: «Pedid, pedid confiados
Que todo se os dará... sois mis amados;
¿Os olvidáis de que en terrible día
En la cumbre del Gólgota sangriento,
Cuando la luz del sol palidecía
Y la tierra temblaba en su cimiento,
Al Hijo de mi amor os dí amorosa,
Al ofrecer á nuestro Eterno Padre
Por vosotros su vida, más preciosa

Que toda la creación? Soy vuestra Madre;
¿Qué os pudiera negar, si ya os he dado
Al Hijo de mi amor, á mi Hijo amado?»
Así nos dice la sin par María.....
Y ante sus piés, enchidos de confianza
Nosotros, la diremos: «Alegría
Eres tú de nuestra alma y esperanza;
Bajo tu amparo siempre viviremos
Sin temer de la vida los azares;
A ti nuestra plegaria elevaremos
Y consuelo tendrán nuestros pesares;
En nuestro hogar querido pon tu asiento,
Como una Madre buena,
Y de tus bienes por piedad lo llena,
Alejando los males y el tormento.
Virgen pura, dulcísima María:
A nuestra patria libra poderosa
Ye impiedad, despotismo y herejía,
D haz que camine libre y venturosa
A conquistar el inmortal destino
De la ley del Señor por el camino.»



HIMNO III.

*Morehianos, al toque del Alba
Vuestras voces acordes alzad,
Y á la Madre de México hermosa,
Himnos mil entusiastas cantad.*

Hoy renacen de Anáhuac las glorias
A la voz inmortal de León XIII;
Hoy de dicha y placer se extremece
Al mirar al feliz Tepeyac.
¡Oh bendita graciosa Señora,
De los cielos Aurora radiante,
Coriñosa, tiernísima amante
Del que humilde te sabe buscar.

Del Pacífico mar al Atlántico,
Y del Bravo hasta el límite opuesto,

Un altar nuestra patria te ha puesto
Y á una voz bendiciéndote está.
Hoy olvida sus penas acerbas,
Hoy renace en su pecho la calma,
Porque tú eres la Madre de su alma
Y cual Madre la sabes amar.

¿Qué nos dicen las bellas lecciones
Del oficio que alegres cantamos?
¿No nos dicen que amados estamos
De María por el gran corazón?
¿No nos dicen que á cual parvulitos
Con ternura de Madre nos llama
E indecibles bondades derrama
En nuestra alma encendiendo su amor?

Mejicanos, no seamos ingratos,
A la Madre amorosa ensalcemos,
Entusiastas las voces alcemos
Himnos mil entonando en su honor.
De Lutero, Calvino y secuaces,
La doctrina infernal no sigamos;
Nunca viles esclavos seámos
Del satánico mísero error.

Una página nueva tenemos
De gloriosa inmortal remembranza,
De dulcísima paz y esperanza,
De grandioso y feliz porvenir.
Alza, ¡Oh Patria entusiasta tu frente,
De laurel y de mirto ceñida;
Nueva senda se muestra á tu vida;
Vas oh Patria dichosa á vivir.

Niños, niños, con voz argentina
Y con trémulas voces ancianos,
Juventud levantando tus manos
A la Estrella de Anáhuac ríntad:
¡Oh María! de tu trono divino
A raudales la gracia descienda;
De mi Patria ilumina la senda
Y dichosa por siempre será.

F. M. Góngora.

SOLEMNE Y ENERGICA PROTESTA

QUE HACEMOS LOS MEXICANOS

EN FAVOR DE

NUESTRA MADRE Y PATRONA

LA SANTÍSIMA VIRGEN

MARÍA DE GUADALUPE

Por un fiel y amante devoto de la Virgen.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MÉXICO

Niños, niños, con voz argentina
Y con trémulas voces ancianos,
Juventud levantando tus manos
A la Estrella de Anáhuac cantad:
¡Oh María! de tu trono divino
A raudales la gracia descienda;
De mi Patria ilumina la senda
Y dichosa por siempre será.

F. M. Góngora.

SOLEMNE Y ENERGICA PROTESTA

QUE HACEMOS LOS MEXICANOS

EN FAVOR DE

NUESTRA MADRE Y PATRONA

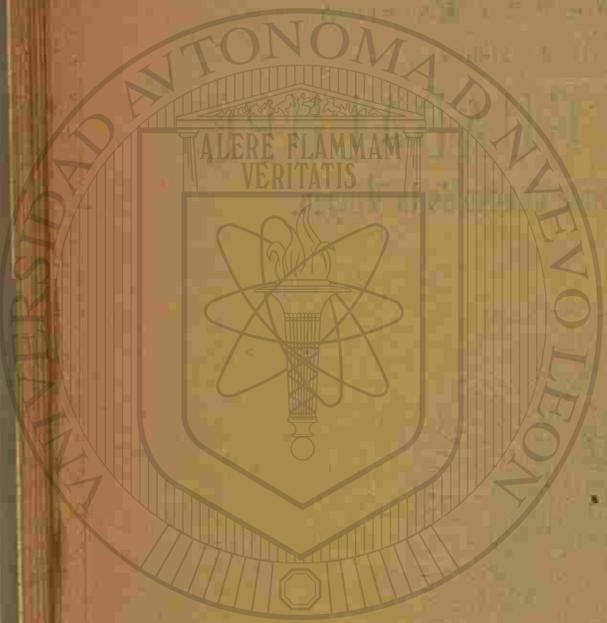
LA SANTÍSIMA VIRGEN

MARÍA DE GUADALUPE

Por un fiel y amante devoto de la Virgen.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MÉXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAMAMIENTO católico y general á todos los Mexicanos de uno y otro sexo, de cualquiera clase, condición, categoría y profesión que fueren, para presentar á la faz de todo el mundo y como un homenaje á la Excelsa y santa Madre de Dios en su prodigiosa imagen de Guadalupe, un público é irrecusable testimonio de la firmeza de nuestra creencia en su maravillosa aparición sobre el Tepeyac; de lo acendrado de nuestro amor hacia ella bajo ese título glorioso por el que fué su voluntad constituirse muy especialmente Madre de nosotros para impartirnos á toda hora su protección soberana; y de nuestra resolución irrevocable de morir en tal creencia, y con tal amor, esperando con sobrada confianza, que al ostentarse perennemente sobre nuestros pechos, co-

mo un precioso distintivo, esta unánime y solemne protesta, además de ser de inestimable mérito para que María de Guadalupe continúe dispensándonos como hasta aquí, sus multiplicados é imponderables beneficios; será para nosotros la condecoración más honorífica, gloriosa y envidiada entre los católicos, y para la augusta y Celestial Reina de Anáhuac, la más valiosa y espléndida corona que ceñía sus sienes entretegidas por sus amartelados hijos con la infinita variedad de afectos los más puros y sinceros que al soplo de inspiración divina el amor y la gratitud engendran en el corazón humano.

Más de tres años hace que conocido por innumerables personas el pensamiento iniciado, acojido que fué con particular devoción y positivo entusiasmo, me propuse realizarlo contando desde luego con todo lo necesario que con aquél se relacionaba; desgraciadamente, al emprender mis primeras labores una violenta y grave enfermedad que se prolonga por algunos meses, me impide ver cumplidos mis deseos; convaleciente apenas vuelvo inmediatamente á mi intento, cuando derrepente un funesto suceso en la familia interrumpe de nuevo mis laboriosos afanes. Pasado algún tiempo, ya en calma insisto en mi idea tres veces más, y otras tantas fracasa mi propósito. No parece sino que á cumplirse éste, había una oposición providencial, no para ahogar tal propósito, sino para aplazarlo á mejor tiempo, á reserva de aprovechar más tarde, las inmensas ventajas que se debían alcanzar á la realiza-

ción de idea tan sagrada y beneficiosa en la ocasión más propicia y oportuna á que pudiera presentarse.

Esta ocasión propicia ha venido á marcarla el movimiento de opinión, determinado á causa de la ruidosa y tristemente célebre controversia, suscitada en el año pasado acerca de la aparición de la misma Santísima Virgen de Guadalupe.

Es innegable que al tratarse de la Augusta Patrona de México, en el sentido que entraña dicha controversia, se ha herido cruelmente y en lo más profundo la fibra delicadísima y sensible en el corazón de los mexicanos; en primer lugar, porque tras de ese aparente celo por combatir los abusos, é ilustrar á los pueblos, que ha servido de pretexto á la contienda, acaso se encubre la solapada tendencia á disminuir el creciente, universal y fervoroso culto de que ha sido, y es objeto la sagrada imagen, menoscabando el mérito y prestigio que goza con el título de «María de Guadalupe» bajo cuya advocación ha sido venerada por más de tres Centurias, y con la fé de un origen divino, la han llamado «Madre» todas las generaciones que en el dilatado espacio de tres siglos y medio se han sucedido; en segundo lugar: esa imagen de Guadalupe, es la primera, la más antigua, y la más respetable entre los mexicanos; los innumerables beneficios que incesantemente ha derramado la Providencia sobre nuestra Nación, por el influjo de su poder, son elocuente y eterno testimonio del amor, cuidado y ternura, con que en cumplimiento de su divina promesa empeñada, siempre nos ha visto. En todo tiempo, y á cual-

quiera hora que la necesidad, el dolor, ó la angustia nos ha llevado á su presencia, hemos hallado, y á disposici3n nuestra, abierto el tesoro inexhausto de su coraz3n, con remedios eficaces para nuestras enfermedades: consuelos inefables para nuestras aflicciones: socorros abundantes para nuestras miserias. Jamás nos ha dejado abandonados á nuestra propia suerte y confiando tan solo en nuestros débiles y miserables recursos.

Entre la multitud de testimonios, que avivando nuestro amor á una madre tan tierna y cariñosa, ante el mágico encanto de sus maravillas y prodigios, abandonar el constante empeño conque ella ha procurado siempre aprovechar su benéfica y poderosa influencia en favor de sus hijos, hay un hecho de todos conocido que forma época gloriosa en los anales de nuestra historia en el que por todas sus faces de tal manera se muestra garantida á la protecci3n visible de la Virgen Guadalupana á los mexicanos que al contemplar aquel, por parte de patrona nuestra tan insigne y bondadosa, ya no nos queda que buscar más grandes y mejores títulos á nuestro amor y reconocimiento.

Ese hecho, fué el fruto tan natural como impensado que España recogió de tres siglos de opresi3n á que una monarquía desp3tica redujo á nuestro inmenso y hermoso continente, conquistado en apopeya inaudita por Hernán Cortés, y al que por sus fabulosas riquezas y espléndidas condiciones de su Naturaleza privilegiada se le llamó "Riquísima joya engastada en la Corona de Castilla.

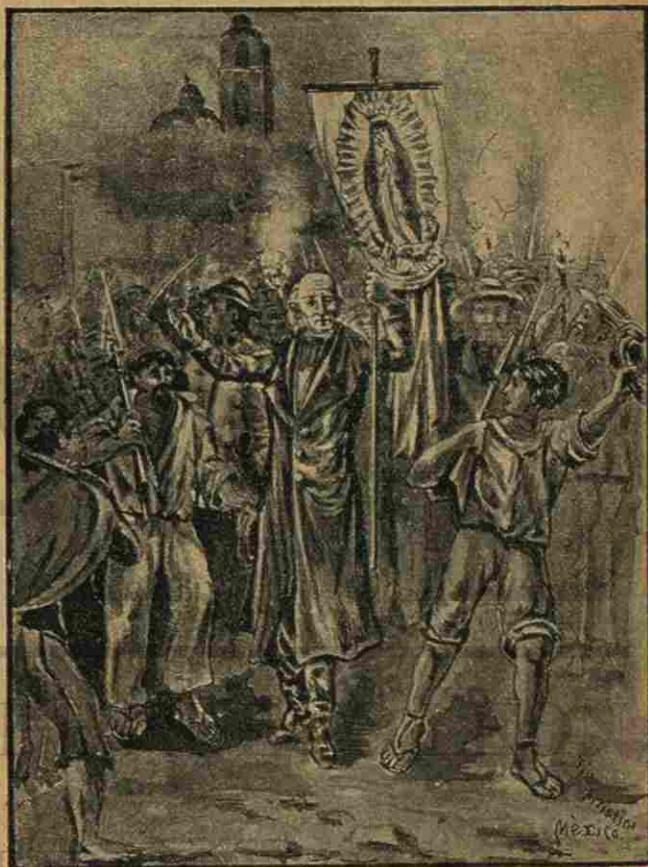
Enorgullecida estaba la Metrópoli, dueña y señora absoluta del Nuevo Mundo, de interesante atractivo á los sentidos, con todos los recursos que puede apetecer la humanidad, y que, no bien poco, contribuía á mantener con sus cuantiosos y repetidos tributos la grandeza y esplendor del trono de sus Reyes, cuando al no poder ya los mexicanos soportar por más tiempo la férrea dominaci3n de trescientos años, con el anhelo que enciende en aquellos, el mismo imposible de realizar sus halagadores ensueños de independenciam y bellos ideales de libertad, en significativo contraste con el vigor y tiranía de la más abyecta esclavitud: aleccionados, al mismo tiempo por los heroicos ejemplos y provechosas enseñanzas que por doquiera se propagaban con tan pasmosa rapidez, cual cunde la chispa que á medida que se extiende, va tomando mayores proporciones hasta acabar en un voraz incendio, se resolvieron los mexicanos á hacer uso del derecho supremo con que los otros pueblos, en casos idénticos, á su tiempo y con laudable justicia lograron su emancipaci3n y libertad.

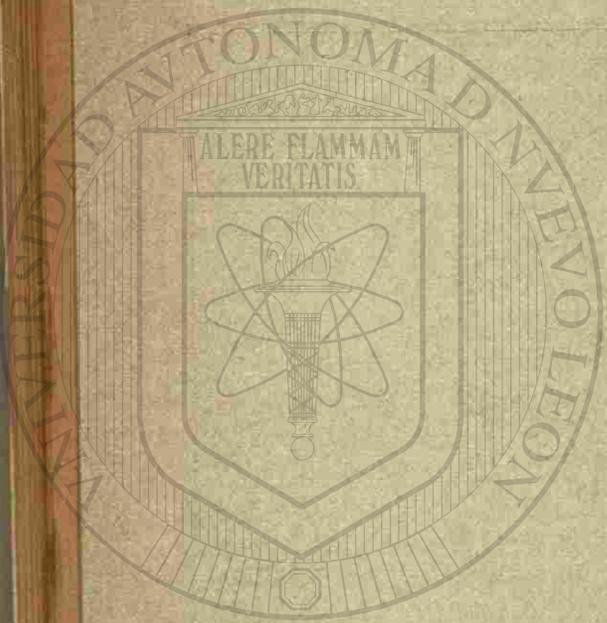
A los albores casi del siglo en que vivimos, era llegado el momento, aunque prematuro, por circunstancias inevitables é imprevistas, sin embargo; el hombre que en el libro de los destinos de México estaba señalado para acometer tan colosal empresa, no retrocede ante la más crítica de las situaciones, ni por las zozobras del presente, ni por los temores en el porvenir, por más que sus excelsos dotes le hagan apereibirse, de que su planta la tie-

ne puesta sobre el Cráter de un volcán próximo á declararse en espantosa erupción vomitando peñazcos, anublando el viento y llevando por todas partes entre borbotones de lava, la destrucción y el exterminio.

Aquel hombre, era el anciano sacerdote, digno párroco del pueblo de Dolores, D. Miguel Hidalgo y Costilla, el ilustre, el inmortal, quien arrojando sin alarde, con inmutable serenidad y un valor que toca al apoteosis, no solo los peligros que eran inevitables é inminentes, sino aun la misma muerte, que era segura, indubitable, y mostrando que miraba con positivo desdén el poder humano, con la ardiente fé católica de que por formidable que este sea, cuando conspira contra el bien de la humanidad, se estrella con la voluntad del cielo, se apresta sin vacilación á dar principio á aquella obra, la que encomienda á la celestial Vírgen del Tepeyac confiado enteramente en que con su constante y amorosa vigilancia, aquella, tarde ó temprano llegaría á ser coronada por un éxito feliz y glorioso para México, saludando la aurora de su libertad, ya independiente, con esperanzas de verse colocado algún día en su respectiva excelsitud entre las Naciones más grandes y poderosas del Mundo.

Con aquella inquebrantable resolución y puesto bajo tan soberanos auspicios, con una copia del maravilloso cuadro de la Vírgen Mexicana María de Guadalupe que inspiración divina puso en sus manos, forma el Estandarte que, levanta como preciosa enseña de la Santa causa que va muy pronto





DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

proclamar. En torno de aquel Lábaro supremo, consagrado apenas á María por tan egregio y respetable Caudillo, obedientes á su voz se agrupan las huestes mexicanas: luego al mirar á la Guadalupe hermosa, en el fondo de sus pechos sienten renacer las más lisonjeras esperanzas: amorosamente conmovidas invocan sus auxilios, y sabeedoras de que, en la árdua empresa por acometer, la que es Madre de Dios y Madre suya, incesantemente había de presidirlas, tan fausta nueva á tal extremo acrece su valor, les da mayores bríos, que fuera de sí de júbilo, sin detenerse más que en saludarla con entusiastas ¡Vivas! vitoreando también á su caudillo heroico marchan con presteza á iniciar la grandiosa lucha por la independencia de nuestra Patria.

No podía el benemérito Cura Hidalgo elegir medio más á propósito que el que adoptó, poniendo su idea de independencia bajo el amparo de la Santísima Virgen de Guadalupe. Así logró su laudable intento, que, era rodear dicha idea de poderoso prestigio: crearle de todas las clases innumerables simpatías: arraigarla hondamente en todos los espíritus y atraer, hacia ella la adhesión, el cariño y el entusiasmo popular.

En verdad; nada más natural, atendidos el acendrado amor, universal y fervoroso culto con que á fé de las Leyendas legendarias, de doscientos años atrás había venido siendo venerada la más antigua y tan querida imagen de María. Por esto, al figurar la Reina del cielo en ese suceso histórico, de una manera especial cual ha acontecido siempre

en medio de los tormentos sociales, ó en las grandes crisis porque han pasado otras Naciones, no es extraño, ayudándonos con la antorcha de la fé, que en estos casos debe servir al católico de guía, no es extraño, suponer la sensible y perenne intervención de Santa María de Guadalupe, desde el principio hasta su término, en la justa demanda del pueblo mexicano, hijo de aquella por particular y generosa adopción, el que sintiéndose ya viril y robusto, proclamaba en 1810, su emancipación y libertad. De ahí es, que si en todas las peripecias á que por once años estuvo sujeta aquella lucha, encendida más cada día por el funesto contrapeso de elementos bien conocidos, que de diario aumentaban las filas impugnadoras de la causa proclamada en Dolores por el benemérito Cura D. Miguel Hidalgo; si en sus variados acontecimientos favorables unos y otros, adversos, no ha dejado de presidir la Virgen Guadalupana con cuidados diligentes, y admirable empleo de su enérgico poder; no cabe duda que en los momentos supremos de inminente peligro, sus promesas hechas en el Tepeyac al tiempo de prohijarnos, en cuanto á guarecernos con un perpetuo amparo, mostrándose amorosa y compasiva con nosotros á toda hora; estas promesas, viéronse cumplidas con la más halagadora y poética realidad, en incontables lugares, y no una sino innumerables ocasiones en los campos de batalla donde ella, aunque de una manera invisible, al ver á los suyos en encarnizados encuentros, al ruido siniestro producido por el choque de las armas, entre

los silbidos del bronce y la metralla, en el torbellino, en fin de implacable furor, levanta su mano sagrada para infundirles ánimo con sus bendiciones; entre la multitud de gente inexperta, sin aptitudes guerreras, acaso hambrienta y mal armada, avivaba en toda ella, con repetidos golpes de luminosa inspiración, los nobles sentimientos de amor patrio; cerca de los combatientes, daba aliento á su valor y denuedo en lo más recio de la contienda, junto al doloroso lecho de los enfermos ó heridos, infundía á éstos y aquéllos la fortaleza necesaria, con una cristiana resignación; al pié del patíbulo, recogía los últimos suspiros de las victorias que con placer sacrificaban su vida en las aras de la Patria; por defender con heroísmo invencible los sacrosantos derechos de la libertad; donde quiera, en fin, hacía sentir los consuelos de su maternal cariño, con solo su nombre que generalmente aclamado con ternura y confianza, lo mismo resonaba entre el estruendo estrepitoso de las armas al tiempo del combate, que en medio de los jubilosos himnos de alegría y entusiastas ¡Vivas! á la Patria, á la hora del triunfo.

¡Oh! larga fué la serie de prodigiosas escenas en que por más de una Década de años, con la sublimidad de su grandioso poder, Nuestra Madre Santísima de Guadalupe nos mostró en toda su intensidad el amor especial que nos ha tenido, empleando todos los infinitos recursos de su divina maternidad en ayudarnos á vencer los poderosos obstáculos que desde el principio venían conspirando contra el completo éxito de nuestros inauditos esfuer-

zos, por ver consumada nuestra Independencia, que sería el coronamiento de la grandiosa obra iniciada bajo la invocación, amparo y auxilio de nuestra amorosa madre la excelsa Virgen mexicana, por el inminente Párroco de Dolores, quien, sin más allá entre los héroes, en su movimiento de independencia gracias al cual tenemos patria, sin esperar que su fama transpase los límites de un humilde pueblo, solo inspirado en su íntimo amor patrio, realiza una hazaña que deja sincera y justamente pasmado el espíritu, cuando al hojear nuestra historia se llega á conocer, en una de sus más brillantes páginas, donde indeleblemente circundada de gloria ha quedado inscripta con la mayor justicia.

Este es el hecho, donde queda puesto en relieve todo el mérito de la sagrada Imagen de Guadalupe; no solo porque en once años de asoladora guerra, que en conjunto era el incendio, la matanza, el desencadenamiento y la destrucción; en presencia de aquel espectáculo, diario, cruento y terrífico, de su corazón henchido de piedad, para tantas desgracias, se desbordaban profusamente y en donde quiera, esperanzas, socorros y consuelos, sino porque las valiosas pruebas de su constante y eficaz empeño en favorecer á los hijos de su ternura, interesada en que México entrara en el pleno goce de su autonomía; á los títulos bien fundados de su antigüedad, primacía y respetabilidad que la ensalzan, vinieron á añadir otro de trascendental importancia y poderoso estímulo á nuestro amor y gratitud que la enaltece, consistente en ser vista y

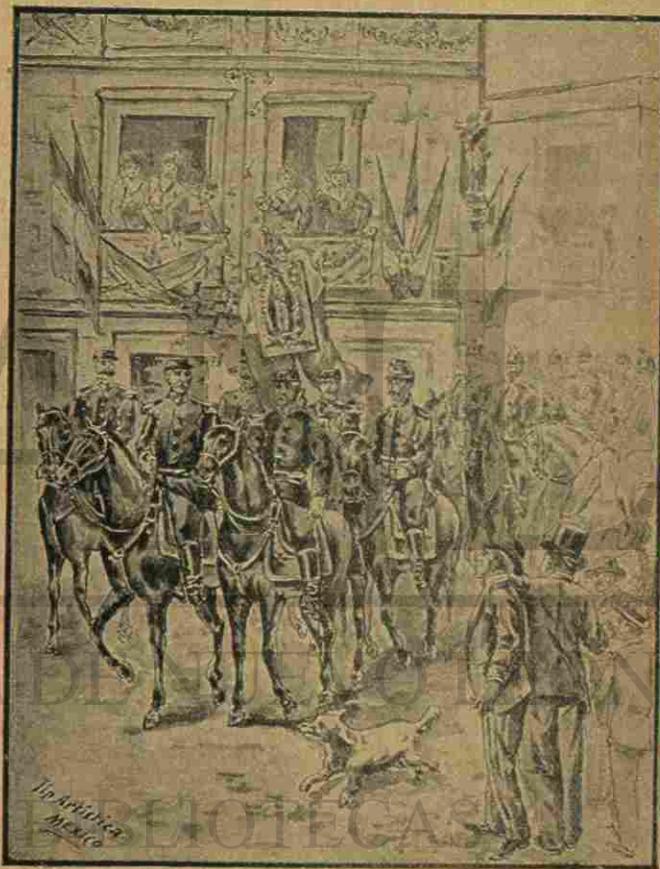
considerada por los mexicanos, consumada que fué la Independencia, como el símbolo sagrado de nuestra nacionalidad.

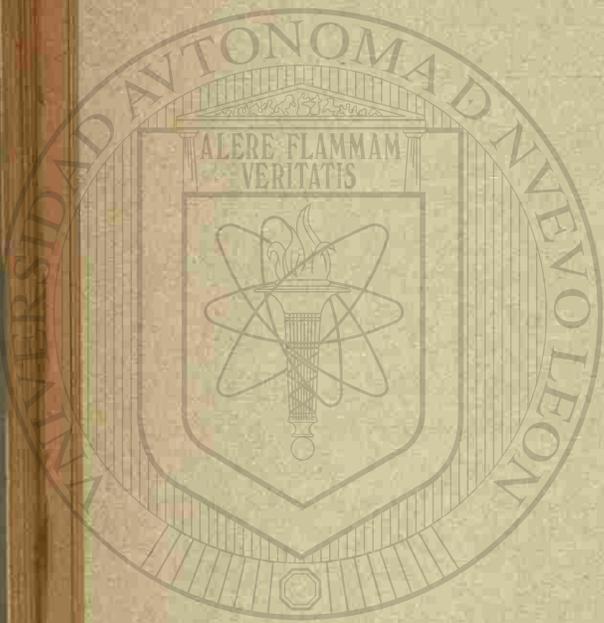
La Patria que acababa de ver iluminarse su cielo, esclarecerse sus antes tenebrosos horizontes, y al través de los fulgores de la Libertad, confiando solo en María, se promete un porvenir de bienandanza; la patria, repito, es la primera en tributarla un justo homenaje por su nuevo título, cuando en 1821, objeto de una ovación tan espléndida cual nunca se había visto, bellísima como es, y con ese secreto encanto que posee para inspirar devoción, entre las ráfagas de su gloria aparece la celestial figura de la Virgen Guadalupana recorriendo la Capital en son de triunfo en medio del ejército libertador, quien realizando la más brillante y legítima apoteosis, como protesta de profundo reconocimiento y muestra de vehemente deseo porque se hiciera universal la trascendencia del poderoso patrocinio de María, llevada aquella hasta los confines últimos del mundo por los heraldos de sus glorias, conquistándole por do quiera timbres preclaros de amor y de veneración; aquel heroico ejército que había ensalzado nuestra honra y prodigado su sangre para darnos Libertad, por toda la carrera de sus triunfos hasta entrar á México bajo una lluvia de laureles á ceñir su frente con la corona ínclita de los héroes que entre sus manos se reserva la protección celestial, al intento de engrandecer cual merecía, á la Santísima Virgen Mexicana María de Guadalupe, tuvo á gala llevarla bajo el pa-

bellón de las tres garantías en forma de dosel, colocada sobre sus Estandartes victoriosos. (1)

De entonces acá, y fiel la Nación al juramento que México tenía hecho de reconocerla por Patrona, la inclinación irresistible dado cualquier conflicto, de volver luego los ojos hacia el divino Alcázar del Tepeyac, en cuyo suelo tantas generaciones han caído devota y respetuosamente de rodillas, y encontrando á María siempre clemente y misericordiosa, con disimulo de no ser bien correspondidas sus extremadas bondades con nosotros, ni tener en cuenta nuestras aberraciones y extravíos, nos ha salvado de más de una catástrofe en que habríamos perecido: nos ha sacado avantes de una guerra en que la ambición de audaces invasores, acaso nos hubiera subyugado; nos ha dejado en fin, libres, de tantos males, cuantos son los bienes incalculables y positivos que en el espacio de veinte años hemos recibido, después de más de medio siglo de trastornos, desgracias, guerras internacionales y luchas intestinas. En el brevísimo período de cinco Lustris removidos providencialmente, con profundo tino y raro acierto, los

(1) La imagen de Nuestra Sra. de Guadalupe que con el ejército trigarante venía en primer lugar bajo una Bandera tricolor en forma de pabellón en el mismo Estandarte, era de Don Ignacio Miranda antiguo comerciante en Mercería situado bajo el Portal de las flores: Don Gervasio López hijo del notable americano independiente Don Benedito López, fusilado en Zitácuaro por los españoles, portaba también un bonito Estandarte con la Santísima Virgen rodeado de pequeñas banderas nacionales, y así entre todo el ejército, se dejaban ver otras muchas imágenes de la Virgen, y aún en estampas de papel en altas cañas adornadas con flores.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

funestos obstáculos que de antaño venían oponiéndose al bienestar de nuestra Patria, cuya decadencia cada vez más se remarcaba, hemos visto todo esto; el poder, consolidado por tanto tiempo, rodeado de respeto, crédito y prestigio, sin que otro precedente pueda emularle en nuestra historia; el trabajo, las Artes y la industria, en progreso y actividad: la Agricultura, el Comercio y el espíritu de empresa, en animación y movimiento: la literatura y las ciencias, en notable desarrollo y adelanto: nuestra cultura, en el rango de poder departir en el concierto de la civilización con las viejas Naciones de Europa: la prosperidad de nuestro país en mayor auge cada día: la grandeza, en fin, de nuestra nación, creciente, tocando ya puede decirse, á su apogeo.

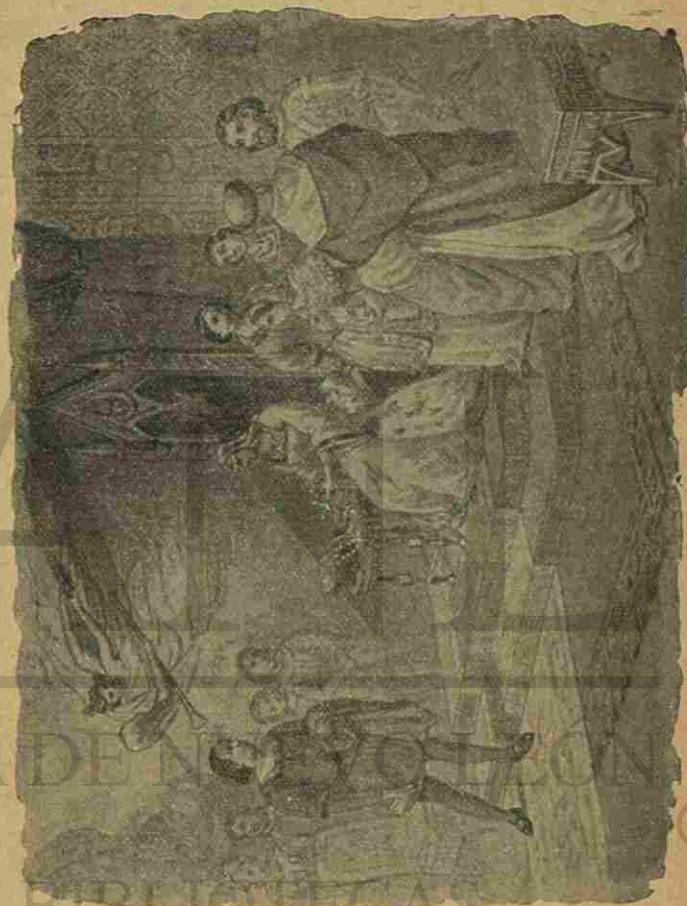
Estos son los múltiples elementos que constituyen la fuerza, el vigor y la vida de los pueblos, los que los ligan entre sí, destruyen los principios heterogéneos cualesquiera que sean, nulifican la pernicioso influencia que produce enfermizos engendros, y acaba por completo con las estériles y espantosas agitaciones de la anarquía.

Pues todos estos bienes, y los infinitos que de estos se derivan, los hemos atesorado á la sombra de la paz que María, apiadada de nuestra Patria abrumada de males casi ya sin vida, nos ha enviado desde el cielo; á fin de que, aprovechando al influjo de ese don divino y el más precioso, la dolorosa experiencia de nuestras pasadas desdichas, se operara en nosotros una transformación, preludeo seguro de

nuestra definitiva estabilidad en el puesto que pluguiera á la Providencia señalarnos.

Si de ser esto cierto, surge alguna duda en nuestro ánimo, bastará á convencernos convertir nuestra mirada hacia aquella bendita Colina del Tepeyacatl levantada por la mano de Dios para ser en un día, aunque lejano, el monumento conmemorativo del exquisito amor y señaladas bondades de María á los Mexicanos: monumento eterno donde en frases divinas quedó esculpida, indeleble y como una de sus más envidiables glorias para nuestra América, esta inscripción que revela desde luego el encariñamiento maternal de la Virgen Guadalupe para con nosotros: «Siempre y en toda ocasión, aquí, amante de mis hijos: Mis ojos, mi corazón, estarán sobre ellos fijos.»

No ha podido quedar más comprobada la inmensa deuda de gratitud que ha contraído la Patria con la Santa Madre de Dios, representada en la Sagrada Imagen de Guadalupe; es tan grande, como la que con la misma tiene contraída también la Religión, por una serie no interrumpida de maravillosos auxilios y beneficios, que aún antes de hallarse entre nosotros, con prodigios estupendos han hecho palpable en favor nuestro su singular predilección, sin que parezca extraño suponer, que al intervenir de un modo tan poderoso y eficaz en el descubrimiento del nuevo Continente, era para hacernos después sentir los felices resultados de aquella, en la magnífica ostentación de beneficios infinitos, que en desahogo de su maternal cariño



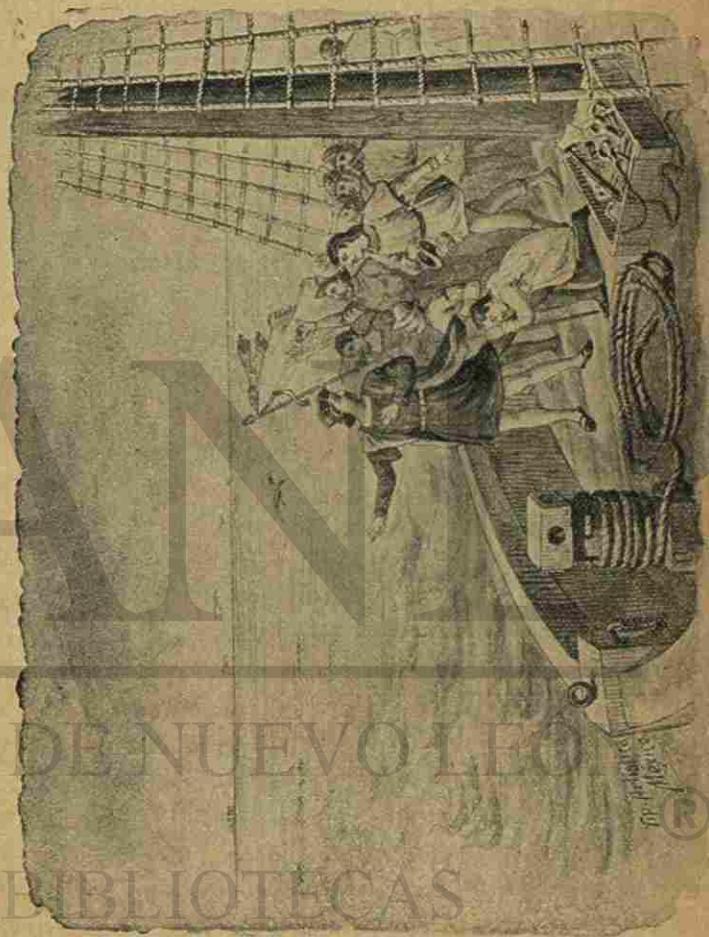
había de derramar con profusión espléndida sobre todas estas, antes ignoradas regiones.

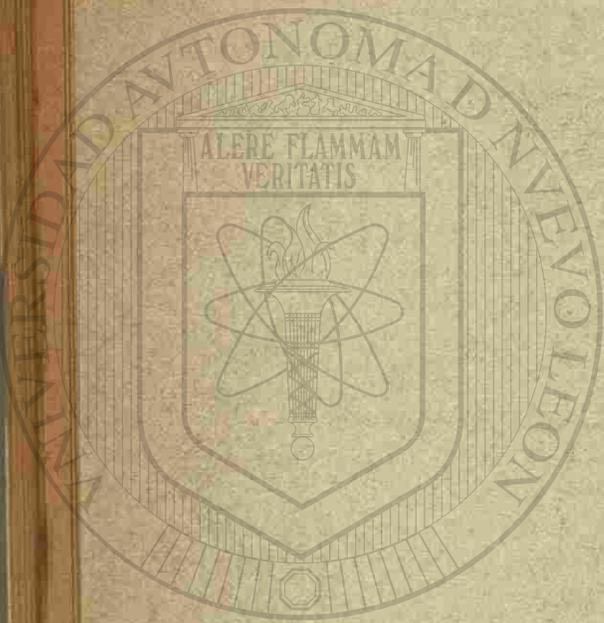
Solo así puede explicarse la tenaz persistencia de Cristóbal Colón, en su idea tantas veces rechazada y por todos fuertemente combatida; su resolución intempestiva de visitar el célebre Convento de la Rábida, y su prodigiosa constancia y paciencia tanto tiempo en la Corte de Fernando, é Isabel; después, el generoso desprendimiento que para proteger la empresa del ilustre Genovés, con actitud noble y resuelta, hizo de sus riquísimas joyas la excelsa Reina de Castilla, como un rasgo de abnegación sublime, más, por celo religioso que por ambición mundana, inspirándose en la Virgen María á cuya imágen antes de tomar cualquiera resolución, recurría puesta devotamente de rodillas; luego, el viaje del intrépido piloto á larguísima distancia surcando el agua de los mares, afrontando tormentas y borrascas y expuesto á inminentes riesgos al dirigir dominando los abismos del Océano, las legendarias carabelas demasiado frágiles, y las tres, tripuladas apenas por un puñado de hombres desalmados, sin fé en Dios, y sin temor ni á los peligros ni á la muerte, y lo que es más, sin contar con elementos, ni científicos, ni materiales á propósito de la navegación emprendida, pues el único apoyo de sus esperanzas era, la vista fijada cuidadosamente en la proa, y su corazón confiadamente puesto en la Virgen María á quien desde un principio tenía encomendado el éxito de tan árdua empresa; por último llegar el atrevido Náutico á alcanzar el anhelado fin, que desde apenas

en pleno uso de su razón, había sido el objeto exclusivo de sus profundos estudios, meditaciones, consultas, y vigílias, cual era, encontrar la porción que á su juicio faltaba á la integridad de nuestro planeta, y que verificó en los momentos en que iba á perder la vida entre las iras y á manos de su tripulación insurrecta porque se creía engañada, descubriendo los purísimos horizontes del Nuevo Mundo, el que, al pisar el futuro Almirante las playas paradisíacas de Guanabani; (hoy S. Salvador) al dársele en posesión, le dió lo que tal vez ni el mismo descubridor se prometía. Una región de tierra vírgen de inconmensurable extensión provista de todos los elementos, climas, productos, y recursos indispensables á las exigencias del placer, ó á los apremios de la necesidad, henchida de auríferas riquezas y abundante planta: cercada en fin, por omnipotente mano de los más poderosos y atractivos encantos.

Este lauro de esplendente é imperecedera gloria justa recompensa á Colón por sus trabajos, afanes y sacrificios, no es solo para él, también lo es para la magnánima Reina que con rara munificencia, sin vacilar, arrojó todas sus riquezas á la balanza donde se pesaban los destinos de México.

No podían ser estos, más dichosos, que realizados el descubrimiento y la conquista de este hermoso Continente, por el catolicismo, personificado en Cristóbal Colón y en los Reyes de España, cuyo objeto de estos y de aquel, más elevado y principal, al llevar á cabo la empresa más grande, y maravillosa que se registra en el orden de las cosas huma-





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nas, era, además de esparcir en estas ignotas y dilatadas regiones los gérmenes de la civilización, abrir en todas ellas, por mar y tierra, nuevos caminos al Evangelio y derramar hasta el último de sus confines las claridades del cristianismo, fundando en sus infinitos pueblos y comarcas el imperio de la Cruz para que tantos millones de criaturas racionales, hacía siglos en el olvido, tornándose de bárbaras en civilizadas vinieran á integrar la familia humana, y todas aquellas mismas, tanto tiempo perdidas entre las tinieblas de la idolatría, regenerándose con la esperanza suprema de una vida eterna, haciéndose partícipes de los bienes sobrenaturales traídos á la tierra por Jesucristo, salieran de los antros de la superstición á acrecer el número de los adoradores del único y verdadero Dios.

No podría explicarse de otra manera (teniendo siempre en cuenta la visible y constante protección de María á los Mexicanos) el incansable afán de Colón en sus frecuentes y respetuosas solicitudes demandando á los Reyes Católicos, en dinero y operarios Evangélicos, poderosos auxilios, estimulando la constancia de aquellos en llevar á su término la expedición á las Indias que con ser esta de grande importancia para Dios, sería el título indiscutible que para siempre, tendría su nombre á la inmortalidad, y al ampararla, aquella sería fecunda en gloria hasta para más allá del tiempo de su reinado, y de exorbitante lucro para la Religión Católica para la salvación de tantos millones de almas. Tampoco podría explicarse el persistente empeño de Colón

en ser él en tan arriesgada como dificultosa propaganda, el primero de aquellos operarios, como lo demostró en desahogo á los santos entusiasmos de su fé levantando luego el sagrado signo de la Redención, edificando Iglesias, organizando fiestas populares religiosas, y haciendo resonar con himnos de adoración en donde quiera que abordaba, los augustos nombres de la Virgen María y del Redentor.

Es esto muy significativo, de que la idea dominante en Colón al acometer una empresa tan grandiosa y levantada, que solo al contemplarla, el espíritu se pasma y maravilla; mas, que erigir á su persona un áureo y luciente pedestal donde recibiría en no lejano tiempo los homenajes de los siglos; mas, que enaltecer su nombre para que en todo el mundo, más tarde lo hiciera célebre la fama: más, granjearse veneras, títulos, ó escudos como premio merecido por sus proezas y hazañas, y más que acumular en torno suyo incalculables tesoros de riqueza, era penetrar en el occidente para disponer los caminos á los importadores de bienes positivos y verdaderos, á los evangelizadores de la paz; iluminando con la resplandeciente antorcha de la fé católica todos estos lejanos y desdichados países, por ninguno hasta entonces explorados, y á la vez dando á conocer en toda su vastísima extensión los prodigiosos é inestimables beneficios de la caridad cristiana.

Viene por último á confirmarnos; que tanto á la ejecución como al intento de su obra, fué impulsado Colón, muy principalmente por un sentimiento

religioso, la notabilísima circunstancia, de no dar aquél por cumplidos sus deseos, ni terminados sus esfuerzos, no obstante, realizado el descubrimiento, y á cargo del Ministerio de la Iglesia, de quien era propio procurar medios seguros y eficaces para hacer aceptable á los recién conquistados, el nombre cristiano, y lograr con dulces y poderosos estímulos, que dócilmente abrazaran una nueva religión que condenaba la suya, hondamente arraigada en sus corazones, lo mismo que sus creencias, ritos, prácticas y ceremonias tan sanguinarias y ridículas. Ante hechos tan palpitantes y de indiscutible verdad testificados por la historia y que deben atribuirse á milagro, porque lo es, todo lo que aparece superior al orden natural y excede á las fuerzas humanas, debemos inclinar la frente reconociendo una intervención divina en la obra estupenda del marino incomparable, honor de la Liguria. Esa intervención era á no dudarlo, la de la Virgen María cuyas inspiraciones dieron en la mente de Colón ser al pensamiento de la empresa, é infundieron en su espíritu fuerza y valor para acometerla con una constancia y fortaleza sin ejemplo, hasta llevarla con asombro de todo el mundo, á un término feliz.

A esa influencia celestial fué debido que (contra lo que era de esperarse) la doctrina de Jesucristo fuera acogida con natural benevolencia. La Iglesia que á raíz del descubrimiento empeña todos sus trabajos en la propagación de la fe, alcanza en breve un éxito satisfactorio. Misioneros de diversas órdenes religiosas venidos de la Metrópoli, fueron

los que trajeron á estos remotos países la luz de la religión y las dulzuras de la vida civilizada; los que enseñaron á los habitantes de estas poblaciones escondidas, á labrar la tierra de un modo perfecto y productivo, y los instruyeron en lo concerniente á los adelantos, respecto de las artes y oficios, de manera que á la vez que extirpaban la idolatría, introducían la civilización en los dominios de la barbarie. Sin más armas que un crucifijo y la unción de su palabra, no se amedrentan al encuentro casual con los salvajes que en numerosas tribus vivían errantes en medio de los desiertos; seguros en la promesa de que en tales casos, el cielo daría fortaleza á su espíritu y persuasión á sus labios, confiadamente se prometen dominar los salvajes y feroces instintos de estos pueblos y atraerlos dulcemente al Catolicismo.

En verdad: al influjo de su constante predicación acompañada con edificantes ejemplos, no fueron estériles sus trabajos, ni inútiles sus sacrificios; el perseverante afán y exquisito empeño con que aquellos sacerdotes apostólicos recorren las comarcas, penetran en las selvas, se presentan en las Pagodas y por doquiera se hacen visibles sin cansarse de predicar el Evangelio empleando para sacar provecho todo el fervor de su celo, todos los recursos de su sabiduría y los más poderosos artificios de su caridad, son superabundantemente recompensados con las pingües y múltiples cosechas de espirituales frutos que recogen llenos de consuelo y alegría.

No es posible presentar con rigurosos detalles

todos los arbitrios que emplea la Iglesia para dar mayor ensanche y con más actividad á la propagación de la fé; mas, basta recorrer 39 años en cuyo transcurso se nota el portentoso crecimiento á que habían llegado en punto á civilización, moralidad, influencia, fuerza y creencias religiosas todos estos desventurados pueblos acabados de salir de las tinieblas; de manera que al aparecer la bendita Madre de Dios sobre el Tepeyac á santificar con su planta nuestro patrio suelo, tomando posesión de la nueva heredad que había elegido; subyugada la América casi por completo, á la sola presencia de la maravillosa imagen Guadalupana, adueñada como por encanto de todos los corazones, y objeto de universal veneración, desde entonces bajo su amparo prometido y á impulsos de su amor se han venido desarrollando progresivamente todos los elementos de grandeza para nuestra patria hasta verse colocada á la altura en que hoy se encuentra.

La religión: que también por gracia de la Virgen María, es la Católica la que profesamos para cuya propagación al principio en nuestro país favoreció singularmente á sus primeros hombres apostólicos infundiéndoles su gracia, dándoles fortaleza é iluminándolos con su luz; batida á veces con diferentes armas, en lucha casi siempre con las pasiones, y en perpetua contienda sí no con la ciencia, con el poder; no obstante de triunfo en triunfo, á marchas majestuosas y cargada de trofeos ha llegado pura y victoriosa hasta nosotros. Su apoyo indestructible ha sido la Virgen María de Guadalupe, quien velan-

do sin descanso por su estabilidad, la ha conservado en nuestra Nación con exquisito esmero, sacándola ilesa en todo tiempo, de entre las más deshechas borrascas suscitadas contra ella por las puertas del infierno.

Aunque á grandes rasgos queda patentizada la inmensa deuda de gratitud que nuestra Patria y la Religión tienen para con la Santísima Virgen de Guadalupe, lo mismo que los títulos indiscutibles de la sagrada imágen á nuestro amor, veneración, reconocimiento y respeto; no obstante, esta demostración toca al más alto grado de evidencia, y la confirma el predominio de Nuestra Patrona Soberana sobre los corazones: el ahinco con que es solicitada á toda hora su influencia poderosa, y el prestigio indefinible que tiene no sólo entre nosotros, sino donde quiera que llega el eco de su nombre y de su gloria.

¿Cuál será el mexicano que en su corazón no sienta agitarse los sentimientos de gratitud, con las dulces reminiscencias del intenso amor de nuestra madre hácia nosotros? ¿De qué pecho no se desbordarán afectos de entrañable ternura, á María, cuando teniendo, (por gracia) ilimitado poder sobre la vida y la muerte, sobre las enfermedades y la salud, sobre la prosperidad y la ruina; al volver hácia ella nuestros ojos, siempre la encontramos en actitud suplicante para que atendido su continuo y amoroso ruego, libres sus hijos de todo género de males los colme el cielo de perdurables bienes? ¡Oh! Adhesión tan firme y devoción tan fervorosa

á María Santísima de Guadalupe, son debidas no sólo á la bondad suma con que nos ha distinguido atrayéndose nuestra admiración, captándose nuestro respeto, y conciliándose todo nuestro amor, sino á que nuestra confianza puesta en ella, jamás ha sido vana, y nuestras esperanzas colocadas en su intersección nunca se han visto defraudadas. Esta experiencia ha hecho á los mexicanos vincular sus sentimientos religiosos y patrióticos en la Santísima Virgen de Guadalupe, llevados por los entusiasmos de su fé, hasta el extremo de cifrar, después de Dios, toda su felicidad en poseer su sagrada imágen; toda su esperanza en invocar su nombre, y toda su gloria en tenerla por Madre.

Con razón, profundamente conmovida la Nación entera se estremeció de doloroso sentimiento por la circulación del solemne «Mentís» al portento maravilloso del Tepeyac, lanzado al público por la prensa periódica, hace seis meses en algunos diarios.

No podía menos de suceder así. En esa controversia extemporáneamente suscitada y sin causa (á mi juicio) que la pueda justificar, el punto objetivo, es la Sagrada Imagen de la Virgen de Guadalupe; pues esa imágen, en la apreciación de todos los mexicanos, es por muy fundados motivos una de aquellas obras, tan sagradas, tan llenas de sentimiento, significación y Misterio, que tocarlas sería una profanación y un sacrilegio hacer de ellas un análisis minucioso, con la intención de encontrarles algún defecto; esa imágen es para los hijos de México el objeto más caro y la amamos tanto,

que el pensamiento siquiera de un ultraje á ella, lo tendríamos por la ofensa más grande que hacersele pudiera.

Siendo esto cierto como lo es, y aun palpable, sin gran esfuerzo puede concebirse la honda impresión que en todas las clases de la sociedad y entre todas las opiniones había causado la impugnación intempestiva, á la Aparición Guadalupana; la noticia de aquella, que preocupaba todos los ánimos, oprimía de angustia á todos los espíritus, y era el tema de todas las conversaciones, en lo general, fué recibida con tal desagrado, que al punto se hizo manifiesto por espontáneos movimientos de pesar, y violentas explosiones de indignación.

El empeño, empero, de los que despojando á la Sagrada Imágen de Guadalupe de su especial y más preciosa prerrogativa cual es su Divino Origen; soñaron derribar de un soplo el suntuoso pedestal de gloria levantado para ella por la mano poderosa de los siglos; les dió en su resultado un efecto contraproducente, porque sus afanosos trabajos á fin de llenar sus deseos (á pesar de la autorizada carta atribuida al sabio historiador eminente católico Icazbalceta, carta terminante, irrefragable, contundente,) esos trabajos han venido á añadir un nuevo triunfo á los ya alcanzados por nuestra Patrona excelsa, á imprimir un impulso poderoso á su culto, á dar mayor fuerza y ensanche á su prestigio, á despertar más vivos los sentimientos de fé, de amor, y gratitud aun en el corazón de los más tibios, y nada de cuanto se ha

dicho en contra del milagro, ha logrado, ni disminuir el respeto conque siempre se le ha visto, ni amenguar la confianza que en todo tiempo se ha tenido en su poder y valimiento, pues ni siquiera la sombra de la duda ha venido á alterar la fé y anublar las esperanzas de los católicos, quienes en numerosas multitudes, se ha visto y acaso, ahora después, más fervientes que nunca, precipitarse hacia el Misterioso Santuario, en muchas y extraordinarias peregrinaciones.

Pues tan extraña correspondencia á María Santísima de Guadalupe por parte de algunos de sus hijos, con criminal olvido de cuantos bienes á ella la debemos, y con el más alto menosprecio de los títulos que tiene á nuestra gratitud, reviste en el presente caso, tan repugnantes formas, que hacen monstruosísima la ofensa inferida á nuestra amorosa Madre. Frescas están todavía en las columnas periodísticas de algunos diarios de la capital, las frases impías, injuriosas, y burlescas que con aparente motivo de una discusión, se han arrojado con desacato inaudito, al rostro de nuestra adorada Madre la mística Virgen Guadalupana. Allí están también (que ojalá y pudieran borrarse, porque son venenosas influencias que determinarán más tarde consecuencias desastrosas cual las burlescas bufonadas del siglo XVIII, que comenzaron riendo, y acabaron llorando.) Están también los denuestos, sarcasmos é improprios de los que, á caza de ocasión cualquiera, para rebajar la dignidad Eclesiástica, denigrándola, y desacreditar el catolicismo,

zaheriéndolo cruelmente, á pretexto de la célebre impugnación al milagro Guadalupano, preparándose con manifestaciones agresivas y apreciaciones virulentas, haciendo á un lado el miramiento y altísimo respeto que por su elevada jerarquía, virtudes y saber, se debe al Episcopado Mexicano, en tono chocarrero y despreciativo, rebotando encono, lo han ultrajado tocando hasta el ridículo, en términos tan insisivos y amargos que luego se revela el odio con que fueron vertidos.

Todo lo que hasta aquí llevo expuesto con demasiada sencillez, aunque con prolijos y severos detalles, protesto que no ha sido con el fin de hacer perder á alguno, la estimación pública ni mucho menos de concitarle á nadie la animadversión popular, por más que desgraciadamente en la contienda á que me refiero, nos encontremos colocados en diversas posiciones.

Bien comprendo que el espectáculo lamentable que conmoviendo hace algunos meses á México, el que, si bien algunas ocasiones había advertido ciertos amagos poco religiosos, ó notado algunos conatos en nada conformes con la pureza de la fé, jamás había visto ni oído que se tocara con el más pequeño agravio ó desdén, á la Santísima Virgen de Guadalupe que compendia todos sus misticismos y después de Dios, es el más augusto é interesante objeto de su fé y de su Cristiana piedad; bien comprendo, repito, que esto ha sido efecto de que la sociedad cada día está más enferma, en razón de que á medida que vigorosamente se des-

arrolla el entendimiento humano por causas inevitables que son bien conocidas, se debilita su energía y hay innegable desequilibrio entre sus fuerzas reflexivas y sus fuerzas morales; y de esto dimana que cuanto mayor es el vuelo que en nuestra época ha tomado la razón, y se palpa, por la osadía de sus concepciones, y profundidad de sus juicios, se hace más grave la Anemia moral y el desfallecimiento egoísta á que han llegado los caracteres y las conciencias, entrando en la postración de todo, la fé Religiosa y la fé Política.

En el presente Opúsculo que revela el propósito que he tenido al formarlo, quise mostrar muy al vivo, los acontecimientos, porque mi amor á la Virgen de Guadalupe es grande, sobre toda ponderación, y aspirando al logro de que todos los corazones mexicanos, unidos por tierna y filial devoción, se desborden en sentimientos sinceros de amor y gratitud confundiéndonos todos á este respecto, en un solo sentimiento católico; ha sido mi único deseo llevar á los ánimos la convicción íntima de esta verdad que juzgo irrefragable. La cuestión promovida acerca de la Aparición milagrosa de la Santísima Virgen María sobre el Tepeyac, ha sido una grave ofensa á la Sagrada Imagen de Guadalupe, ofensa que ha herido en lo más sensible el corazón de los Mexicanos y lastimado profundamente al Catolicismo.

Ahora bien: como indiqué al principio, á raíz de los acontecimientos mencionados, creí era la ocasión de realizar mi propósito, que desde hacía tres

años se me venía frustrando. De manera que el solemne testimonio á la Virgen de Guadalupe, de la creencia en su Aparición y del amor que la tenemos, es hoy también un acto de justa reparación por la ofensa que ha recibido. ¡Coincidencia notable! España, nuestra buena madre, de quien en rica herencia tuvimos el Catolicismo, acaba de darnos el mejor ejemplo á este respecto. Hacía más de un año que se emprendían grandes trabajos á fin de restablecer en todo su antiguo esplendor el culto á la Santísima Virgen del mismo nombre que la nuestra, el cual había entibiándose de tal manera, que en la Sierra de las "Villuercas" ingratamente olvidada por la Nación entera, yacía aquella sagrada Imágen de María, á cuyo altar, en tiempos más felices, llevaban llenos de fé nuestros padres su votos y ofrendas, y á quien España en sus siglos de oro debió el éxito y el brillo de todos sus hechos históricos, los más grandiosos y notables. (1)

A un llamamiento general por la prensa, la Nación toda obedece, siendo la Augusta Reina con su Corte la primera en acudir á subsanar en lo posible tan incalificable desden á su Virgen veneranda. Con tan noble fin y con inusitado esplendor, se realizan al punto ¡oh! ¡qué misteriosa coincidencia! precisamente en los mismos días que entre nosotros con escarnecimiento de la piedad mexicana,

(1) El periódico *El Tiempo*, del 16 de Septiembre y 25 de Octubre del año pasado, reprodujo lo que acerca de este notable acontecimiento en España dijeron *La Epoca* de Madrid y otros periódicos.

se debatía el milagro de la Aparición de María sobre el Tepeyac; se realizaban, repito, en España suntuosas fiestas religiosas; se organizaban solemnes, devotas y respetables procesiones públicas, y se formulaban en todo el Reino innumerables protestas de amor y gratitud en honor y culto á María; por todas partes. . . . ¡oh! nada se omite en loor eterno á la Santa Madre de Dios, como una reparación del agravio reconocido, hecho á la Sagrada Imágen de Extremadura por todos sus hijos, á causa del culpable desvío, indiferencia y olvido respecto á su culto y veneración.

En verdad, no es comparable la causa que acaba de darnos en espectáculo, santamente grandioso, las extraordinarias manifestaciones religiosas de la Nación española en que ha demostrado la grande intensidad de su amor á María animado nuevamente, como se ve por sus oraciones y fervorosas plegarias enviándolas al Cielo, y el mayor empeño en buscar todos los medios, no sólo de reparar la omisión [que ha sido su falta] en el Culto de su Sagrada Imágen, sino de patentizarle su cariño y devoción: no es comparable aquella causa con el motivo que actualmente nos obliga á intentar también de nuestra parte una reparación del positivo é imponderable agravio hecho á la Virgen nuestra Madre Santa María de Guadalupe. El ultraje que con ocasión de la consabida controversia se le ha inferido, ha sido grande; pero su misma magnitud nos proporciona la oportunidad de que en defensa de nuestra Santísima Madre y Soberana Patrona, y* para

desagraviarla, se despierten todos los afectos de nuestro corazón y se pongan en juego nuestros más nobles y religiosos sentimientos.

Muy bien merecidos son los lauros que se han conquistado por sus respectivas y brillantes defensas, el sabio Dr. D. Agustín de la Rosa y el muy digno é ilustrado sacerdote D. Gabino Chávez. A los vigorosos é irrefutables argumentos, juiciosos é irreprochables observaciones que con suma erudición y habilidad campean en ambos luminosos escritos, solo me permito añadir modestamente (informado por documentos auténticos y verídicos, pero que por desgracia, circunstancias escepcionales han hecho casi imposible averiguar su parade-ro) solo me permito añadir con respecto á la aparición: que la misma carta considerada como su arsenal por los impugnadores de aquella, es la fuente de las mas sólidas razones para sostener contra los más rudos ataques, la realidad del milagro: que no nos preocupe desfavorablemente el justo renombre del Sr. Icazbalceta, quien incurriendo en un error grave, pretendió someter á su propio criterio el milagro Guadalupano; no es extraño: la razón humana, horrible coloso de soberbia, quiere hoy traer á discusión aun los dogmas venerandos, aun los Altísimos Misterios de nuestra Religión, y levantada en toda su altivez, con osadía inaudita, llama al juicio de sus propias luces hasta las eternas y maravillosas obras del Señor: que no nos alarme haber oído en el calor de la contienda, hablar de Documentos en contra: de testigos dignos

de tacha: de supresión de textos: de testigos perjuros: de informaciones sin valor ni fuerza: y de vehementes dudas suscitadas en la antigüedad; siempre ha habido malas pasiones, y estas hacen que el soborno ampare la mala fé, y que el papel y la pluma sean cómplices en hurdir una trama, en levantar una calumnia, en destruir lo que es absolutamente cierto, y en dar apariencia de ser en la realidad verdadero, lo que positivamente es una falsedad: que los esfuerzos hechos consultando las Artes, y valiéndose de otros fútiles pretextos buscados en la tradición, en la historia y en la ciencia, con intento de nulificar el portento del Tepeyac, se estrellan contra la sanción de más de tres siglos que lo han reconocido; de más de tres generaciones que lo han creído, y de los innumerables pueblos no solo de América, sino de allende los mares que lo han glorificado con perpetua y religiosa veneración. Además, quiero también, que sinceramente deploremos el ahinco y empeño en concitar la inamadvertión y el odio de la sociedad contra aquellos á quienes el Espíritu Santo puso como Obispos para regir la Iglesia de Dios, y hecho aquello por los mismos que tienen la misión de rectificar por la prensa, las ideas de los Pueblos, para hacerles mejorar su condición.

Por último, que amemos á la Santísima Madre de Dios, bajo su advocación de Santa María de Guadalupe, con toda la ternura de nuestro corazón: con toda la efusión de nuestra alma, y que nuestra creencia piadosa en su Aparición sobre el Tepe-

yac, sea firme, ó inquebrantable hasta la muerte.

A eso se refiere este llamamiento general hecho á la Nación Mexicana, con el fin de que suscriba esta solemne Protesta; y estoy seguro de que aquella, toda, acudirá contenta y presurosa, al tener la ocasión más propicia de manifestar á María su amor, su creencia y gratitud de la manera más solemne, más expresiva, mas cuando individualmente cada cual dará de su protesta público testimonio, portando sobre su pecho la simbólica medalla donde aquella quedará grabada para siempre. Así, nuestra manifestación reparatoria será cual deseo, y casi tangible, significando nuestro amor y gratitud á María Santísima de Guadalupe, lo mismo que nuestra piadosa creencia en su prodigiosa Aparición, cuyos cuantiosos bienes traídos por ella á nosotros, incesantemente recordaremos dirigiéndole á su Celeste Trono la siguiente humilde

PLEGARIA

Con una fe sobrehumana,
De Guadalupe ¡Oh! María!
Creo que tú eres Madre mía,
Madre de la raza indiana,
Para así manifestarte,
Te valiste de un portento,
Y en Tepeyac designaste
Para cuidarnos, tu asiento.
Eres la Madre de Dios;
Que con amor especial,
A México, sin igual
Su protección dispensó.
Tu promesa, de amparar,
Constantemente á tus hijos,

Con cuidados muy prolijos,
Has cumplido sin cesar.
Delagua, el viento y el fuego,
Tu poder el furor calma,
Cuando afligida nuestra alma
A tus oídos lleva el ruego.
Si peste devastadora,
Invade las poblaciones,
Al oír nuestras oraciones
Tú la conjuras en la hora.
Por tu plegaria eficaz,
La guerra nos ha dejado,
Y en cambio hemos disfrutado
Una Era larga de paz.

Si algún pesar nos apena
Y á Ti ocurrimos de hinojos,
A nos, diriges tus ojos
De misericordia llena.

Si en tu presencia lloramos,
Nuestras lágrimas recoges,
Y nuestra plegaria acoges
Luego que á Ti nos quejamos.

Si á tantos grandes males,
De atender no hallamos medio,
Solo encontramos remedio,
Implorando tus bondades

En fin: no hay solicitud
Que no acojas con piedad:
A toda necesidad
Acudes con prontitud.

Bienes de tanta valía,
Con tu presencia trajiste,
A la Nación, que quisiste
Amparar, clemente y pía.

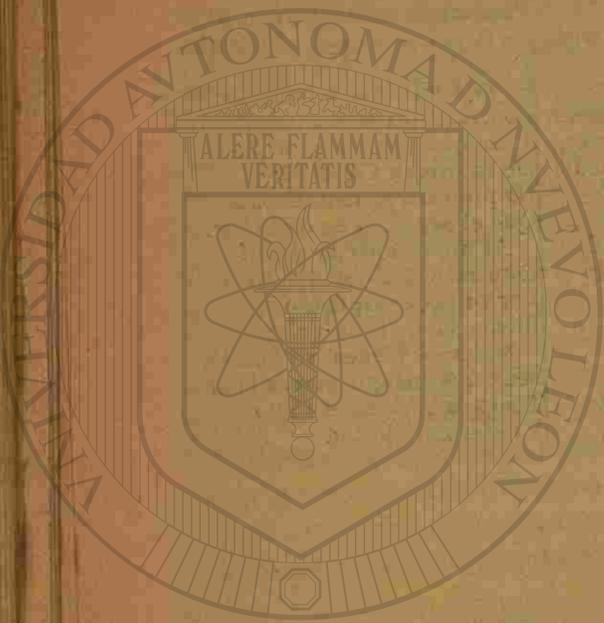
Es ahora un deber sagrado
Nuestra creencia asegurar,
Gratitud y amor jurarte,
Para atraernos tu agrado.

¡Hija hermosa del Eterno!
De tu Efigie la Medalla,
Sirva á mi alma de muralla
Contra el poder del infierno.

De que te amo, y no dudo,
De tu origen Celestial:
Lo protesto en este Escudo
Que al sepulcro he de llevar.

Al nunca apartar de mí
Este Escudo Soberano,
Por tu poderosa mano
Bienes he de conseguir;

Mas esos bienes, yo quiero,
Sean, por los que en realidad
Tenga segura en el Cielo
Mi eterna felicidad



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

En los puntos de venta de este Opúsculo, los señores editores de la Universidad Autónoma de Nuevo León, se encargan de suministrar a cada interesado un ejemplar del Opúsculo y una Medalla de las especiales muy preciosas á este objeto nuevamente fabricadas, que en el anverso tienen grabada la sagrada imagen de Guadalupe, y en el reverso la Protesta.

INSTRUCCIONES RELATIVAS A LA PROTESTA

Los trabajos para el desarrollo del pensamiento contenido en este Opúsculo, están á cargo de una Sociedad Anónima compuesta de doce personas muy distinguidas en todo sentido, respetables, y eminentemente católicas.

Toda persona sea cual fuere su condición, que suscriba la protesta, adquirirá un ejemplar del Opúsculo, y una Medalla de las especiales muy preciosas á este objeto nuevamente fabricadas, que en el anverso tienen grabada la sagrada imagen de Guadalupe, y en el reverso la Protesta.

Todas las personas que deseen suscribirse y adquirir un Medalla y el Opúsculo, al verificarlo dejarán sus nombres que en el acto se inscribirán ó ya los llevarán escritos los interesados en una pequeña cédula para pasarlos á un libro, con el fin que adelante se explica.

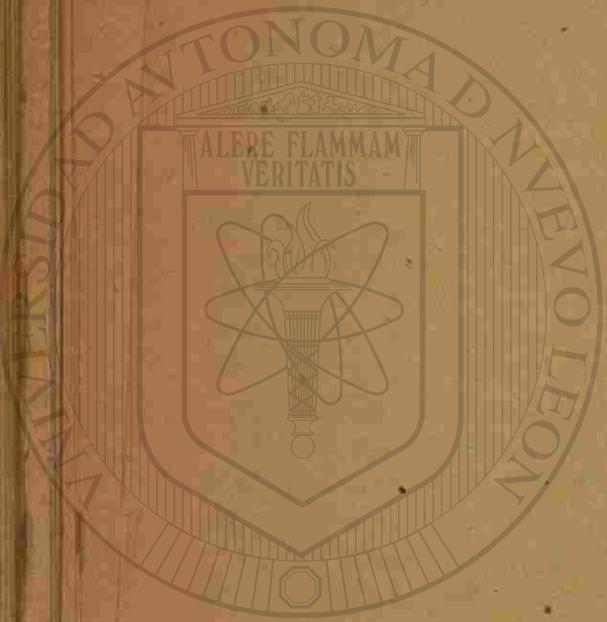
En los primeros días del mes de Diciembre, todos los nombres contenidos hasta entonces en los libros que llamaremos de "anotación" se trasladarán á un gran Libro rico y lujosamente dispuesto el cual será entregado por una comisión respetable al Ilmo. Sr. Arzobispo antes del día 12 del dicho mes para que en la memorable fecha en que se realizó el portento, solemnemente se coloque al pié del Altar de la Sagrada imágen en la insigne Colegiata donde permanecerá todo el Octavario, después del cual celebrada por la Sociedad una Solemne función se le entregará al Dignísimo Sr. Abad para que en el lugar que su Señoría designe quede guardado, y así se verificará anualmente.

Es obligación, que lleve consigo la Medalla, todo el que la adquiriera, ya sea interior ó exteriormente.

Para la recolección de suscripciones á esta protesta, saldrán comisionados en diversas direcciones á establecer Agentes en todas partes, entre Señores y Señoras.

Entre tanto se designan todos los lugares donde se puedan adquirir la Medalla y el Opúsculo ocurrase á la Administración de *EL TIEMPO*, á la de la *VOZ DE MEXICO* y á la 5^a Calle de Minas n^o 14, vivienda n^o 16.





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA